GALAXIA
Ciencia Ficción

Aventura de Venus

JOHN E. MULLER

El hombre galopa hacia las estrellas. Los cascos batientes de los cohetes están recorriendo los caminos del infinito. No hay modo de volver atrás. Infinitas posibilidades se extienden ante nosostros. ¿Las utilizaremos para el bien o para el mal?

epublibre

John E. Muller

La aventura de Venus

Galaxia - 54

ePub r1.0
Titivillus 20.06.16

Título original: *Venus Venture*
John E. Muller, 1961
Traducción: Fernando M. Sesén
Diseño de cubierta: Enrich

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

«Hay algo muy adentro del espacio sin límites que si el hombre tan sólo pudiese alcanzar…».

I – VISITA NOCTURNA

Lance Ferguson abrió la puerta de su apartamento en el proyecto con una gastada llave Yale y encendió la luz. Tocó el interruptor de baquelita con un movimiento instintivo. Había abierto la puerta y encendido la luz del mismo modo tantos años que ya no se preocupaba por el gesto, porque Lance Ferguson llevaba en el proyecto muchísimo tiempo. Rondando los treinta y cinco; con las sienes grises; sus agudos ojos miraban al mundo desde detrás de su lugar común de armazón de concha… porque no había nada de exhibicionismo o extrovertido en Lance Ferguson. Era un químico de cierto renombre que se especializaba casi exclusivamente en la producción y el control de combustible altamente volátil para cohetes.

Este era su único problema, el gran trabajo de su vida. Era su especialidad desde que dejó la universidad allá en 1946. Los años entre entonces y el presente los pasó por entero en el proyecto, abriéndose paso desde investigador ayudante aprendiz, hasta ayudante de investigador de primera clase y luego a químico encargado del perfeccionamiento del combustible de los cohetes.

El proyecto se había convertido en su propia casa. Su familia murió en la guerra y el proyecto era, pues, su familia, su todo, se había casado con la ciencia y era muy feliz así. Su recreo era la música clásica, por esto cruzaba el apartamento casi instintivamente en dirección al complicado tocadiscos de soberbia reproducción. Siempre colocaba un disco… un Brahms o un Beethoven… antes de llamar por timbre del servicio que avisaría a su ama de llaves para que le preparara el té. O, por las noches, cuando trabajaba hasta tarde, la cena. Pero antes de que pudiera llegar al tocadiscos algo ocurrió que rompió la agradable rutina de la colonia académica.

Una figura en un traje oscuro, indescriptible, con una máscara sobre la cabeza, una capucha completa, salió de detrás de un recodo, empuñando una automática de corto cañón. La automática apuntaba sin vacilar a unos quince centímetros del estómago de Lance Ferguson.

El químico no dijo nada por el momento. Esto era imposible, pensó en cuanto su cerebro sorprendido y turbado empezó otra vez a reaccionar. Esto es completa y absurdamente imposible. Esto es increíble. ¡Esto no puede sucederme a mí! La voz de detrás de la capucha era gutural y apagada.

—¡Abrrra su caja fuerrrte! ¡De prrrisa!

Ferguson comenzaba a recobrar el dominio de sí mismo. La caja fuerte contenía la fórmula para el nuevo combustible, y no iba a entregarla sin luchar. Trató de coger la pistola, esperando mientras lo hacía de que se produjese una detonación violenta y que su mundo terminase en un mar de llamas y dolor. Pero no hubo detonación. En su lugar el pistolero alzó la mano con un golpe de conejo propio de judo que pilló a Ferguson por debajo de la oreja derecha. Notó cómo sus piernas se quedaban sin fuerza. Cayó de rodillas, luego la pistola volvió a apuntarle.

—Una tonterrría estúpida más y morrirrrá —dijo la misma voz salvaje y gutural.

Ferguson se frotó la dolorida oreja. Aquel fue un experto golpe dado con conocimiento de causa. No fue un mamporro al azar. Era un golpe de judo, sin la menor duda.

Avanzó tambaleante hacia la caja fuerte, impotente. Llevaba la llave en el bolsillo… quizás esto no era muy seguro, quizás una docena de cosas… ¿pero cómo pudo entrar alguien dentro del recinto del proyecto? La línea principal o defensa era la pared exterior con su alambre electrificado, su cable espinoso, sus perros de guardia, los centinelas.

¡Nadie sería capaz de entrar en el proyecto… nadie! Dejando aparte a este espía de la ópera cómica alemana, que eso era lo que parecía de momento, con su capucha negra y su acento gutural indescriptible. Era como un personaje sacado de una historieta de Bairnsfather, diciendo: «—¿Hacia dónde queda la estación de enerrrgía? —y siendo acaloradamente perseguido por “Old Bull” agitando una pala y vestido con uniforme de la Home Guard,

diciendo—: ¡Ahorrra te lo enseñarrré!». Pero no había nada cómico en la situación, porque el decorado de ópera cómica era únicamente la máscara y el acento y la automática de cañón respingón y el asaltante, que evidentemente era un maestro no sólo de la defensa sino del ataque. Ahí se veía un vivo aire de realidad.

Hasta que esta súbita interrupción de su rutina tuvo lugar, no se había dado cuenta el científico de lo tranquilo de su vida hasta el momento. Era un ermitaño de la ciencia. El proyecto era más parecido a un monasterio que al verdadero mundo exterior. Esto, decidió, le había hecho algún bien y del mismo modo un mal… presumiendo que su asaltante le permitiría vivir para beneficiarse de su experiencia. Le había hecho salir de una cómoda y torpe apatía. Se encontraba en un aprieto. ¡Cielos, y qué aprieto! ¡Un aprieto después de diecisiete años de tranquilidad! Quizás más, había perdido la noción del tiempo. Primero la universidad y luego esto y en tal cosa se había convertido su vida, en un juego con combustibles volátiles. Parecía emocionante y romántico para la gran masa de público lector del mundo externo, pero para un hombre que en realidad lo hacía, todo era rutina, monotonía y regla de cálculo. Reglas de cálculo y papeles, nada más. Un experimento ocasional. Una expresión ocasional. Un éxito ocasional… un frecuente fracaso. Sólo rutina. Igual podía haber sido empleado de banco o pasante de un abogado. No había nada más en aquello. Su vida fue segura y tranquila. Sin preocupaciones domésticas, sin preocupaciones financieras. El proyecto se ocupaba de todo. Se encontraba encerrado como un polluelo en una gigantesca incubadora. El proyecto le pagaba su salario. El proyecto le proporcionaba criados, el proyecto le alimentaba, el proyecto casi le vestía. Ahora que lo pensaba se sorprendía de que el proyecto no le suministrase un ayudante para que le frotara la espalda cuando se bañaba. Sonrió para sí, a pesar de lo grave de la situación. La sombra de una sonrisa asomó a sus labios.

—¿Porrr qué se rrríe? ¡Abrirá esa caja fuerte! ¡En seguida!

Si abría la caja quizás se salvase de recibir una paliza o un disparo y, después de todo, si seguía con vida le sería posible repetir la fórmula. Pero entonces, ¿importaría mucho si moría? Habría otros hombres en el proyecto capaces de repetir la fórmula. Se preguntó si podría encontrar otra salida. Sí, quizás si se tragase la

llave… Luego, la muerte o la vida no importaría nada. El asaltante no tendría tiempo de abrirles las entrañas y quitársela. Era una llave bastante grande. Se preguntó si podría llevársela a la boca con suficiente rapidez… De todas maneras podría intentarlo. Se encogió de hombros para hacer ver que estaba con una apatía resignada.

—Está bien, usted gana —dijo y se metió la mano en el bolsillo y sacó un manojo de llaves. Un manojo. Eso lo estropeaba todo. ¿Cómo podría sacar las llaves del llavero sin despertar sospechas? ¿Y si tratase de quitarla del anillo disimuladamente? Para eso parecería raro.

—¿Qué llave? —preguntó el asaltante.

—Yo se la quitaré para usted —contestó él.

—¡No se… moleste! —el pistolero le arrebató el llavero y su única esperanza de derrotar a su atacante se disipó. El pistolero miró de reojo la caja fuerte anidada cómodamente dentro de la pared y luego a las llaves. Fue sólo trabajo de un instante seleccionar la que necesitaba. Se oyó un click al ceder la cerradura y los rodillos entrar en posición. Luego la caja quedó abierta. El intruso vació su contenido completo en un pequeño bolso de cuero que portaba.

—Bien, bien —dijo con aquel mismo acento profundo gutural y falso—. Grrracias señorrr, «mein Herr» —sonaba a alemán, ¿pero lo era?, se preguntó el químico. La pistola le volvió a hurgar las costillas.

—¡Porrr aquí, de prrrisa! —se vio metido en su cuarto de baño y una silla colocada bajo el pomo de la puerta… por la parte de fuera, según calculó por el ruido, cerrando de manera inequívoca toda salida.

—¡Condenación! —murmuró. El cuarto da baño sólo tenía un pequeño ventilador. Estaría allí hasta que le echasen de menos, a no ser que pudiera soltar la silla, y eso parecía improbable. No había nada en el cuarto de baño que pudiera utilizar como arma, como ariete contra la puerta. Oyó cómo el intruso salía del apartamento dando un portazo. Quizás… ¡Sí, la luz del cuarto de baño! Su brillo se vería por el ventilador. Tomó en su mano el interruptor y comenzó a enviar un SOS.

Pasó media hora antes de que lo advirtieran, luego un agente de seguridad violentó la puerta del apartamento y apartó la silla del

cuarto de baño, fijándose mientras hacía todo esto en la caja fuerte vacía.

Después de originar todo un infierno vinieron las preguntas a millares de la policía de seguridad. ¿Cómo entró aquel hombre? En apariencia no fue violentamente. El circuito de alarma estaba intacto. La cerca eléctrica se encontraba en posición, los perros de guardia seguían de patrulla. La puerta principal no se había abierto.

Eso parecía el colmo para el jefe de seguridad. Había una expresión de agonía mental en su rostro mientras llegaba a una decisión. Se volvió al químico y sus manazas se crisparon.

—Sólo puedo llegar a una conclusión, señor Ferguson —dijo—. Fue un trabajo desde el interior. Quien quiera que le asaltó le robó y le encerró en el cuarto de baño es miembro del proyecto y se encuentra ahora en algún lugar del recinto. Y lleva consigo esas notas.

II – DERROTA DESDE EL EXTERIOR

Lance Ferguson estaba hablando con su amigo Roger Dalford. Dalford era un hombre corpulento, macizo, un facultativo y, a diferencia del retraído introvertido Ferguson, Dalford era un carácter enormemente expansivo, y también a diferencia de cualquiera más embarcado en el proyecto, no tenía miedo de expresar sus puntos de vista políticos.

Dalford detestaba a Rusia, a los rojos, al comunismo, al socialismo y a todo lo que tenía que ver con estos conceptos. El hombre tenía que ser solamente Liberal en su pensamiento político para caer bajo la condenación general de socialista en el cerebro de Dalford. Los únicos hombres que según él tuvieron alguna oportunidad en el mundo político eran los grupos animosos de la extrema derecha, y hacía muy poco para ocultar el hecho de que antaño tuvo cierta admiración por los dictadores fascistas quienes, como decía a menudo, habían salvado a sus países de caer en manos de los revolucionarios de la extrema izquierda.

Los puntos de vista políticos de Dalford resultaban interesantes la primera vez que uno los oía; luego descrecía su interés en la segunda exposición; se hacían definitivamente aburridos la tercera vez en que uno se veía metido en sus disquisiciones; pero después del cuarto y quinto sermón, se habían convertido simplemente en una fuente de diversiones…

Simplemente ocurría que nunca le dejaban en paz. Tenía muy pocos otros intereses. Era como si se hubiera impuesto la tarea imposible de ser el único cruzado por la extrema derecha, entre el personal del proyecto. Era un Don Quijote del siglo XX, jamás dejaba pasar la oportunidad de atacar la apatía de los molinos de viento de sus colegas. Una o dos veces Ferguson tuvo éxito al hacerle hablar

de otra cosa que no fuese política, y ahora esto le hizo considerar los hechos concernientes al robo.

—¿Cuál es tu dificultad? —preguntó Roger.

—¿Cuál es la dificultad? —repitió Ferguson—. Maldito personal de Seguridad que no sabe su oficio. ¡Dicen que es algo efectuado desde el interior! ¿Qué hombre del proyecto haría una cosa así? ¿A santo de qué uno de los nuestros haría tal cosa? No podría salir llevándose los documentos.

—Hummm, comprendo lo que quieres decir —afirmó Dalford.

—Sólo tratan de tapar sus propios fracasos. Ese coronel Whatsit, todo bigotes y nada de sesos, cree que puede mantener alejados a los agentes enemigos con unos cuantos pequineses ladradores y un par de carretes de cable eléctrico extendidos en torno a las murallas. En realidad, desconoce lo que significa la palabra seguridad. Apostaría algo a que un experto agente de espionaje podría entrar y salir de este lugar tres veces sin que se diera cuenta nadie… ¿Qué digo tres veces? ¡Tres veces por semana! Oh, un corredor de libros podría salir de aquí si quisiese, así que imagínate lo que podría hacer un espía.

—¿De veras crees que las cosas están tan mal como afirmas? —preguntó el químico.

—¿Por qué piensas que el coronel llegó inmediatamente a la conclusión de que fue un trabajo interior? —asintió el físico—. No admitiré que era una tarea externa ni aunque todas las pruebas apuntaran en ese sentido. Esa gente es siempre igual. Cometen un error fatal y luego entierran sus cabezas en la arena. Y con ellos entierran también a sus preciosos colegas… ¡No hay tiempo para esos mal llamados agentes de seguridad! Toda esperanza se pierde. Si uno emplea hombres de confianza no necesitan agentes de seguridad. Si pasaran menos tiempo persiguiéndonos y más cuidando sus defensas… mejor irían las cosas. ¡Es un asunto desesperado! ¡Absolutamente desesperado!

Dalford se perdía en términos de fuerte censura hacia los acuerdos de Seguridad del proyecto y durante unos cuantos minutos Lance Ferguson le dejó parlotear.

Cuando creyó haber oído bastante, trató de cambiar de conversación, pero el corpulento científico no estaba de humor para permitirlo. En cuanto a él concernía era una falta de la red de

seguridad, y eso era todo.

—A propósito —dijo después de que Ferguson finalmente lograse introducir una palabra en su disquisición—, me voy fuera unos cuantos días. Se me debía permiso desde hace varios meses. Con todo este jaleo actual no se trabajará muy seriamente durante una semana o dos.

—No… me temo que no se trabajará —dijo Ferguson.

—¿Por qué no vienes conmigo? —sugirió Dalford.

—Hace años que no tomo vacaciones —respondió Ferguson—. No me gustaría marcharme. No sé por qué. Supongo porque soy feliz aquí.

—Llevas una vida demasiado recluida —dijo el físico, casi como si hubiera leído los pensamientos del otro.

—Sí, eso supongo —asintió Ferguson—. ¡Eso supongo! Y me temo que una vez uno se acostumbra a una vida protegida y tranquila, no tienes ganas de probar otra cosa.

—Ah, ahí está el gran peligro —dijo Dalford—. El mayor peligro existe cuando el renacuajo empieza a disfrutar de ser renacuajo y no quiere convertirse en rana. Cuando la oruga disfruta de ser oruga y se resiste al cambio por mariposa. ¡Es mi punto de peligro! Cuando un hombre disfruta siendo nadie, reptando según las normas de la costumbre y deja de desear ser hombre… entonces su vida corre peligro… no de nada externo, si no de la apatía interna que reprime la entera superestructura de su vida. Hasta se convierte en un ser sin vértebras, en una cosa murmurante en donde no queda ni ambición ni esperanza.

—Pintas un cuadro bastante triste —observó el pequeño químico con una sonrisa.

—Es un mundo triste —comentó el físico—, y es preciso dar imágenes tristes de él. De nada sirve mirando con cristales de colores. Es un mundo corriente. No es un buen mundo. Es un mundo muy extraño. Presiones, contrapresiones y el medio ambiente dejan a la mente tambaleándose, absolutamente tambaleándose —parecía hablar con una cierta ironía y de cosas remotas. Eso no coincidía con su ordinaria seguridad. Ferguson le miró más pensativo que nunca.

—Creo que necesitas vacaciones —dijo el químico después de un momento—, pero sigo sin estar convencido de que deba de unirme

a ti. Me encuentro bien en donde estoy. Mira, ésa es la otra ventaja de enraizarse. Uno tiende a evitar todas estas presiones y conturbaciones del medio ambiente.

—Eso es porque mantienes la cabeza por debajo del nivel de tu raíz, arrastrándote a cuatro patas, desgastándote y humillándote un poco más cada día. Está bien, si ésa es tu meta en la vida, sigue ahondando tu raíz, pero ten cuidado de que al ahondarla no caves tu tumba —dijo el físico—; de todas maneras, me voy sólo por pocos días.

Dalford fue a presentarse a los agentes de seguridad y Ferguson volvió a su despacho. Y desde su oficina al laboratorio y del laboratorio al campo de pruebas. Pasó el tiempo… Una semana, quince días, terminó el permiso de Dalford y regresó. Regresó con una especie de entusiasmo recién inflamado.

Lo peor de las indagaciones de Seguridad parecían haber muerto y Ferguson y Dalford pudieron conseguir que sus equipos de producción funcionasen a toda marcha. El trabajo en el cohete a Venus marchaba muy satisfactoriamente.

—Calculo que dentro de otras tres semanas podremos hacer algún movimiento experimental —dijo Dalford, mientras miraba el cilindro gris de brillo reluciente que señalaba el camino de los cielos.

De nuevo su rostro tomó aquella expresión distante y pensativa.

—El espacio —dijo—. Sorprendente, ¿verdad?, cuando uno piensa en las cosas. El hombre ha entrado ya en el espacio y vivió para narrar el cuento. La ciencia ficción ha sido desarrollada por el hecho científico. Los escritores pronto no tendrán mucho de que hablar. Para decirlo de manera más poética, quizás: «¡El mañana está aquí… es hoy!».

—Sí —asintió Ferguson—, la Edad Espacial ya no es el sueño del escritor, ni la esperanza del científico. Amaneció ya. Pero si ha amanecido por mejor o por peor, es cosa que no sabemos.

—El hombre ya galopa hacia las estrellas —apuntó Dalford.

—Buen símil —dijo Ferguson—. Los cascos batientes del cohete ya están trepidando en el camino al infinito.

—Sí… pero no hay posibilidad de hacerse atrás —comentó Dalford—. No hay punto de regreso de ninguna clase. Oportunidades sin fin se extienden ante nosotros. Infinidad de

oportunidades nos hacen gestos para que vayamos. ¿Pero qué haremos con ellas? —se encogió sus amplios hombros. Formulada la pregunta de manera retórica—. ¿Qué haremos con ellas? ¿Las utilizaremos para el bien o para el mal?

—Ah, ésa es la cuestión —asintió el químico—. El espacio contiene un millón de factores desconocidos. Ya sabes, Dalford, somos como niños lanzándonos a un vasto océano, forcejeando por llegar a una playa invisible. La playa de una tierra inexplorada. Una tierra inexplorada —repitió el químico.

—Toma nuestra posición actual —dijo Dalford—. Hemos tenido éxito al colocar un hombre en órbita. Hemos llegado a la luna triunfantes, tomado muestras y regresado. Ahora, con tu nuevo combustible, que es la solución química a la plegaria del físico cuando se enfrentaba al problema del peso: proporción de potencia, pienso que tenemos a Venus al alcance de la mano y no lo hubiésemos hecho de no haber sido por esa condenada investigación de la Seguridad. ¡Nos ha retrasado semanas!

—No hemos perdido la oportunidad de efectuar el disparo en el momento más propicio —dijo Ferguson con una sonrisa—. Todavía hay tiempo.

—¿Y qué si esa fórmula de combustible ha llegado a algún lugar donde no debiera? —se quejó Dalford—. ¿Qué hay si los condenados rojos la poseen? ¿Qué pasará si los rusos la tienen?

—Bueno, yo debiera pensar que sus propios progresos estaban más avanzados y que por tanto no lo necesitarán —dijo Ferguson—. Es un gran consuelo saber que tenemos algo que ellos consideran que vale la pena robar. Si es un agente ruso quien se lo llevó. El hombre con quien estuve parecía alemán.

—Eso no prueba nada —repuso Dalford—. Me recuerda cierto proverbio antiguo bastante cínico, los rusos en realidad no están por delante de nosotros, ni de los americanos. ¡Simplemente es que sus alemanes son mejores que los nuestros!

—Sí, me temo que se han cometido algunos errores —dijo el químico—, pero es inútil llorar sobre las factorías de proyectiles dirigidos desmontados en 1945. A lo hecho pecho. Persiste el hecho de que los rusos se fueron con los mejores técnicos alemanes y que nosotros nos marchamos con algunos de los mejores técnicos germanos y los americanos se fueron también con algunos de los

mejores técnicos alemanes. Si todos esos técnicos hubieran sido captados por una gran potencia… si los rusos los tuvieran en conjunto, o nosotros, o los americanos, el problema estaría ya resuelto.

—Quien quiera que los poseyera a todos tendría un equipo perfecto y hubiera sido capaz de enviar un cohete al espacio quizás en 1950. Pero como la competición ha quedado bastante igualada…

Los dos hombres permanecieron mirándose mutuamente en silencio durante algunos instantes.

—No creo que los rusos tengan nada que se pueda comparar a tu nuevo combustible —dijo el físico—. Estoy casi seguro de que no lo tienen, porque los avances que hayan hecho en otros campos se hubieran permitido el despegue antes de esto. Sabemos que su Aventura de Venus es una carrera entre nosotros. La luna fue conseguida con los viejos combustibles convencionales, pero necesitamos tu nuevo combustible para poder abordar Venus.

—Supongo que es verdad —dijo Ferguson—, pero no hay motivo de que los rusos no hayan desarrollado el mismo invento de manera independiente.

—Yo sigo creyendo que si lo tienen lo habrían utilizado antes de ahora —afirmó Dalford.

—Pero, claro —exclamó Ferguson—, si hubieran recibido recientemente la fórmula, digamos, durante las pasadas semanas… después de haber sido robada…

—¿Siiii…? —el tono de Dalford mostraba interés.

—… Entonces cualquier día podemos esperar enterarnos de algunos acontecimientos. Quizá valga la pena escuchar radio Moscú unos cuantos días para ver si están preparando algo bajo mano.

—Con ellos nunca se sabe. Son extremadamente precavidos en todo. De lo primero que nos enteraremos es probablemente que han enviado alguien allá arriba. O que han regresado con muestras de la superficie venusiana.

—Ahora te muestras demasiado optimista con respecto al nuevo combustible —dijo Ferguson—. Eso no está bien, ya sabes. Quizás sea capaz de causar una mayor aceleración y mantener una velocidad de crucero más alta durante el vuelo, pero bajo ningún concepto permitirá llegar a Venus y volver en un solo día, como si fuese una excursión por tren hasta Brighton. Cuando lo hayan

mejorado un poco más —prosiguió pensativo—, es posible que descubramos algunas posibilidades sorprendentes. De momento… —se encogió de hombros—, casi el nueve por ciento de incremento en eficiencia sobre los combustibles normales lunares utilizados en pruebas anteriores.

Su discusión se acabó y volvieron a sus respectivas tareas, la conclusión de las cuales era como una sarta de piedras sillares entre ellos y el lanzamiento del Aventura de Venus, como la criatura fruto del cerebro del proyecto había sido bautizada.

Más tarde aquella noche, sintiéndose vagamente perturbado, intranquilo e incómodo, Lance Ferguson permaneció mirando el techo pensando. Pensando con ahínco sobre todo lo que Dalford había dicho. Todo lo que Dalford había hecho durante las últimas semanas.

Algo en Dalford no parecía sonar a cierto estos días y, sin embargo… ¿por qué? El pensamiento resultaba imposible, era inconcebible que Dalford, el fanático anti rojo pudiera ser un espía… o actuar como espía. Imposible, imposible del todo.

La idea de espías acechando en la competición entre Este y Oeste y la pérdida de la fórmula, se repitió en su cerebro centenares de veces. Las casuales observaciones de Dalford, todas estas cosas dirigían la atención de Ferguson hacia la radio. Sintonizó y trató de encontrar radio Moscú en el dial. No era fácil.

Cuando por último lo logró, fue como si el azar hubiera estado planeando una terrible jugarreta sobre él. Eligió el momento exacto en el que los rusos estaban emitiendo las noticias de su último éxito espacial… Era tan nuevo para él como para el servicio inglés del M.I.5 en aquel momento.

Mientras yacía escuchándolo apenas podía creer lo que oía.

—Aquí radio Moscú, emitiendo en inglés —el acento inglés del locutor era impecable, pero salpicado con un simple rastro de dureza Oriental—. Radio Moscú al habla. Radio Moscú emitiendo en inglés. Los gloriosos científicos de la U.R.S.S. acaban de lanzar su mayor y último navío cohete. Este vehículo, bastamente superior en peso y tamaño a cualquier navío previo lanzado desde el planeta Tierra, lleva una gran tripulación en dirección a Venus. Es un hecho muy conocido que el nuevo combustible que hizo posible esta aventura fue inventado por el profesor Vladimir Krockusky, de la

universidad de Vladivostock. El profesor Vladimir Krockusky está reconocido incluso por los occidentales como el más grande químico en combustibles de la actualidad. El doctor Vladimir Krockusky se ha convertido en el héroe de la Unión Soviética y será presentado al señor Kruschkev en el Kremlin para recibir las felicitaciones especiales del gobierno. Reportajes completos y fotografías del lanzamiento aparecerán en la edición de mañana del «Pravda».

Con mano temblorosa Lance Ferguson apagó la radio. Y se preguntó si alguien había estado haciéndole objeto de alguna horrible triquiñuela. ¡No! ¡Era verdad! Sabía que era verdad. Sabía que esto no era una «visión» aural de una mezcla tan curiosa de casualidades que pudieran ser admitidas en su mente científica. No era una alucinación aural. Había oído radio Moscú anunciando que lo habían hecho y que daban los honores a un ruso del que nadie jamás oyera hablar.

¡Un tal Vladimir Krockusky de la universidad de Vladivostock! Recordó con amargura un chiste singular e intencionado que oyese antaño, en apariencia ocurrido durante una regresión diplomática… El embajador ruso propuso una serie de brindis a un científico fabuloso llamado Oshlosky.

El primer brindis fue en honor del «Gran Oshlosky que inventó las ruedas».

El segundo en honor de «el Gran Oshlosky que inventó la palanca».

«Al gran Oshlosky que inventó el automóvil».

«Al gran Oshlosky que inventó el aeroplano».

«Al gran Oshlosky que inventó el submarino».

«Al gran Oshlosky que inventó el navío espacial».

«Al gran Oshlosky que inventó la radio y la televisión».

«Al gran Oshlosky que descubrió cómo fabricar un teléfono».

«Al gran Oshlosky que descubrió cómo construir un cerebro electrónico».

Finalmente el Embajador Británico se puso en pie y dijo con verdadera sangre fría:

«—después de esa serie de brindis, caballeros, me gustaría alzar mi copa a un inventor más grande todavía… a nuestro anfitrión, el Embajador Ruso, ¡que inventó a Oshlosky!».

¡De cómo terminó la reunión nada se dijo! Pero dejando a un lado todo humor cínico, Lance Ferguson estaba muy convencido de que Vladimir Krockusky, de la universidad de Vladivostok, tenía tantas bases para ser real como el fabuloso Oshlosky del cuento de la Embajada. Apenas habían tenido tiempo, se dijo así mismo, apenas habían tenido tiempo desde la pérdida de estos documentos para hacerse cargo de ellos y lograr algo. Cuando más pensaba en el asunto menos le gustaba y aquella misma cuestión acuciante seguía alzándose en su cerebro… ¿podría posiblemente tener algo que ver con Roger Dalford? ¿Cómo se habían sacado de allí los documentos?…

Entonces jadeó horrorizado. ¡Dalford acababa de gozar de vacaciones! Dalford desapareció casi inmediatamente después de que robasen los documentos. Dalford que, quedando por completo por encima de toda sospecha, podía caminar perfectamente y cruzar la red de seguridad. Pudo haber llevado los documentos aplicados contra sus costillas mediante esparadrapo mientras los agentes de Seguridad le registraban las maletas. ¡Pudo haberlos metido en un recipiente a prueba de agua, enrollados finamente y tragados con un pedacito de hilo de seda, dispuesto para tirar de él, o quizás, sin ningún hilo de seda, simplemente con un poderoso emético…!

Había más de cien lugares en donde pudo esconderlos, especialmente si era un maduro espía, como ahora parecía ser. ¿Debía acudir y entrevistarse con el jefe de Seguridad? Ferguson dudaba. Si sus sospechas eran infundadas no quería dejar caer ninguna mancha en la carrera de Roger Dalford. Le hubiese sabido mal que alguien le hiciera lo mismo a él. Pero si sus sospechas estaban bien fundadas, cuanto antes Dalford fuese descubierto, mejor.

Al pensar en la manera hipócrita en que aquel hombre había encontrado constantemente faltas en… ¡Oh, era imposible! No podía ser Dalford. ¿Pero quién si no? Trató de recordar algo más acerca de Dalford. ¿Qué es lo que había hecho aquel hombre en el Colegio y realizado tan condenadamente bien? Oh, sí era un experto en judo. ¡Y había sido un golpe de judo lo que dejó fuera de combate a Ferguson la noche en que robaron los documentos!

De acuerdo, muchos otros individuos del proyecto probablemente conocían judo, pero esto era otro indicio señalando

acusador al físico y necesitaba ser explicado.

Por último, Lance Ferguson decidió seguir un curso alternativo. No acudiría a la policía de Seguridad. Iría al único hombre del proyecto que consideraba como amigo. El único amigo íntimo que tenía. Gordon MacLane que había sido elegido como piloto en la Aventura. Gordon MacLane que era el hombre del que todos esperaban acompañara a Ferguson y a Dalford cuando la cápsula de tres hombres fuese finalmente lanzada, hacia el planeta hermano de la Tierra.

Gordon MacLane, Roger Dalford y Lance Ferguson. Eran aquellos tres los únicos designados para esto, para la aventura mayor del hombre en el espacio… Formaban una especie de club exclusivo, un núcleo interno y era a causa de su misma exclusividad que Ferguson podía hablar a MacLane sin poner en peligro a Dalford de ninguna manera.

MacLane, presintió, tenía derecho a conocer sus sospechas. Los hombres que van a ser lanzados al espacio juntos tienen el máximo derecho a conocer todo lo que hay que saber acerca del carácter de los demás compañeros. Por consecuencia. Ferguson fue a ver a MacLane.

III – EL SILENCIO DEL ESPACIO

Gordon MacLane era grande, sólido y bien humorado. Sonrió cuando Ferguson entró en sus habitaciones.

—¡Hola, Lance! —MacLane había pasado algún tiempo en Canadá durante su juventud y conservaba restos de acento canadiense.

—Hola, Gordon —la voz de Lance Ferguson era baja y clara. El corpulento anglo canadiense le miró inquisitivamente, con unos ojos que penetraban más allá de su clara y calma expresión.

—¿Qué te ocurre, Lance?

—Nada y todo, al mismo tiempo —respondió Ferguson—. Escucha, Gordon, tú eres casi el único hombre del proyecto a quien me atrevería a hablar.

—Te encuentras en dificultades —dijo MacLane—. ¡Desembucha! ¡Ten por seguro que el Gran Hermano no tiene escondidos micrófonos en nuestras habitaciones! —miró en su torno —. Aquí es donde deberíamos examinar las flores y descolgar los cuadros, buscando los cordoncitos eléctricos escondidos. Pero no me parece necesario.

—No, no creo que lo sea —dijo Ferguson—, pero cosa rara se trata de una cuestión de Seguridad lo que quiero discutir contigo, Gordon…

—¿Una cuestión de Seguridad? ¿Conmigo? Bueno, ¿qué es lo que has hecho? ¿Te alistaste en el Partido Liberal o algo por el estilo? —el sentido del humor de MacLane era a veces tremendamente mordiente—. ¿No me digas que te diriges hacia la Izquierda o al Centro?

—No, no se trata de mí —dijo Ferguson—. ¡Jamás tuve ningún interés en política! Pero hay alguien más. ¡Una persona más, diría!

—¿Alguien más? ¿Alguien por quien estás preocupado? —MacLane alzó su rostro amistoso y frunció el ceño—. Pongamos las cartas sobre la mesa, Lance, también hay alguien de quien me siento receloso yo. ¿Las iniciales R. D. tienen algún sentido para ti?

Ferguson abrió los ojos desmesuradamente.

—Claro que sí —dijo—. ¡Un sentido atemorizante!

—Se trata de Dalford, ¿verdad? —preguntó el canadiense—. A mí también me ha estado preocupando. Toda esa falsa conversación política acerca de lo defectuoso de la Seguridad y de que él no confiaba en nadie a menos que sea un neofascista. Si no eres un miembro del Gabinete Conservador estás demasiado lejos de la Izquierda para gustarle. ¡Es la clase de individuo que iría al Presidente Eisenhower acusándole de comunista!

—Sí, es esa clase de individuo, estoy de acuerdo. Por eso creo que todo es un gran «tapujo» —dijo Ferguson—. No me atrevería a decir una palabra de esto a nadie excepto a ti, Gordon, ¿comprendes?

—Claro que comprendo, Lance, claro que sí. Si se lo dijeses a alguien más iría de rebote al cuartel general de Seguridad. Pero puedes fiarte de mí, lo mismo que yo de ti. Yo no habría mencionado a nadie mis sospechas excepto a ti, Lance. Pero de todas maneras, no me gustan. Hay tres cosas que me desagradan: en primer lugar, ¿cómo decidió tomar sus vacaciones inmediatamente después de que desapareciesen esos documentos de tu caja fuerte y cómo muchas personas sabían con exactitud donde estaban esos papeles? ¿Cuántas personas hubieran podido señalarlos con el dedo?

—Sí… comprendo lo que quieres decir —asintió Lance Ferguson —. Aun cuando hubiese sido un acto desde el exterior, lo que resulta del todo imposible, alguien había tenido que decirles dónde estaba la caja fuerte y dónde se encontraban los papeles. ¡Porque hay centenares de apartamentos en el proyecto! Pudo haber venido a ti, pudo haber ido a Dalford, pudo haber ido alguna parte… ¿Crees que fue un simple palo de ciego? ¿Alguien que logró entrar y se metió en las primeras habitaciones que encontró?

—¿Pero cómo entró? Tú tenías una llave, pero él estaba dentro cuando tú entraste. Ha tenido que haber alguien que teniendo acceso a tu llave sacó una copia, o que tuviese acceso a las llaves

maestras.

—Sí, esa es la cuestión —asintió Ferguson—. No había pensado en eso.

—Apuesto que los tipos de Seguridad sí pensaron. Saben que no se trata sólo de una tarea interior, si no que conocen que es un trabajo ultrainterior, una tarea infro interior. Sólo uno de los peces gordos pudo haberlo hecho. Y si a mí me lo preguntas, Ferguson, viejo, Dalford es el sospechoso número uno.

—¿Y entonces por qué le dejaron marchar? —preguntó Lance.

—Quizá crean en la teoría de dar a un hombre suficiente cuerda como para que se ahorque. Puede que le siguieran. Quizás estén en la pista de sus asociados. No sé como trabajan las fuerzas de Seguridad, ¡yo, gracias al cielo, no pertenezco a ese cuerpo! ¡Soy un simple piloto y me alegro de no ser nada más! ¡El trabajo de Seguridad es una agonía absoluta! ¡Pilotar un navío cohete es fácil comparado con la responsabilidad de la Seguridad de una nación! ¡No, gracias! Prefiero correr los peligros del gran vacío exterior. El hombre contra la Naturaleza es simple y directo. Pero hombre contra hombre… Aunque éste no es momento para soliloquios. La cuestión es… ¿si se trata de Dalford, qué vamos a hacer? Mira, yo no quiero denunciarlo todavía al jefe de Seguridad, o vocear mis sospechas, porque podría estar haciendo una acusación completamente infundada…

—Igual siento yo —le interrumpió Ferguson—. Precisamente por las mismas razones vine aquí… por otra parte, tenemos una obligación para el proyecto al mismo tiempo que un deber para con Dalford…

—Sí, es verdad.

Ferguson paseó arriba y abajo, retorciendo las manos.

—No sé qué hacer, Gordon, no sé qué hacer.

MacLane le miró, mordiéndose el labio pensativo.

—Seguro que es un problema, seguro que es un problema.

Hubo un silencio, un silencio roto sólo por los pasos de Ferguson paseando arriba y abajo.

—Deja de pasear ya, me pones nervioso —dijo el anglo canadiense.

—Lo siento, Gordon —Ferguson se sentó—. Supongo que cuanto podemos hacer es dejar que las cosas sigan su curso. Vine a ti en

busca de algún consejo concreto pero aparentemente nos encontramos los dos en el mismo barco.

—Si no hubieses venido a mí —dijo Gordon—, probablemente estaría ya de camino hacia ti, ahora mismo. He estado meditando este problema cuidadosamente en mi cerebro y también deseaba consejo. Deseo consejo y ayuda. Quiero mucha ayuda. Como tú, te encuentras roto entre dos deseos confluyentes. Mi deber al proyecto y mi reticencia a hablar contra un compañero. Yo no quiero denunciarle a las autoridades por nada en absoluto. Las cosas nunca serían lo mismo. Por otra parte, tenemos un deber para con nosotros mismos también como para el proyecto. Si todo va bien, dentro de pocos días tú y yo y ese individuo nos encontraremos dentro de una pequeñísima espacionave camino de Venus, y si la Aventura de Venus tiene que ser un éxito, tendremos que confiar totalmente unos con otros. Si tú y yo nos metemos en ese navío con un hombre que creemos es un espía rojo, entonces nuestras posibilidades de volver otra vez a casa y de ver nuevamente a la Madre Tierra serán muy remotas.

—Eso sigue sin resolver nuestro problema. El reconocimiento de una cuestión no es la solución.

—No, es verdad —dijo MacLane—, el reconocimiento de un problema necesariamente no le lleva a uno más cerca de la solución, pero al menos impide meterse en una pista equívoca y perder tiempo. En cuanto uno sabe que el problema está allí y tiene que resolverlo, desde ese momento en adelante se pueden efectuar verdaderos progresos hacia la solución. Nosotros, como científicos, conocemos suficientemente bien que la creación de cualquier problema yace en saber cómo formular las cuestiones correctas. Ningún hombre puede empezar a progresar hasta que sabe cómo formular las cuestiones correctas… Es inútil formular preguntas que no se pueden responder. Ahí yace toda la diferencia en el mundo entre la astrología y la astronomía. Las estrellas no pueden darnos la clave del destino humano por medios mágicos, pero sí pueden proporcionarnos la clave del destino humano por medios científicos. Pueden darnos una salida para nuestra población superexcesiva. Pueden ofrecernos unos campos nuevos ilimitados que colonizar. Los vastos sistemas estelares con sus satélites… ¡Oh, no hay límite al universo! Y el universo de un científico es, en mi opinión, un

tributo mucho mayor a su Creador que el universo de los astrólogos.

—¡Oh, de acuerdo! ¡De acuerdo en todo! —fue la respuesta—. ¿Pero cómo… quién se desvía del sendero?

—Será mejor que vayamos al grano —dijo el canadiense—. Tenemos que encontrar algún modo de descubrir a Dalford de una manera u otra. Descubrirle, sin dañar sus sentimientos, enterándonos de lo que es.

—Podríamos interrogarle acerca de este asunto —sugirió Ferguson—. Yo soy partidario de la acción directa.

—Sí, pero también tenemos que utilizar tacto —dijo MacLane.

—Bueno, seguramente, el mismo hecho de que no queremos decir una palabra a los jefes de Seguridad de nuestras sospechas sería una demostración bastante concluyente de que estamos de su parte. Es cosa natural que se lo digamos de esta manera, no creemos que tal cosa es posible, pero hay uno o dos pedacitos de evidencia circunstancial verdaderamente odiosos y él, siendo amigo nuestro, podría aclarar el aire disipándolos. Si se lo proponemos de esa manera, con toda seguridad que…

—Me imagino que tienes razón —respondió MacLane que cogiendo el teléfono interior marcó el número del apartamento de Dalford, en el telemático.

Oyó el zumbido al otro extremo de la línea, el bajo y repetido zumbido, mientras el instrumento sonaba en el apartamento de Dalford y luego la voz del físico.

—Hola, Dalford al habla. ¿Quién llama?

—Soy yo… Gordon —respondió MacLane.

—Oh, hola, Mac.

—Podrías venir a hablar conmigo, ha surgido algo importante.

—Seguro —respondió Dalford—. Estaré ahí inmediatamente.

Sus habitaciones estaban a unos seiscientos metros de distancia de las del canadiense por lo que apenas dos minutos más tarde su coche se detenía frente a ellas.

Ferguson miró por entre la persiana, sintiéndose como si fuera un detective particular de tercera categoría.

—Es él —anunció por encima del hombro y de nuevo volvió a sentirse el detective ínfimo mientras se daba cuenta de que estaba hablando de manera ínfima por el ínfimo rincón de su ínfima boca… se sentía extremadamente mezquino. Dramatizaba el asunto,

llorándolo con toda clase de gestos histriónicos innecesarios. Los dos hombres aguardaron en silencio mientras escuchaban las pisadas que se acercaban. La puerta se abrió y Dalford entró.

—Hola, Mac —dijo mirando de reojo a Ferguson—. Hola, Lance, no esperaba verte aquí.

Era raro para MacLane parecer incómodo o sentirse intranquilo, pero ahora lo estaba. No parecía estar ansioso por celebrar esta entrevista. Volvió a mirar de reojo a Ferguson como invitándole a empezar.

—Se ha presentado algo grave que deberlas saber —dijo Ferguson con suavidad.

—¿Algo grave? —preguntó Dalford.

—Sí —afirmó el anglo canadiense—, algo que nos concierne a nosotros y a la Aventura de Venus.

—¿Algo que nos concierne? —Dalford parecía sinceramente confuso.

—Principalmente algo que te concierne a ti. Mira, Roger, hay un par de cositas que nos gustaría aclarar. Los tres hemos sido siempre buenos amigos. Pensamos en nosotros mismos como un pequeño grupito interior, una especie de élite particular. Lo último que haríamos sería sospechar de ti… algo. Tienes que creer eso antes de que digamos más…

—Pues claro que lo creo —afirmó Dalford.

—Quiero que pienses acerca del modo en que hemos manejado el asunto. Te pedimos que vinieses en completa intimidad y en completo secreto sólo para hablarte los dos. El motivo que te pidiéramos que lo hicieras es porque no creemos una palabra de lo que vamos a decir…

El corpulento anglo canadiense andaba a tientas con torpeza buscando palabras con cuidado.

—Bueno, ¿qué es esto? —preguntó Dalford—. Me temo no entenderlo, muchachos. ¿Se supone que hice algo?

Ferguson de pronto se lanzó con torpeza al ataque, expeliendo sus frases como las cornadas de un toro ante la capa. Como Taurus en una tienda china…

—Es esto —reunió los palabras rápidamente como buenamente pudo, hablando en frases cortas, destacadas, poco gramaticales. Respirando con rapidez, mordiéndose los labios entre frases—. Es

esto, viejo, han ocurrido recientemente un par de cosas feas. Las circunstancias te señalan. Sabemos que no eres tú, pero no podemos ignorar las circunstancias… ¿Tiene sentido?

Dalford asintió.

—Lo tiene —dijo—. Aprecio el hecho de que me hayáis llamado para hablar conmigo. ¿Por qué no acudisteis a las fuerzas de Seguridad si sospechabais que había algo malo? ¿Si pensabais que yo era inadecuado para el viaje, porque no acudisteis a los superiores?

—No, no se trata de que no seas indicado para el viaje, bueno… es que hay cosas que dejan un gusto amargo en la boca y tenemos que aclararlas antes de que subamos contigo a esa cápsula.

—Quizás me digáis qué cosas son esas —sugirió Dalford.

Ferguson suspiró aliviado, ahora ya se sentía mejor.

—En primer lugar —dijo—, esos documentos que robaron… el hombre que los hurtó pudo haber sido tú…

Dalford soltó una carcajada.

—¿Yo? —balbuceó—. ¡Debes estar loco! ¿Para qué querría sacar la fórmula de tu caja fuerte? Conozco muy bien la fórmula, he estado trabajando en ello durante varios días antes de que la robaran.

—Sí… pero no la conoces del todo, pero lo suficiente para saber lo valiosa que es.

—Está bien, si quieres exponer las cosas así —respondió Dalford —. Supongo que sí lo sabía —de pronto se puso serio. Había dejado de reírse. Había un rastro de algo que podía haber sido expresión acosada en sus ojos—. Bueno, espero el resto. Eso no me demuestra culpable, ¿verdad? Casi cualquier otro ingeniero y científico del proyecto sabía que tenías esa fórmula.

—Sí, lo reconozco —dijo Ferguson—. Hubiera dejado el asunto a las fuerzas de Seguridad de no ser por el hecho de que dentro de pocos días subiremos los tres juntos hacia el gran espacio desconocido, y preferiría ascender con un hombre con quien poder confiar implícitamente que con un individuo acerca del cual tengo dudas.

—Sí, comprendo tu punto de vista —dijo el científico—, adelante. Mejor, permitidme. Poco después me fui de vacaciones. Eso significa que pude haberme llevado los planos. Si recuerdo

adecuadamente de lo que me dijiste, el hombre que te atacó te dio un golpe de judo.

—Sí… sí, lo hizo.

—Y sabes que soy un experto en judo —terminó Dalford—. Pero igual ocurre con la mitad de los oficiales y hombres de este campamento y, además, no se necesita ser un experto en judo para dar un golpe de esta clase. Puede haber sido casualidad. ¿Dónde te golpeó el hombre? Vuélvemelo a repetir.

—Me dio con el dorso de la mano debajo de la oreja derecha.

—Bueno, eso parecería indicar que es zurdo, ¿no? Sabes perfectamente bien que yo no soy zurdo —dijo Dalford—. Repetid Mac y tú la escena otra vez. Tú podrías ser el pistolero y Mac reemplazarte…

—De acuerdo.

—Ahora, mostradme lo que pasó.

—Bueno… me apuntó con la pistola en su mano derecha. Cuando traté de arrebatársela hizo una finta a la muñeca derecha de MacLane con su propia mano diestra.

—Ahora, repíteme lo que hizo él.

—Me dio un golpe de conejo con la mano izquierda precisamente debajo de mi oreja derecha.

—¿Querrías repetirlo, con suavidad, por favor, MacLane? —pidió Dalford.

—Claro —dijo Mac, e hizo una finta de un golpe de conejo.

—Ahora, dime —dijo Dalford—. ¿Acaso ese movimiento te pareció fácil y natural, Mac, o por el contrario te resultó torpe, la clase de cosas que hubieras hecho sólo de haber sido adiestrado?

—Yo hubiera lanzado un gancho de izquierda a su mandíbula más que un golpe de conejo a su oreja, pero admito que no fue difícil. No creo que se necesite ser un experto en judo para conocer ese golpe, si a eso quieres llegar a parar.

—Precisamente —dijo Dalford—. Eso es lo que quería saber. Gracias, Mac, eso aclara el punto. Hasta ahora la «evidencia» no parecía haber resultado del todo bien, ¿verdad, Ferguson?

—Yo no diría que fuese evidencia —respondió Ferguson—. Yo simplemente dije que era lo bastante para hacernos dudar. Pero puesto que eres nuestro amigo no dudamos de ti lo suficiente para querer acudir con el asunto a la fuerza de Seguridad.

—Bueno, os lo agradezco, como dije antes —afirmó Dalford.

—Pero oigamos el resto. ¿Dónde fuiste de vacaciones y por qué tenías que marcharte precisamente después de que hubieran robado los documentos?

—Os lo dije —anunció Dalford—. No os comuniqué secretamente donde estuve, pero me quedé unos días con algunos parientes, en el campo… allá en el norte, donde hay paz y quietud. El motivo, según pensé, resultaba del todo evidente. ¿Fuisteis capaces de realizar mucho trabajo durante las semanas que estuve fuera?

—No… pero en parte fue debido a tu ausencia.

—Pero si sois honrados admitiréis también que en parte fue debido a la investigación de la Seguridad. Yo no puedo trabajar teniendo tipos que respiran en mi nuca todo el rato. Me fui para dar a las abejas una oportunidad de volver a su colmena.

MacLane miró de reojo a Ferguson.

—Creo que estamos llevando la cosa un poco dura —dijo—. Olvídalo. ¿No nos guardas rencor, Roger?

—Nada en absoluto —respondió Dalford—. Agradezco el modo en que habéis tratado el asunto. Habéis puesto las cartas sobre la mesa. Si hubieseis ido murmurando todo esto al coronel de Seguridad, probablemente me habríais puesto en la sopa. ¡Todo el mundo está tan quisquilloso actualmente que lo primero que haría sería colgar al primer ministro y luego decir que era un espía rojo!

—Sí… es verdad —asintió Ferguson—. Quizás hubiéramos provocado un asunto por el estilo porque este recelo es contagioso. Dejémoslo estar en lo que respecta a nosotros… ¿qué vamos a hacer?

—El asunto de siempre, supongo —dijo MacLane.

—El asunto de siempre —dijo Ferguson.

Mientras habían estado hablando, la radio de MacLane había estado funcionando en silencio al fondo. Oyeron la sintonía del noticiario y el anglocanadiense aumentó el volumen en un acto meramente reflejo, como si estuviera acondicionado para hacerlo nada más oír las notas de sintonía.

—He aquí un boletín especial —dijo el locutor—. El cohete ruso a Venus ha perdido su contacto de radio con la Tierra…

El resto del boletín no les interesó, pero aquellas primeras líneas

del encabezamiento tuvieron tanto impacto como una tonelada de TNT.

IV – DESPEGUE

Todo lo que el ojo podía ver allí, era sólo cemento y campos verdes, porque se trataba de la rampa de lanzamiento donde el «Aventura de Venus» se apoyaba contra la torre de su andamiaje, como una gran aguja de acero sostenida por el débil entramado de una tela de araña.

En la parte superior de la gran aguja de acero tres hombres descansaban sobre gruesos colchones de espuma de goma. Espuma de goma que en el momento del disparo cedería y absorbería la tensión de sus cuerpos. Espuma de goma que sería como una suave y piadosa barrera entre los tres hombres y una muerte agonizante originada por media docena de gravedades de aceleración.

Había un enorme aire de expectación por todo el campo de aterrizaje. Periodistas de todas las naciones estaban presentes en aquel tranquilo trozo del campo inglés. Hombres de la televisión, cámaras P.T.V. cámaras cinematográficas, enfocadas como un millón de curiosos ojos mecánicos, la cosa alargada en forma de aguja que brillaba al sol, señalando esperanzada, como un desafío hacia el cielo.

—Control de campo a tripulación, control de campo a tripulación… ¿todo va bien? ¿Todo va bien?

—Gordon MacLane a control de campo por mí mismo, Roger Dalford y Lance Ferguson, todo va bien, todo va bien. No se ven anormalidades de ninguna clase. Los instrumentos se comportaron perfectamente en la última revisión.

Cada hombre estaba perdido en sus propios pensamientos. MacLane pensaba en el pasado, en su vida en el Canadá, en las extensiones de pinedas, en los grupos de leñadores, en los vastos campos de trigo, los grandes lagos, y en los poderosos caminos y

ferrocarriles, pensando… y deseando estar allí de vuelta. Era un hombre corpulento y amaba los grandes espacios abiertos. El espacio, había pensado alguna vez, le habría proporcionado aquella enorme sensación de vaciedad, sitio para extenderse, crecer y desperezarse… para desperezar no su cuerpo sino su alma. Pero no había sitio en aquella cápsula ni para que un gato se desperezase. Era peor que una prisión. El navío era demasiado pequeño, excesivamente pequeño. Cada centímetro de espacio estaba ocupado. Deseaba que contuvieran más hombres. Deseaba más sitio y más compañía. Seguro… Ferguson no estaba mal, pero Ferguson era una especie de individuo medio. Ninguno de los otros dos eran lo que MacLane hubiera llamado como los de «su tipo».

Eran buenos muchachos a su manera, pero no eran su tipo. Él tenía una extraña y pequeña teoría de que la raza humana estaba dividida en media docena de categorías, igual que hay diferentes grupos sanguíneos. Creía que había hombres que automáticamente despertaban amistad con ciertas otras personas.

O bien un hombre se lleva bien con la gente de su propio grupo, o tiene que encontrar un nuevo puesto en el que no se encuentra tan seguro. O bien el introvertido extraña mejor con el extravertido porque le gusta escuchar y al extrovertido le gusta hablar, o bien dos extrovertidos se llevarán bien mejor, porque aquellas clasificaciones eran demasiado grandes, demasiado amplias. No explicaban porque dos personas que parecían tener mucho en común fallaban en llevarse bien. Había conocido hombres de quienes podía decir de inmediato que se trataron de tipos verdaderamente simpáticos para él, con quienes correr juergas. Hombres vivos e inteligentes con sentido del humor. Y había otros, igual de animados, igual de rápidos, igual de inteligentes, que para él no tenían el menor sentido en absoluto.

MacLane se preguntaba de nuevo cuáles serían sus frecuencias telepáticas de onda.

Entonces la voz del control le llegó clara.

—Cero menos dos minutos.

—Dos minutos —pensó MacLane—. No es mucho. Dentro de dos minutos estaré dejando la Tierra, posiblemente para siempre.

Ideas similares cruzaban los cerebros de Lance Ferguson y Roger Dalford.

—Dos minutos —pensaba Ferguson—, con certeza no es mucho. Puede que sean mis últimos dos minutos en la Tierra. ¿Qué he hecho con mi vida? Soy Lance Ferguson, químico investigador alistado al nuevo proyecto espacial, ¿y qué he hecho con mi vida? Escuela… universidad; universidad… proyecto; ascenso lento pero seguro y aquí estoy a mitad de camino del cielo sentado en el morro de una diminuta cápsula que está en la punta de un vasto cohete, preparado para ser disparado en dirección a Venus, posiblemente para no volver jamás… Es Suerte, el Azar, el Destino. ¿Pero es buena suerte? ¿Es un destino feliz? ¿Es un azar bienvenido? Estas son las preguntas que sólo yo puedo resolver y que me encuentro incapaz de hacerlo, porque en verdad son irresolubles. Son el eterno Enigma. La sempiterna Pregunta…

Ferguson volvió la cabeza lateralmente y miró a Roger Dalford.

—Un penique por tus pensamientos, Roger —dijo con suavidad.

Dalford le devolvió la mirada.

—Muy mundano de momento viejo, muy mundano. Estoy absorto pensando en las relaciones de peso-potencia y en nuestros suministros.

Eso, consideró Ferguson, era lógico y bastante sensato. Dalford había sido el encargado y responsable de almacenar los suministros en el navío, sobre sus hombros descansaban las decisiones acerca de las relaciones de peso-potencia. Había sido cosa de él el decidir, como físico y médico y como instrumentacionista, lo que deberían llevar y lo que por fuerza tenían que dejarse atrás. Había algunas cosas que Dalford insistió llevar y que parecían bastante raras a los otros dos. Primariamente se trataba de una expedición científica, sin embargo Dalford insistió absolutamente en llevar armas. Poderosas y pesadas armas automáticas.

—Venus —había dicho—, probablemente está habitado y la vida animal puede ser hostil.

No parecía, en cierto modo, la manera adecuada de abordar el asunto en cuanto a Ferguson concerniera. El hombre estaba solo empezando a viajar por los astros. Daba sus primeros pasos tambaleantes hacia los planetas, pero aún cuando fuese un novato, iba a resultar un novato peligroso.

Iba a llevar su muerte y su guerra y sus armas de destrucción consigo. No iría con inocencia y amistad… marcharía llevando

muerte y destrucción. Quizás el hombre es así, pensó Ferguson. Pero si la decisión hubiese residido en él mismo y en MacLane sabía perfectamente bien que no habrían llevado armas.

Fue el médico y físico quien insistió en las armas… ¿era ese otro punto contra él? Ferguson volvió a mirar a su compañero.

Dalford, dándose cuenta de la mirada, aunque ignorando la razón, le sonrió.

—¡Pulgares arriba! —exclamó—. ¡Ya no puede tardar mucho!

—Cero minutos menos treinta segundos.

Así que eso era, pensó el corpulento canadiense. Dentro de medio minuto estarían encaminándose al gran vacío Desconocido, más allá de la franja de aire, al Desconocido más allá del campo de aterrizaje, al Desconocido más allá de la Tierra. Al Vacío Desconocido, al Más Allá sin límites… Al Infinito… ¿Qué les aguardaría allí?

—Cero menos veinte.

La voz del locutor cortó los pensamientos de Ferguson… cero menos veinte, se dijo a sí mismo. Veinte segundos para salir despedidos. Veinte segundos y estallaremos y entraremos en erupción en una enorme nube en forma de seta con partículas de combustible semiatómico y llevaremos la muerte a todos los interesados en el lanzamiento, o tendremos éxito en escapar de la Tierra. No sólo entrar en órbita, no sólo hurgar en las alturas de la estratosfera, como los argonautas de la antigüedad hacia una meta extraña y desconocida… como los niños alejándose nadando con braveza, penetrando en un océano ignorado, marchando a una playa también ignorada más allá. La playa de una tierra desconocida. ¿Sobreviviremos al maratón natatorio o esta frágil nave nuestra se derrumbará a nuestros pies y nos hundiremos en el desesperanzado olvido de la nada…? Algunas palabras de Shakespeare fluyeron de pronto a su mente. El soliloquio de Hamlet.

> «Ser o no ser, éste es el problema,
> Es más noble para el espíritu sufrir,
> los azotes y dardos de la fortuna airada,
> o alzarse contra un mar de tormentos,
> haciéndoles frente oponerse a ellos».

Otras palabras, sólo débiles, oscuras recordaron que la literatura no había sido nunca una de las especialidades de Ferguson.

«Dormir, quizás soñar,
Ah, ahí está la dificultad…».

Se preguntó qué había pensado decir Shakespeare con aquello, pero el «Dormir, quizá soñar» resultaba bastante claro. Pensó en otras palabras. Tiene gracia de cómo un hombre pensaba en cositas raras y poéticas cuando estaba en el umbral de la muerte o de la gloria…

«Si la muerte fuese un sueño largo y duradero.
Entonces la muerte sería buena, dicen los hombres.
Pero vivamos, sin saber nada del sueño,
excepto despertar al alba del día».

Como científico, de ordinario no tenía mucho tiempo para la poesía, pero ahora seguía recordándola, a centenares, volviendo a su memoria en pedacitos y retazos.

Otro pedazo, refiriéndose a la muerte:

«La vida es principalmente agitarse y forcejear,
dos cosas se alzan como piedra,
la amabilidad es otra dificultad,
el coraje en uno mismo…».

Más versos, más pensamientos casuales, lanzados por poetas que hacía ya mucho tiempo habían muerto.

«El tiempo, como una sempiterna apisonadora
se lleva a todos sus hijos lejos,
vuelan, olvidados como un sueño
mueren al alborear».

Quizás podía substitiuir algunas otras palabras:

«Despacio como una sempiterna apisonadora…
se lleva lejos a todos sus hijos».

¿Se les llevaría a ellos, para no volver jamás? ¿Volarían olvidados como un sueño, para morir al alborear el día? ¿Para morir al alborear de un día venusiano? Cuando el «Aventura de Venus» se estrellase en el planeta después de lo que había sido llamado su vuelo de pruebas…

¿Tendría éxito o fracasaría?

¿Vivirían o morirían?

—Cero menos diez…

Las palabras cortaron sus pensamientos, como cuchillos.

—Nueve… ocho… siete… seis… cinco… cuatro… tres… dos… uno… ¡Cero!

Como en una película de ciencia ficción oyó la cuenta inversa y luego con incredulidad estupefacta un rugido, un potente rugido. ¿Sería el último sonido que oyera? ¿Se tragaría sus pensamientos, sus sensaciones, sus emociones, su vida en un grado locausto de muerte vibrante y reverberante? ¿O sería como el fiero pájaro Fénix de la Aventura? ¿Sobreviviría la nave, o acaso el poder del tremendo combustible… que él había inventado… les destruiría? ¿Se destruiría a sí mismo? Más palabras de Shakespeare inundaron su mente mientras el rugir continuaba.

—Ahora el ingeniero es huésped de su propio petardo —justicia poética, pensó, y repitió la frase en su mente—. Ahora el ingeniero es huésped de su propio petardo —recordó haber preguntado a su maestro de inglés hacía mucho tiempo en el colegio, muchísimo tiempo, lo que significaba aquella frase. Recordó haber recibido la respuesta de que significaba que el hombre que había designado la máquina de la guerra había sido atrapado por su propia invención.

El navío no se había desintegrado. Un millón de gravedades parecían oprimirle la espalda a la vez, pero sabía que no eran más de seis. Así había sido diseñado, así funcionó. El diseño no fue defectuoso, no había fracasado. Rugiendo, oprimiendo, empujando, sintió como si un millar de demonios le obligaran a hundirse en un acolchado pozo. Sintió como si fuese un luchador indio peleando en un calabozo embarrado lleno de pétalos de rosa. Y de pronto, cesó la presión, cesó tan súbitamente como había empezado.

—Oh, no fue del todo mal, ¿verdad? —dijo la voz de MacLane.

Estaban en el espacio. El «Aventura de Venus» había sido lanzado. Corrían a través del vacío. Los cascos retronadores del navío cohete galopaban hacia el Infinito, llevando a sus tres pasajeros a sus lomos, en su galope.

V – EL SUPERVIVIENTE

Los primeros cuatro días en el espacio fueron absolutamente rutinarios. Los instrumentos funcionaban a la perfección, nada se desviaba de lo esperado ni por la más diminuta fracción de un porcentaje. Las cosas marchaban como un reloj.

—No me gusta —dijo MacLane—. Resulta condenadamente perfecto para ser cierto. ¿Qué te parece, Roger?

—Estoy de acuerdo contigo —contestó Dalford, sus ojos asaeteando la cabina de instrumentos a manómetros y de manómetros a instrumentos—. ¿Cómo funciona el combustible, Lance?

—Perfectamente —dijo Ferguson—, estamos dentro de todos los márgenes de seguridad, seguimos el plan, pero al igual que tú… ¡no me gusta! ¡Parece demasiado bueno para ser cierto!

Notó como si esto fuese la calma que antecede a la tempestad. Que en cualquier momento, algo muy grave sucederá y en mal. ¡Las cosas no deberían ir tan bien! Si al menos hubiera la más ligera desviación de lo normal. Si sólo un instrumentito de cualquier panel secundario decidiese en su cerebro mecánico adoptar cierta perversión que nosotros pudiéramos enderezar. Pero no hay nada que hacer excepto tomar datos de los instrumentos que registran las cosas perfectamente como debe ser. Este silencio no es saludable. Me pone nervioso. Permanecemos en perfecto contacto por radio con la Tierra, nada de malo hay allí. Sólo esta infernal quietud.

Estaban mirando por la pantalla de video delantera, que les mostraba una vista amplificada de la zona del espacio a través de la que viajaban, una especie de cruce entre radar y televisión, con algo que no pertenecía a ninguna de las dos cosas mezclado en ello. Sus perceptores focales podían sintonizarse al punto que eligiesen de

cualquier área seleccionada en el radio de acción del rayo transitorio y ampliada hasta un punto en donde pudiera aparecer como una imagen dimensional surgida en la pantalla. Era un invento que tenía tremendas posibilidades. Sus usos comerciales eran casi innumerables.

Ferguson lo utilizaba, puesto que oficialmente estaba de guardia, y escrutaba y exploraba el espacio inmediato por delante de la nave. De pronto enfocó su atención a un pequeño e irregular objeto en la lejanía.

—Nos acercamos a él muy despacio, lo que significa que probablemente viajamos en la misma dirección, lo bastante cerca para que las velocidades sean semejantes…

—Bueno…

Ferguson se encogió de hombros.

—¿Podría ser el cohete ruso?

—Intentemos establecer radio contacto —dijo MacLane.

Emitieron en onda corta.

—Yo diría —apuntó Ferguson—, que ninguno de nosotros conoce ruso, ¿verdad?

—Yo sí —contestó Dalford.

Le miraron sorprendidos.

—¡Pero siempre fuiste tan anticomunista!

—¡El que conozca ruso no quiere decir que sea simpatizante de su régimen! Alguien tiene que ser traductor. Uno debe ser capaz de hablar el idioma enemigo, por mucho que este enemigo le disguste —fue la respuesta de Dalford.

La explicación parecía en cierto modo inadecuada, pero ni MacLane ni Ferguson dijeron nada más sobre ello. Su atención estaba ocupada completamente por la cosa que aparecía en la pantalla. La pantalla de video, el televisor. Ferguson ajustó el control de sintonía fina hasta que la cosa quedó perfectamente enfocada.

—No es una nave —dijo—, la forma es diferente y demasiado pequeña. Tiene una silueta irregular… ¿cómo funciona el radiocontacto?

Dalford hablaba con frases breves, agudas, sonoras de ruso. Una y otra vez, Ferguson captó la palabra «tovarish», que creyó que significaba «camarada», pero no estaba del todo seguro… Su

conocimiento del ruso era excepcionalmente escaso.

El pequeño objeto irregular delante de ellos gradualmente se fue haciendo más visible. Al principio los tres hombres del espacio no quisieron aceptar la evidencia de sus ojos, pero esa resultancia fue dominada.

—Yo diría que es un hombre —dijo Ferguson por último, el primero de los tres en traducir a palabras los pensamientos comunes.

MacLane asentía.

—También lo creo, Lance —confirmó—. Es un hombre con traje espacial. Sin embargo, no tenemos medios de saber si está vivo o muerto.

—No puedo conseguir respuesta a esa radioseñal —dijo Dalford —, a sí que si está vivo o bien se encuentra inconsciente o se le estropeó la radio.

—Sigue probando —dijo MacLane—, sigue probando hasta que estemos a su altura.

—¿Qué pensáis hacer? —preguntó Ferguson.

—Bueno, nuestras velocidades son casi parejas y nos acercamos a él tan despacio que creo que podemos lanzar sobre su persona las grapas magnéticas… Disminuiré la marcha una pizca con ese débil toque en el morro del cohete. Sólo necesitaremos una migajita de energía reversa para colocarnos a su velocidad. Estad alerta. No habrá necesidad de ocupar los sillones anatómicos… apenas lo notaréis.

Tocó el cohete de proa una vez, se produjo el más débil de los estremecimientos. El navío disminuía la marcha de manera imperceptible.

—Casi estamos lo bastante cerca y llevamos la misma velocidad ahora —dijo Gordon—. Bien, preparados con esas agarraderas magnéticas.

Ferguson permaneció con la cara pegada a la portezuela de observación, sus manos en el botón de control de las grapas magnéticas.

Cuando se encontraban casi a nivel, lo oprimió. Poderosos muelles arrojaron las grapas de un costado de la nave. Originalmente habían sido diseñadas para coger pequeñas latas de muestras mientras el navío estuviera en órbita en torno a Venus,

para captar recipientes de atmósfera y probarla antes de abrir la escotilla, pero operaron, casi tan eficientemente en este nuevo papel como para el que fueron diseñadas. Como las lenguas de un poderoso látigo de extremos flexibles, las puntas de las grapas magnéticas rodearon a la figura con traje espacial, deslizándose casi a mitad de extensión de un cable de la ventanilla de la portezuela de observación.

Lenta y cuidadosamente Ferguson tocó las teclas que manejaban las grapas. El desconocido hombre espacial estaba ahora enlazado firmemente a lo largo del «Aventura de Venus».

—Fue idea mía hacerle subir a bordo —dijo MacLane—, así que supongo que deberé salir y entrarle.

—¿Es que las grapas no le meterán por la escotilla si abrimos la portezuela exterior? —dijo Ferguson.

—Oh, sí, claro, lo harán —contestó MacLane—. No hay necesidad de que nadie salga —pareció casi aliviado.

Ferguson tocó el botón de control que habría la escotilla exterior. Ajustó las grapas magnéticas y ellas metieron dentro de la nave a la figura con traje espacial. Oyeron cómo el metal de su atuendo rebotaba contra el interior de la escotilla.

—Será mejor que cerremos la puerta externa tan rápidamente como sea posible; si ese tipo está aún vivo, será un milagro y no debemos echar por la borda sus posibilidades entreteniéndonos —dijo Dalford.

—Creí que odiabas a los rusos —contestó Ferguson—. Pareces muy ansioso de salvar a éste, así de repente.

—Les odio en teoría, pero cuando se trata de salvar una vida humana, la cosa es distinta —dijo Dalford.

—Oh, así que no eres ese ogro fascista del que alardeabas presumir —comentó MacLane.

—Jamás dije que fuera fascista —fue la rápida y viva respuesta de Dalford—. ¡Yo sólo creo en cierta política derechista, lo que no me hace fascista… ni nazi!

—Me gustaría saber quién y qué es lo que eres realmente —dijo Ferguson—. Vamos, entremos a ese tipo.

Dalford le miraba con extrañeza.

Cerraron la puerta de la escotilla exterior, rellenaron el espacio con aire y abrieron el panel interno. Fue trabajo de un momento en

el camino elíptico y sin peso que llevaban, traer al superviviente ruso, si es que lo era, al interior de la cabina, con ellos.

Por el visor transparente del casco pudieron ver que los ojos del hombre espacial estaban cerrados.

—Al menos no están desorbitados y mirando con fijeza, como los ojos de un muerto —dijo Dalford—, hay una posibilidad para él. Quizás se encuentre en alguna especie de coma. Puede estar moribundo, incluso muerto. Quizás ya sea demasiado tarde…

Con rápidos y diestros dedos Roger Dalford desabrochó el casco espacial del desconocido. Mientras esto hacía una mirada confusa distendió sus rasgos, pero no dijo nada. Tras quitarle el casco aumentaron el contenido de oxígeno de la cabina mientras Dalford desabrochaba el resto del traje y comenzaba aplicarle la respiración artificial.

—Hay un débil latir del corazón —dijo por último—. Necesitará sales o coñac si queremos salvarle la vida y lo necesita con la máxima urgencia.

Trataron de aplicar estimulantes al superviviente y como último recurso una inyección de adrenalina. Fue la adrenalina lo que pareció dar resultado. Los ojos del hombre del espacio se abrieron y dijo algo en un idioma que ni Ferguson ni MacLane comprendieron.

—¿Es ruso? —preguntó MacLane a Dalford.

—Sí, es ruso —contestó.

—¿Qué dijo? —preguntó MacLane.

—Dijo: «Gracias por salvarme la vida» —respondió Dalford.

—Contéstale que le damos la bienvenida —apuntó MacLane—, hubiéramos hecho lo mismo por cualquiera. Espero que ellos se hubiesen comportado de igual manera por nosotros si el caso le hubiese sucedido a uno de nuestros camaradas. Pregúntale qué pasó a su nave.

El ruso, porque tal era, yacía en uno de los divanes o sillones anatómicos y les contó su historia.

Aparentemente algo se había averiado en el nuevo combustible ruso. En apariencia sólo fue descubierto pocos días antes del despegue. Todo lanzamiento había sido precipitado como un esfuerzo del último instante para llegar a Venus antes que los occidentales que, según se creía, tenían combustible similar al que los rusos preparaban.

El ruso sonrió débilmente mientras decía esto.

—Me alegro de que hayan tenido tal combustible —dijo.

Los ojos de Ferguson se contrajeron recelosos, todo señalaba el hecho de que el cohete ruso había sido preparado en el último instante… después de que los soviéticos se hubieron apoderado de su fórmula secreta y la observación de que Occidente tenía combustible similar no sería nada excepto un tapujo para el hecho de que era combustible occidental lo que ellos habían robado. ¿Pero qué es lo que fue mal? Si los rusos se habían apoderado de la fórmula completa, entonces su nave debía ser tan segura como ésta. Las cosas de momento no tenían mucho sentido para Ferguson, pero tuvo que dejar a Dalford toda la conversación porque Dalford era el único que podía comprender ruso. Eso colocaba en desventaja a él y a MacLane. Si Dalford y el ruso estaban coaligados de alguna extraña manera, eso sin embargo no explicaría la expresión peculiar y recelosa aparecida en el rostro de Dalford…

¿Qué diablos era el juego a que se dedicaba Dalford, espionaje? ¿Contraespionaje? Ferguson miró al médico con renovada curiosidad. No parecía haber fin en las profundidades del carácter de Dalford. Semejaba marchar con los demás un instante y cazar por sí mismo al siguiente. Quizás lo hiciera. Quizás resultaba uno de esos extraños contraespías… luchando entre Este y Oeste con información de igual valor para ambos. ¿Pudiera ser que simplemente disfrutara siendo alguna especie de agente por el mero hecho de vivir las emociones propias del cargo? Tales hombres existían, pero eso parecía una solución aún más imposible que la que él estuviese trabajando para los rusos.

Ferguson escuchó con atención tratando de entender alguna palabra ocasional pero se sintió total y absolutamente derrotado.

—En apariencia su navío se desintegró —dijo Dalford—, sólo que se vieron avisados por los manómetros de combustible de que no iba la cosa bien, se pusieron sus trajes y abandonaron la nave. Fue el primero en salir y antes de que los demás pudiesen hacer lo propio vio cómo el navío se desintegraba. Fue una casualidad entre un millón de que estuviésemos siguiendo el mismo camino, lo bastante cerca para haberle visto, de cualquier forma.

—Bueno, realmente no, supongo —dijo Ferguson—. Si nos encaminábamos hacia Venus siguiendo la misma trayectoria que es,

después de todo, la ruta mínima, y las posibilidades son de que nuestros cálculos eran seguros, por fuerza teníamos que seguir el mismo camino. Él tuvo suerte al no verse proyectado lejos de esa senda. Hay una enormidad de espacio en donde perderse y…

—Cuánto tiempo ha sido capaz de sobrevivir en ese traje, de todas maneras —dijo MacLane, cortando la frase de su compañero.

—Dice que establecieron radiocontacto con nosotros un poco antes de que su nave estallase, que el último informe era que todo iba bien y que antes de que pudiesen hacer otro contacto decidieron abandonar el navío.

—Comprendo; bueno, para un hombre que ha estado en el espacio con la sola protección de un traje, todas estas horas, se ha desenvuelto notablemente bien —dijo Ferguson—. ¿Seguro que nos has dicho todo lo que te ha contado, Roger?

—Sí, sí, claro —contestó el médico. Lanzó una rápida mirada de reojo al ruso, cuyos ojos estaban cerrados. Añadió—: Naturalmente que debe estar agotado. Creo que desea dormir. Hay algo en la sala de máquinas de lo que quiero hablarte, MacLane —dijo por último, y lanzó una significativa mirada a la escotilla como si quisiese hablar a sus compañeros de viaje en privado.

—De acuerdo —contestó MacLane.

—¿No me necesitaréis si vais a tratar del combustible? —dijo Ferguson, dándose cuenta del propósito.

—Sí, quizás sea mejor que vengas, la nave de momento navega con su piloto automático.

Ferguson siguió a sus dos colegas hasta la sala de máquinas… marcharon en silencio, agarrándose a las cañerías de las paredes. El estar sin peso era una extraña condición. Obligaba a viajar de manera peculiar. Era como nadar en medio de un agua tranquila. Como quitarse el chaleco salvavidas y permanecer al fondo de una piscina por el simple esfuerzo muscular.

—Tengo que haceros una confesión —dijo el médico a sus dos compañeros—. Lo que pensaréis de mí cuando la haya hecho no lo sé, pero ha ocurrido algo que me obliga a deciros la absoluta verdad.

Los tres hombres se miraron mutuamente en la semioscuridad de la sala de máquinas.

Así que yo tenía razón, pensó Ferguson…

VI – CONFESIÓN

Roger aspiró una bocanada de aire y dijo despacio:

—He sido agente comunista durante los últimos once años. Probablemente os ayudará a comprender un poco los motivos si os digo que mi familia fue raptada por agentes soviéticos cuando me nombraron para ocupar un puesto en el proyecto. Me dijeron que si mencionaba el hecho a la policía, o hacía investigaciones, unos cuantos cuerpos sin identificar se encontrarían en el río. También dijeron que nadie escaparía rápida o fácilmente. Les creí. Sabía lo implacables que suelen ser. Así que no me quedó elección, durante once años he estado trabajando para el otro bando. Adopté una protesta de odio que resultó fácil porque dentro de mí mismo les odiaba. Les odiaba y les temía. Era fácil para mí ser un político activo para expulsar violentamente esos sentimientos interiores míos…

—Puedo comprender cómo habría yo actuado en tu posición —dijo MacLane—, ¿pero por qué viene ahora a cuento esa confesión, qué tiene que ver esta nueva postura que lo hace todo distinto?

—Sabía todo acerca de ese cohete ruso que tenían preparado durante algunos meses. En cuando me enteré de que Lance estaba al borde de conseguir perfeccionar su nuevo combustible les dije que preparasen un cohete para lanzarlo de inmediato. Cada vez que recibía una pizca de información de Lance, la transmitía. No puedo deciros cómo solía trabajar la organización. Os sorprendería si supieseis quiénes más en el proyecto estaban conmigo… y por razones similares…

—Supongo que sí —dijo Ferguson—. Esos últimos fallos de la Seguridad han sido bastante impresionantes, pero supongo que es uno de los peligros de vivir en una democracia y mantener un

sistema de vida democrático. Si uno tiene una sociedad libre debe correr ciertos riesgos de seguridad para conservar tal libertad. Si se posee una sociedad de Estado policial, entonces la Seguridad es comparativamente fácil. Tuvimos que elegir.

Dalford asentía.

—Por eso es precisamente el asunto —dijo—. Dejad que me desahogue. He estado con ellos durante años. Fui yo quien te atacó en tu apartamento aquella noche. Lo siento, pero tuve que golpearte bajo la oreja, aunque resultó mejor que matarte, en eso convendrás conmigo. Tenía órdenes de robar la fórmula y acabar contigo. Desafié tales órdenes, espero que lo creas.

Mirándole, Ferguson advirtió una profunda sinceridad en sus ojos.

—Sí, Roger, te creo —dijo—, y gracias.

—La idea era, fijaos, dar a los rusos la ventaja, dar a mis… jefes… la ventaja y descolocaros en la carrera. Entonces deliberadamente yo habría retrasado las cosas un poquito y les hubiese dejado espacio libre. ¿Verdad que no es una linda historia?

—No —respondió Ferguson—, no lo es, pero al menos interviene el elemento humano. Tuve suerte de que así ocurriera. Sin embargo, has confesado ser agente de ellos, ¿cual es la dificultad ahora? ¿Quién es ese tipo de arriba?

—Lo sabía todo acerca de la tripulación, sabía quién iba a ir. Conocía perfectamente ese navío —dijo el médico—. Tuve buena mano en diseñarlo. La descripción que él me dio corresponde por lo menos en ciertos detalles esenciales, que yo sabía que tenía la nave. Más que eso, no habla ruso puro. Habla la clase de ruso que yo hablo, no educado en Rusia. Ahora, un hombre que ha sido elegido para ser piloto espacial, con todos sus otros defectos, fracasos, deficiencias, sería un hombre en extremo bien educado. Daría un alto I.Q. y eso significa que hablaría perfectamente bien. Este hombre habla ruso casi tan bien como un buen intérprete inglés. No habla ruso como lo hablaría un nativo de Rusia inteligente. ¿Veis la diferencia? Es sólo pequeña, pero resulta un punto del todo sutil. Parece como si el único conocimiento del ruso se basase en mi mente. Como si hubiera conseguido todo el ruso que sabe de mí. Habla ruso no porque sea su lengua nativa, sino porque nosotros esperamos de él que lo hable.

—Buen Dios —exclamó Ferguson—. ¡Esto es fantástico! ¿Estás tratando de decirnos que el hombre de ahí arriba, el hombre que cogimos con su traje espacial, no es un superviviente de la expedición rusa?

—Eso es exactamente lo que pienso —contestó Dalford—. Le dije que sabíamos que habían siete hombres más en la expedición y le di dos nombres sinceros y cinco falsos y le pregunté quién era… escogió uno de los nombres que yo me inventé.

—¿Piensas que es un impostor, o crees que su mentalidad se ha visto destrozada por la exposición y la soledad del espacio? —sugirió MacLane.

—No sé qué pensar, pero siento recelos infernales de él. Así que comprenderéis que debía deciros que no es un ruso lo que tenemos a bordo, es un peligroso ser extraño humanoide de Dios sabe dónde.

—Eso es absolutamente abrumador —dijo Ferguson—, ¿entonces qué pasó en la expedición rusa cuando perdieron contacto por radio? ¿Cuándo se perdió tal contacto?

—Te daré tres hipótesis —contestó Dalford—. No hubo nada equívoco con esa fórmula de combustible que les proporcioné. Eso puede significar una sola cosa, según mi entender… que los venusianos son humanoides y altamente inteligentes. Interceptaron el navío antes de que pudiera aterrizar y lo destruyeron. Luego, cuando nos vieron venir colocaron uno de sus hombres en el espacio, uno de sus propios hombres que tenía capacidad telepática para escrutar nuestros cerebros y comportarse como esperábamos que lo hiciese.

—Pero seguramente todo lo que tendríamos que hacer era comunicarnos por radio con Moscú y conseguir plenos detalles de ese navío —dijo Ferguson brillantemente—. Tú podrías hacerlo, aun cuando a nosotros no nos fuera posible. Contigo hablarían, utilizando alguna especie de santo y seña, alguna clase de señal.

—Podría —dijo Dalford—; sí, es una idea. Moscú investigaría acerca de él, si es sincero la primera cosa que querrá es ponerse en contacto con Rusia y que su familia se entere de que está sano y salvo. Probaré eso.

Volvió a subir las escaleras hasta la cabina. El desconocido yacía aparentemente dormido en el camastro. Dalford avanzó hasta la radio y comenzó a llamar a la Tierra. Lo trató durante veinte

minutos… pero no hubo réplica. La radio estaba muerta…

—No responden —dijo a los demás.

—Sí que es casualidad —susurró Ferguson—, le dejamos aquí solo y la radio queda fuera de combate. ¿Crees que es obra suya?

—Podría ser una de un millar de cosas —dijo Dalford—, aunque ese aparato se suponía que era a prueba de averías. Puede haber roto la conexión de cualquiera de un centenar de puntos. Podemos repasarlo, pero nos va a llevar mucho tiempo —su voz se alzaba y el «ruso» abrió los ojos.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó.

Al escucharle, Ferguson se dio cuenta que era exactamente la misma clase de acento que se imaginó que utilizaría algún ruso si era capaz de hablar inglés. El hombre hablaba ahora en una especie de inglés bajo que Ferguson esperaba. Igual que previamente había estado hablando a Dalford en la clase de ruso de intérprete con el que Dalford estaba familiarizado.

MacLane le miró con viveza.

—Tú no eres ruso —dijo de pronto—. Eres venusiano.

—¡Pues claro! —exclamó Dalford—. ¡He estado pensando en el factor tiempo! Los tanques de ese traje contenían sólo bastante oxígeno para veinticuatro horas y pasaron más de veintidós desde que el navío original ruso perdió contacto con la Tierra. ¡Eso significa que durante cuarenta y ocho horas nuestro amigo no ha estado respirando nada excepto Fe, Esperanza y Caridad! Si es quien dice que es. Pero si, por otra parte, fue dejado caer hace unas pocas horas por una nave venusiana con el propósito expreso de interceptarnos… ¡Por fuerza tiene que sabotear esta nave! ¿No es verdad?

—¿Y no habría sido más fácil para ellos hacernos volar del espacio? —arguyó Ferguson—. Si son tan buenos. Si pudieron vernos venir desde tan lejos, que fueron capaces de colocar a un hombre aquí, preparado para que lo capturásemos.

—Eso también explicaría —dijo Dalford, cortando su cadena de pensamientos—, el porqué sucedió que estuviera exactamente en el lugar adecuado.

—Te mostraste curioso con respecto a esto, ¿verdad, Ferguson? Ahora lo sabemos. Encontrar exactamente en el lugar adecuado porque fue colocado en este sitio sólo a unos pocos millares de

kilómetros delante nuestro esperándonos que viniésemos y convenientemente lo recogiéramos.

—¡Muy inteligente, muy inteligente en realidad! —el desconocido hablaba ahora inglés…—. Y no os preguntéis cómo puedo hablar vuestro idioma. Soy capaz de leer vuestros pensamientos, leo vuestros vocabularios, porque están muy profundamente impresos en vosotros. Puedo leerlos como si fuese en un libro abierto.

—Me lo imaginé —dijo Ferguson—, desde el instante en que hablaste en la misma clase de inglés roto que yo pensé hablaría un ruso.

—Yo pensé lo mismo —asintió Dalford—, cuando empezaste a utilizar tu ruso de intérprete conmigo. No sonaba sincero…

—También sé lo que dijisteis en la parte baja, en la otra habitación, o la mayor parte de ello —prosiguió el desconocido. Ahora hablaba una lengua muy fantasmal, una mezcla de los acentos de los tres mientras aparentemente emitía una sonda mental en cada cerebro y extraía las palabras, pensamientos, ideas y vocabulario. Había una pizca del acento canadiense de MacLane, un poco del acento sureño que caracterizaba a Ferguson y otra de la voz rasgada y restallante de Roger Dalford, todo junto en una mezcla verdaderamente singular.

Se miraron mutuamente…

—Bueno —dijo por fin el ser extraño—, ¿qué intentáis hacer?

—Te haremos prisionero hasta que aterricemos en tu planeta. Dinos por qué te enviaron aquí. ¿Por qué tu gente no nos destruyó, si no deseaban que aterrizásemos?

—¿Cómo sabéis que no deseábamos que aterrizaseis? —repuso el desconocido—. Por todo cuanto sé o sabéis quizás me hayan enviado a daros la bienvenida.

—¿De veras? ¿Del mismo modo en que diste la bienvenida a los rusos? —sugirió Roger Dalford.

—Sois muy desconfiados —repuso el venusiano… si es que era venusiano—. Muy desconfiados en realidad. Me acusáis de ser miembro de una raza extraña. Sabéis que una expedición anterior de vuestro planeta ha sido destruida o ha desaparecido. No argüís con lógica. Si nosotros deseásemos destruir expediciones de vuestro planeta al nuestro ya hubiéramos demostrado nuestro poder para

hacerlo aniquilando vuestra primera expedición, ¿no es muy probable que igual hubiésemos destruido vuestra segunda expedición de la misma manera… si ese fuese en realidad nuestro motivo como nuestro propósito, nuestro objetivo? ¿No creéis que es mucho más probable que vuestra primera expedición fallara debido a algunos defectos en el mecanismo del navío? ¿Qué una de nuestras propias patrullas estuviera en la zona, que nos detuviésemos a ver si podíamos seros útiles y descubriésemos que no había supervivientes y estuviéramos ansiosos de aprender lo más posible de las pruebas que habían permanecido? Quizás yo estaba probando uno de los trajes. Luego vino vuestro navío y me recogió… en lugar de mi propio… ¿Qué podría ser más natural?

—En ese caso tu nave no puede estar muy lejos —repuso Dalford —, y podemos ponernos en contacto con ella, enlazar mediante la radio.

—¿Qué radio? —le recordó el desconocido. Y de pronto volvió a sonar muy siniestro—. ¡Creí que tratasteis de alcanzar vuestro planeta por radio… sin éxito!

—La radio funcionaba bien cuando bajamos a la sala de máquinas —respondió acalorado Dalford—. ¡Pero ahora no funciona! Es evidente que se estropeó durante los diez o quince minutos en que estuvimos discutiendo qué hacer contigo, allá abajo.

—¿De modo que me acusáis de eso?

—No acusamos a nadie ni a nada de momento —contestó MacLane—, simplemente afirmamos que la radio funcionaba bien cuando bajamos. Tú te quedaste a solas. ¡Cuando volvimos ya no funcionaba!

—¡Ah, qué ilógicos sois vosotros los terrestres! —suspiró aquel cautivo peculiar—. ¡Cuan ilógicos!

La expresión de su cara cambió y se hizo más mortífera, más siniestra.

Ahora había en sus ojos una definida amenaza…

VII – TABLAS POR AHOGADO

Ferguson decía que de todas las cosas poco amistosas que había jamás encontrado, la expresión inamistosa del rostro del extraño humanoide a quien habían recogido del vacío era la que se llevaba el primer premio. El hombre parecía mortífero, peligroso, casi inhumano en la bestial intensidad de su ceño fruncido. Y sus grandes cejas, peludas y oscuras, se reunían hasta prácticamente fundirse. Sus ojos adoptaron una intensidad reluciente propio de las brasas de carbón. Rechinó los dientes en su dirección.

—¡Terrestres, parece que os creéis en extremo listos! —rezongó.

—Hay un hecho que te pasaste por alto —repuso Ferguson—. Somos tres contra uno…

—¿Y…? —fue la respuesta arrogante del desconocido.

—Y —continuó MacLane en silencio sacando un revólver de la alacena en la que Dalford había insistido en almacenarlas nada más —, eres nuestro prisionero. ¡Si lees nuestros cerebros comprenderás la función y el propósito de esta arma!

—¿Si yo estaba leyendo, tu mente, como supones que hago —respondió el venusiano—, por qué no advertí que ibas a tratar de coger un arma tan primitiva y si hubiese advertido tal cosa, por qué no hice el menor movimiento para impedirlo?

—Porque nada podías hacer para evitarlo. Tú mismo estás desarmado y nosotros tres no. Mis compañeros podían haberte retenido mientras yo trataba de coger el arma, así que sin duda adoptasteis una política mejor de permitirme que la cogiera sin intentar interferirme y así revelar tu debilidad.

—¡Bien pensado! —exclamó con furia el ser extraño—. ¡Bien pensado!

—¿Es un argumento correcto? —preguntó a Ferguson—. ¿Es ese

el punto? ¡Un hombre puede argüir bien sin que sus argumentos sean verdaderos! ¡Un punto puede ser verdad sin ser lógico! ¿Y esto qué es?

—Averiguarlo vosotros mismos —contestó el ser extraño—. Está bien, pues, reconoceré que me habéis cubierto con una primitiva arma de fuego. También admitiré que si tú oprimes ese gatillo me matarás. Hay muchas probabilidades, claro, de que perfores el casco de tu propio navío y muráis también vosotros. Es un riesgo que tenéis que correr, ¿verdad?

—El casco se sella automáticamente en el caso de cualquier pequeño pinchazo —dijo el canadiense—. Si has estado rebuscando en nuestras memorias y en el conocimiento completamente… como originalmente pretendías… sabías eso. Puedes incluso sondear nuestro vocabulario y hay una certeza de que nuestro pensamiento están a tu alcance, pero tu grado de telepatía… si es telepatía en realidad… queda lejos de ser perfecta. Te gustaría que pensásemos que es más perfecta de lo que en realidad es. Puede que sea algún truquito psicológico…

—¿Qué has querido decir con eso de «truquito psicológico»? Ahí no sigo tu razonamiento.

—Me refiero a si es alguna especie de jugarreta que aparezca bajo el aspecto de telepatía —prosiguió el anglocanadiense—. Cuando yo era chico solía leer muchas historietas de Sherlock Holmes; era un detective que asombraba a todos por su poder de deducción. Se le daban unos cuantos retazos de evidencias circunstanciales y podía reconstruir todo un caso. Hubo una ocasión, la recuerdo con viveza, en donde sorprendió absolutamente al doctor Watson irrumpiendo en su tren de pensamientos. Watson estaba convencido de que era alguna especie de magia hasta que Holmes le explicó el proceso por el cual había llegado a la deducción. Entonces, nada más lo explicó se hizo casi infantilmente sencillo. Me preguntaba si tú utilizabas algo por el estilo.

—Explícame más detalles del modo de razonar de tu detective mítico —pidió el ser extraño.

—Es muy sencillo; en realidad, el hombre cuyo tren de pensamientos seguía realizó una cantidad de acciones sencillas, miró hacia un cuadro, apartó el periódico, murmuró en voz baja, canturreó unos compases de música para sí…

—Sigo sin comprender cómo funcionaba ese procedimiento —dijo el ser extraño—. Quieres decir que él era actualmente incapaz de leer en la mente, sin embargo por esas acciones podía deducir lo que ocurría en el cerebro de su oponente, ¿verdad?

—Sí, eso mismo —asintió MacLane—, pero para mí es una explicación mucho más lógica de lo que tú ahora estás haciendo que el hecho de que actualmente tengas acceso, o ingreso a mis pensamientos. La idea de que algún aparato explorador extraño sea capaz de atisbar en mi alma, en mi ser, en mis sistemas mismos de pensamientos, me pone claramente incómodo. Eso te daría una ventaja tan fantástica que no habría nadie capaz de oponerte y serías un ejército de un solo hombre, invencible, inarrollable.

—Pero acabas de decir que sois tres contra uno —repuso el desconocido. Se metió una mano en el bolsillo de la túnica y sacó un pequeño objeto blanco y redondo del tamaño de una pelota de *ping-pong*. Le sonrió, pero sólo un instante. Luego su rostro volvió a adoptar aquella expresión salvaje y bestial que había asustado a Ferguson.

—Aquí —dijo el ser extraño—, está el explosivo más mortífero que la ciencia inventó jamás. Es de naturaleza atómica y detona mediante una corriente mental. Yo sólo sé cuál es la corriente mental que lo hará explotar.

—¿Y quién nos impide que lo arrojemos por la escotilla?

—Al segundo que intentéis apoderaros de mí, lo haría detonar —respondió el ser extraño.

—Hummm, vaya un día agradable —dijo MacLane.

—Agradabilísimo —corroboró Ferguson. Un frío sudor de miedo apareció en su frente.

—Y no tienes miedo de destruirte a ti mismo con nosotros, ¿verdad? —preguntó Dalford.

—La vida y la muerte significan poquísimo para mí —respondió el desconocido—, no apreciamos la existencia individual de modo que lo hacéis vosotros. El éxito y el fracaso son las únicas cosas que importan. Hasta cierta extensión he fracasado en mi objetivo, por lo tanto lo único que me queda es contrarrestar este fracaso.

—Así que teníamos razón cuando no creímos que fueses miembro de ningún comité de bienvenida.

—No soy de ningún comité de bienvenida en el sentido que dais

vosotros a la frase —replicó el ser extraño, y esta vez su expresión de furia bestial dio paso a una fina sonrisa bastante enigmática—. No; no a ningún comité de bienvenida en el sentido que vosotros comprendéis. No tenemos equivalente a vuestro pensamiento de bienvenida, en nuestro planeta. Apenas soy capaz de comprenderlo y captarlo, porque el concepto no es natural.

—Me parece que tu gente no es para mí un grupo muy amistoso —dijo Ferguson—. La gentileza y la amistad no son virtudes, incluso en las razas atrasadas y mal dirigidas parezcan serlo —respondió al ser extraño.

Ferguson alzó una ceja interrogador.

—¿Si es así, todo depende de la civilización, supongo? —dijo.

—No, lógicamente —contestó el ser extraño—, nuestro nivel de civilización es mucho más avanzado que el vuestro.

—¿De veras? —contestó Ferguson—. Eso es muy notable —miró a Dalford—. Hay aquí un misterio —dijo con suavidad, teniendo cuidado de pensar en otra cosa mientras hablaba—. Un extrañísimo misterio. ¡En realidad no sé si está ahora diciendo la verdad!

—Me parece que estamos en una situación de tablas por ahogado —ofreció MacLane—. Le tenemos, pero él nos tiene… De acuerdo, tú tienes ahora la mano en el látigo de momento, no queremos suicidarnos. ¿Hay algún modo de que podamos impedir que hagas estallar esa cápsula?

—Aterrizad en el planeta —dijo el ser extraño—, aterrizad exactamente cómo y dónde yo os lo diga.

—Eso no me parece mal —dijo MacLane—, de todas maneras es lo que pretendíamos hacer. ¿Qué me ocurrirá entonces?

—Eso lo decidirá mi gente —respondió el ser extraño. Lo dijo en un tono de voz que no presagiaba nada bueno para los tres hombres del espacio.

VIII – PLANETA DE MISTERIO

Bajaban despacio, segura, perfectamente hacia Venus.

—Es sorprendente lo poco que sabemos acerca de este condenado lugar —dijo Dalford—, cuando uno considera lo cerca que estamos de poner pie en su suelo.

—Bueno, repasemos sistemáticamente la información que poseemos —apuntó Ferguson—. Venus es el segundo de los planetas, contando en orden de la distancia del sol.

—Afirmación muy profunda —comentó Dalford—, muy profunda en realidad, mi querido Ferguson.

—Está bien, pues, os daré algo más profundo —repuso Ferguson, más que un poco acuciado por el sarcasmo de Dalford—. Sabemos que gira en una órbita que es bendita o maldita… como queráis tomarlo… con la más pequeña excentricidad conocida en el sistema planetario.

—¿Cuál es esa excentricidad? —preguntó MacLane.

—Queda dentro de la naturaleza de 0,007 —dijo Ferguson, con bastante dificultad—. Además, tiene una relación a la elíptica de tres grados veinticuatro minutos. Y su distancia conocida al Sol es de 107.520.000 kilómetros.

—Ah, sí, pero has omitido un punto acerca de las conjunciones —intervino MacLane.

—De verdad que sí —dijo Roger—, una conjunción inferior, mi querido Ferguson, debes recordar que queda a menos de cuarenta y dos millones de kilómetros de la Tierra, pero que en su conjunción superior queda a más allá de doscientos cincuenta y seis millones de kilómetros de nuestro propio planeta.

Ferguson no les hizo caso.

—¿Qué más sabemos? —preguntó, encogiéndose de hombros—.

El año venusiano equivale a doscientos veinticinco días terrestres, pero si tomamos su período sinódico, o dicho de otra manera, el período de sus fases, eso nos da una cifra de 584 días.

—Hay un defecto bastante interesante que se produce en el tiempo de sus máximas elongaciones —dijo el médico—, en esos tiempos retrocede, se retira, a unos cuarenta y siete o cuarenta y ocho grados del Sol, de modo que en las latitudes terrestres centrales puede verse cómo sale o se pone tres horas antes o después del Sol, respectivamente.

—Repítelo otra vez —apremió MacLane.

—Bueno, dicho de otra manera —replicó su colega—, en las latitudes terrestres centrales, lo que llamamos latitudes medias, el planeta Venus durante los períodos de su máxima elongación se observa cómo retrocede unos cuarenta y siete o cuarenta y ocho grados desde el Sol, de manera que se pone o sale tres horas antes o después del Sol, respectivamente.

—¡Gracias, tan claro como el barro! —repuso MacLane.

—Dejadme que os dé un ejemplo. Si miráis al cielo de poniente por las noches —dijo Dalford—, es decir, cuando miráis hacia sus alargamientos orientales, era conocido ya por los antiguos como Hesperus; cuando miramos por las mañanas en el período de sus distanciaciones occidentales se le conocía como Phosphorus.

—¿Qué hay del volumen, de la masa del planeta? Seguro que eso es más importante desde nuestro punto de vista —interrumpió Ferguson.

—Hummm, diámetro 12.320 kilómetros —replicó el médico—, su masa, según hemos podido deducir de sus acciones sobre el mercurio en nuestro propio planeta es aproximadamente cuatro quintos de la de la Tierra.

—Para ser exactos —dijo Ferguson—, es 0,81.

—¿Me vas a llamar embustero por 0,01? —preguntó el médico —. Me parece inútil seguir la discusión.

—Como hombre de ciencia —apuntó Ferguson—, debemos ser seguros siempre y a toda costa.

El ser extraño les sonreía. Era una sonrisa débil, enigmática, casi oriental. Ferguson frunció el ceño. Me pregunto, pensó, estrellita parpadeante extranjera, cómo serás… como una bandeja de té en el firmamento… No, a cualquier cosa que se pudiera parecer no sería

indudablemente una bandeja de té. Hay algo amistoso, hogareño y agradable en una bandeja de té, algo que da confianza, algo que tiene un aire de sólida respetabilidad victoriana. En cambio en el ser extrahumano había algo peligroso, que estaba más lejos de una bandeja de té que cualquier cosa en que Ferguson pudiera pensar en aquel momento.

—Claro, hay una pesada y densa capa de nubes —dijo de pronto Ferguson, sin venir a cuento—, y debido a que la radiación solar es casi dos veces la de la superficie terrestre, el planeta brilla con una radiación absolutamente cegadora. Tiene lustre simplemente soberbio. Su magnitud estelar varía desde 3,3 a 4,4.

—¿Qué tiene que ver esa máxima brillantez? —preguntó MacLane.

—Oh, te puedo contestar —dijo Dalford—, a unos veintiséis días a ambos lados de su conjunción inferior, cuando su alargamiento del Sol es de 39°. De hecho, tan grande es su brillantez que cuando el planeta está exactamente en posición adecuada es visible a mediodía a ojos desnudos. Y después de la oscuridad arroja una sombra. Hay unos pocos cuerpos celestes, aparte del Sol y de la luna, que sean capaces de hacer eso.

—Telescópicamente, claro —dijo Ferguson—. Siempre encontré a Venus muy desencantador.

—No obstante, debes admitir la belleza de sus fases —apuntó Dalford.

—Sí, pero lo bello no es decisivamente una de las metas del científico. Puede atraer al artista, o al poeta, pero al científico, particularmente al químico, no —dijo Ferguson.

—Yo había pensado que la belleza está en el ojo que la contempla —repuso Ferguson—, quizás no hay belleza en mi ojo, quizás no hay ninguna en mi alma. Quizás yo me he endurecido y secado y me he muerto después de haber estado enraizado demasiado tiempo. —Se dio cuenta de que el ser extraño le miraba con aquella mueca cínica y enojadora de su rostro—. ¡Maldito sea ese bicho! —exclamó. Miró a la mortífera y pequeña pelota de tenis. Le parecía convertirse en un cráneo mientras la miraba. Como un cráneo miniatura sonriendo. Se preguntó si aquel ser extraño realmente tendría valor para hacerla estallar, en caso de intentar lanzarla a través de la escotilla de aire. No podía correr el riesgo

por sí mismo y si intentaba comunicar aquel pensamiento a sus compañeros, el ser extrahumano sabría de pronto lo que hacía y tomaría de inmediato la apropiada acción evasiva.

—En lo referente a la historia de la observación venusiana —dijo MacLane—, recuerdo haber leído que allá en 1913, en febrero, me parece, se observó una identación definida en el terminador simultáneamente por dos astrónomos eminentísimos, siendo el primero un tal doctor McEwen, y el último el doctor Sergeant, en el observatorio de la universidad de Durham.

—Sí, es verdad —asintió Ferguson—, y similares irregularidades han sido registradas en el pasado. Fueron igualmente observadas por otros astrónomos, antes de 1913.

—Resulta un punto muy interesante —dijo MacLane—. Me pregunto lo que significa, qué querrá decir…

Ferguson sacudió la cabeza.

—Es interesante —dijo—, en extremo interesante, una identación en el terminador podía representar un vasto número de cosas. Realmente no creo que tengamos tiempo de captar todas las implicaciones de ese hecho.

—¿Qué hay de la rotación? —preguntó Dalford.

—Bueno —respondió Ferguson—, Assini, Bianchini y Schroeter eran todos de la opinión de que Venus disfrutaba de una rotación de veinticuatro horas… muy parecida a la de la Tierra. Sin embargo, Schiaparelli, el mismo caballero que descubrió los canales marcianos, opinaba, en una opinión basada en su propia observación, que la rotación del planeta Venus era excepcionalmente lenta. Incluso fue tan lejos como para decir que tardaba tanto en un giro sobre su eje como en toda la revolución orbital del planeta.

—Bueno, pronto descubriremos quién tenía razón… no pasará mucho tiempo antes de que aterricemos y no tardaremos en saber si el día es de veinticuatro horas o de ciento veinticinco días, aún sin instrumentos científicos. ¡Simplemente nuestros estómagos nos lo dirán! Hubieron unas fascinantes observaciones radiométricas en los observatorios de Monte Wilson y Flagstaff en el año 1922 y mostraron que una cantidad considerada de ese calor era emitida por la parte oscura del disco planetario. Esto indicaría una rápida rotación. Ciertas fotografías tomadas por Ross con luz ultravioleta

muestran cinturones oscuros, perpendiculares al terminador y variando de la fotografía de una noche a la de otra.

—Sí, por eso encuentra su contrapartida —dijo Dalford—. El 26 de junio de 1927 una marca oscura fue fotografiada desde Monte Wilson y esa marca oscura permaneció absolutamente estacionaria durante una hora.

—Hay toda clase de otros puntos que podríamos discutir, la posibilidad de habitación, las cantidades de oxígeno vapor de agua en la atmósfera.

—¿Qué hay de esas observaciones de los así llamados satélites durante el siglo XVII, cuando se supuso que por lo menos tenía uno? —preguntó MacLane.

—No tardaron en desmoronarse cuando la observación hecha posteriormente con instrumentos superiores fue posible. Toda teoría quedó descartada al cabo de poco tiempo, luego de efectuar cuidadosas búsquedas celestes.

—¿Y cuál podía ser la causa?

—Alguna especie de imagen fantasma debida a un defecto en la construcción del instrumento que se utilizara —explicó Dalford.

—No estoy del todo seguro de cómo encajará eso de los hechos —dijo Ferguson—. Después de todo, sabemos que había mucho que desear en la construcción de los telescopios de los siglos XVI y XVII, y recordad que este satélite de Venus seguía siendo observado en el siglo XVIII.

—Bueno… incluso los telescopios del siglo XVIII no eran nada buenos —corroboró MacLane.

—Tengo el presentimiento de que había un satélite y que hasta el siglo XVIII existió y que hace doscientos años algo le ocurrió al satélite, porque ya no fue observable. Si era únicamente un satélite pequeño y se desintegró en partículas diminutas de polvo cósmico debido a alguna tensión peculiar que quedase fuera de nuestra comprensión.

—¡Aguardad un momento! ¡Aguardad un momento! —intervino Dalford—. Si eso ocurrió entonces probablemente tendríamos un sistema de anillos producidos, bastante parecido al que rodea Saturno. Si, como creemos, los anillos saturnianos están compuestos por pequeñísimos fragmentos de roca y polvo anillados, entonces el supuesto satélite de Venus también se habría descompuesto en un

sistema anular. Tendríamos, pues, dos planetas en el sistema solar con anillo de satélites.

—Sí, comprendo lo que quieres decir; eso casi hace pedazos mi teoría. Pero quizás fue atraído y atrapado por algún otro curso planetario. Quizás se estrelló en la superficie del planeta, no dejando por tanto sistema anular.

—¿Qué es lo que haría que un satélite se detuviera de pronto en su camino y se estrellase en la superficie de un planeta? —preguntó Dalford.

—No lo sé —respondió Ferguson—, pero tendrían que haber fuerzas lo suficientemente grandes para hacer eso. Lo que sería el efecto de aterrizar un potente proyectil atómico en la luna. No le haríamos mucho bien, ¿verdad? Particularmente si estaba plantado de manera que la carga se disparase en una sola dirección. Con facilidad podríamos disminuir la marcha de la Luna lo suficiente para que cayera en el Océano Atlántico.

—Eso sería una adición útil e interesante, ¿verdad?

—Mientras cayera despacio, sí —respondió Dalford—. Imaginaos chocando contra el Atlántico a una velocidad que superase los 14.000 kilómetros por hora. No me gustaría estar chapoteando en Blackpool cuando sucediera. Me parece que el lugar más seguro sería estar charlando con un par de yetis en la cumbre del monte Everest —sonrió—. Pero allá vamos, entramos en Venus —dijo—, entramos en lo que no sabemos qué es. Volvamos al punto que tú señalaste sobre el vapor acuoso, las líneas de absorción para el oxígeno y el vapor acuoso en el espectro venusiano no se han encontrado aún. La conclusión más popular entre nuestros espectroanalistas es que el oxígeno libre se encuentra en una proporción menor de la milésima parte del oxígeno libre de la Tierra.

—Hay otro argumento que se opone a ese —exclamó Ferguson triunfante—. Lo que recibimos a través del espectroscopio es sólo la capa superior de un extracto nuboso, ahora es muy probable que cantidad de oxígeno y de vapor a esa altura sean pequeñas, pero pueden haberlos en gran cantidad por debajo. Si se toma una muestra de oxígeno vapor de agua de algún lugar de encima del Sahara, a la altura de cinco mil metros, no se obtendrá un resultado muy prometedor. Sin embargo, si uno desciende sobre los

Everglades y toma una muestra a la altura de un palmo, se tendría la impresión de que la Tierra era un enorme lecho acuoso.

—Sí, de acuerdo. Punto por punto. Destruía tu teoría de los satélites, o al menos así lo creí… —dijo Dalford—, y tú me desmoronas lo de la falta de agua, de vapor de agua y mi pesimismo en esa dirección.

—Supongo que es una cosa más que tendremos que discutir en cuando entremos en Venus —dijo MacLane—, y esas cosas son los tránsitos de Venus.

—Oh, te refieres en las ocasiones en que cruza la superficie solar —dijo Ferguson—, y se le ve proyectado en ella como un puntito negro… sí, ocurriría muy frecuentemente si la órbita de Venus coincidiera con exactitud con la órbita de la Tierra.

—Uno las vería siempre en la conjunción inferior —acabó MacLane—, si las órbitas fuesen coincidentes, pero no lo son. A causa de la inclinación de esa órbita puede ocurrir cuando uno de los planetas pasa cerca de los nodos de Venus casi aproximadamente al mismo tiempo… lo que sólo es posible en junio y diciembre. Eso no nos proporciona una tremenda gran cantidad de tránsitos, ¿verdad? Elaboré matemáticamente una vez el cálculo y conseguimos un tránsito de cuatro veces en 243 años. Los intervalos entre tránsitos funcionan con secuencia matemática… ocho años, luego 121 años y medio, luego 8 años, luego 105 y medio, luego 8 años, luego 121 años y medio, etc., etc. Hubo un tránsito en 1518, el 2 de junio. Hubo otro el primero de junio de 1526, ocho años más tarde; luego dimos un largo salto hasta 1631, cuando el tránsito ocurrió el siete de diciembre, y aún hubo otros ocho años más tarde, 1639. Luego viene larga brecha hasta 1761, cuando el tránsito sucedió el 2 de junio. Luego tenemos un espacio de ocho años y el tránsito siguiente ocurre el 3 de junio de 1769. De nuevo el espacio largo y un tránsito en 1874. La brecha de ocho años nos planta en el 6 de diciembre de 1882. El siguiente no tiene que ocurrir hasta el año 2004. Si estamos a la expectativa el 8 de junio…

—Yo debería estar aquí, el ocho de junio del año 2004… —dijo Ferguson—, pero me parece que me habrán caído bastantes dientes. Para esas fechas seré un viejo septuagenario.

—Bueno, incluso puedes ver el siguiente tránsito después de ese,

porque tendrá lugar en el año 2012 y precisamente el 6 de junio, entonces serás un octogenario —sonrió MacLane.

—Citémonos para esa fecha —asintió el químico—. Acudiremos todos juntos en la noche del tránsito y recordaremos esta solemne ocasión, mientras nos encontramos bajando hacia el planeta y hablando de él.

—Puede… y también puede que no —dijo Dalford—. ¡Es muy posible que estén poniéndome en libertad después de cumplir mi condena de cadena perpetua! —era la primera vez que se refería a su confesión.

—Bueno, sólo somos tres los que sabemos algo de eso y también conocemos las circunstancias —intervino Ferguson—. Yo no sé quién hablará… yo me pregunto qué hombre podría sinceramente decir que si su familia se encontrara retenida como rehenes, no habría hecho exactamente lo mismo que tú. Yo creo que sí…

—Yo con toda certeza también —dijo MacLane—, así que no esperéis de mí que me vuelva contra Dalford. Pero tendrá que cesar el pase de información.

—Ya nos preocuparemos de eso cuando volvamos —dijo Dalford —. De todas maneras gracias por vuestra prometida confianza, muchachos. Significa mucho para mí, yo no esperaba que os lo tomaseis tan bien. Confiaba en verme relegado al ostracismo durante el resto del viaje.

—Pues yo me pregunto si no fue una bendición disfrazada —insinuó Ferguson—. Gracias a eso pudistes localizar aquí a este ser extraño. No lo habríamos podido lograr de no ser porque tú estabas familiarizado con tantísimos detalles del viaje ruso.

—Bueno, fue tu fórmula la que robé y se la di a ellos —dijo Ferguson—, si puedes permitirte el lujo de ser generoso, no veo razón para creer que un tribunal no haga lo mismo.

Bajaban hacia tierra ahora, despacio, graciosa pero inexorablemente, y sin parar, la flecha de virilio del navío apuntaba hacia la superficie dudosa del planeta del misterio. Bajando… bajando… bajando… más y más bajo. Abajo, abajo, descendiendo suavemente en un cojín de llamas, en un océano creciente de llamas. El ser extra-humano tenía la mitad de su atención fija en ellos y la otra en su explosiva pelota de tenis.

—Recordad —dijo con voz gruesa— ninguna jugarreta o será el

fin vuestro.

—Ninguna jugarreta —dijo Ferguson—, no hemos venido hasta aquí para volar por los aires antes de ver cuál es el aspecto real de Venus. ¿Es que no vais a darnos la bienvenida a vuestro mundo patrio?

El ser extraño les miró con bastante singularidad y de nuevo la extraña duda cruzó el cerebro de Lance Ferguson. ¿Y si no era venusiano? ¿Entonces, qué diablos sería? Toda clase de hechos trataban de sumarse en el subconsciente activo del químico. Toda clase de reales eslabones intentaban encadenarse unos con otros.

—¿Que si…? —seguía diciéndose a sí mismo.

¿Qué pasaría si hubiese una relación entre todos estos hechos singulares y las cosas que están ahora sucediendo? Reunió juntos todos los hechos en el «maelstrom» de su subconsciente turbulento. El satélite desaparecido, el satélite que estuvo allí en los siglos XVII y XVIII y que desde entonces se desvaneció. ¿Cómo desapareció, cómo podía evaporarse un verdadero satélite? Claro, era fácil describir pretextando que era un defecto en la construcción del telescopio, ¿pero qué ocurriría si había algo más que eso? Este ser extraño, primero fingiendo ser ruso y ahora pretextando ser venusiano…

¿Tenía todo aquello sentido y como enlazaba con la desaparición del satélite? La extraña superficie nubosa, la extensión desconocida de la rotación… Cosas que no tardarían en descubrirse, ¿pero de qué serviría tal información si eran incapaces de enviarla por radio a la Tierra? El gran navío continuó su descenso de cola. Los cohetes impulsando y empujando contra la atmósfera venusiana, sosteniendo a la gran nave cabeza arriba para impedir una catástrofe.

MacLane había terminado su trabajo con los controles mientras los demás yacían relajados en los gruesos sillones anatómicos. Entonces terminaron de bajar.

—Bien hecho, Mac —aplaudió Ferguson.

—¡Felicidades! —dijo Roger Dalford—. ¡Somos los primeros hombres que llegamos a Venus!

IX – LOS TELÉPATAS

Apenas se habían aposentado cuando Roger Dalford cruzó y oprimió el botón que abría las escotillas. Se oyó un sonido sibilante mientras el aire se escapaba. Dalford deslizó hacia atrás la palanca y abrió igualmente la puerta exterior.

Un loco olor penetró, era un olor húmedo, pegajoso, espeso, a jungla. Hablaba de podredumbre y de salvaje vida nueva. Era el olor de un pantano. El olor de muchos pantanos. Punzante, acre; era un olor de zona y fauna violentas, viviendo y luchando y reproduciéndose una y otra vez. Era un olor que parecía cantar hasta los cielos la gran ley de la supervivencia de los más aptos. Era un olor de competición natural salvaje.

—¿Por qué diablos abriste la puerta así? —preguntó Ferguson—. Pudiste habernos matado a todos… pudiste habernos matado a todos…

—Es un venusiano este tipo de aquí, puede respirar nuestro aire… por tanto nosotros podemos respirar el suyo —explicó Dalford.

—Fue un riesgo infernal —dijo MacLane—. Sería que hubieses enviado fuera los tomadores de muestras, Roger. No nos has dado la mayor oportunidad de probar nada. Puede haber, sólo Dios sabe, algún veneno ahí fuera que él pueda soportar y nosotros no… —se interrumpió bruscamente.

—Así que yo tenía razón —pensó Ferguson y formuló el pensamiento en palabras diciendo en voz alta—. Tenía razón, no creí que fuese venusiano, no pensé que fuese más venusiano que lo era de ruso. Es algo extraño, fantasmal, un humanoide inhumano, pero de donde viene sólo Dios y el diablo lo saben… ¡Miradle!

El ser extraño se había derrumbado inconsciente en el suelo de

la cabina.

—La atmósfera lo ha dejado sin sentido… —dijo Dalford confuso. Su voz temblaba de incredulidad.

—Entonces tenías razón, Ferguson, no puede ser venusiano. ¡Por todas las estrellas! ¡Lo siento, compañeros! Por poco nos matamos todos. Creí que era de Venus, no pude pensar que hubiese venido de algún otro lugar.

—Tampoco puedo pensar de donde ha podido venir —dijo Ferguson—, pero no sonaba a sincero, de ninguna manera y es uno de los caracteres más zorrunos que jamás había encontrado.

—Tiene más trucos y es más traicionero que cualquiera que naciera en la Tierra —asintió MacLane—. ¿Qué vamos hacer con él?

—Recobrará el conocimiento dentro de un minuto —dijo Ferguson—. Ya se menea. Sería una estupenda oportunidad para matarle.

—Mejor aún, una buena oportunidad para freírle a balazos —dijo MacLane—. Estoy preguntándome si ese chismecito que parece una pelota de *ping-pong* estallaría si le metiera una bala en la cabeza a su amo…

—¿Por qué no lo probáis? —preguntó el ser extraño, girando en redondo y hablando con un acento turbio y espeso.

—Si eres venusiano —dijo Ferguson—, ¿por qué te desvaneciste en la atmósfera de tu propio planeta?

—Tuve que aclimatarme otra vez a ella —contestó el ser respirando pesadamente.

—No eres más venusiano que nosotros, pero tampoco eres terrestre —apuntó Ferguson—. Me gustaría saber quién y qué eres en realidad.

—Tendréis que aceptar lo que digo que soy —respondió el ser extraño—, porque ciertamente no os divulgaré ninguna información que no desee que sepáis.

—Eso resulta demasiado evidente —dijo Dalford y se volvió a Ferguson.

—Truenos, este tipo es quisquilloso, ¿verdad? Pienso como tú, Lance, me gustaría saber todo lo concerniente a él. No confío en él pero tampoco me atrevo a deshacerme de su persona. Si nos dijera que no era venusiano si no que había venido del planeta de Umgooumgoo o Beetlejuice, o de cualquier otro nombre imposible

como esos, aún no sería capaz de creerle. ¿Por qué nos ha engañado acerca de su personalidad? ¿Con qué propósito? ¿Le enviaron a nuestro encuentro? ¿O nos halló solamente por accidente? ¿Cuál es el propósito de toda esta estúpida fantasía y charada? Si no es ruso ni venusiano… ¿entonces, quién es? ¿Por qué está aquí?

El ser extraño sonríe enigmáticamente.

—Si no puedes responder a esas cuestiones no merecerías estar entre los Diez Sabios del Universo. Pero no puedes responder a las preguntas… y no os ayudaré en esta etapa de los procedimientos. Aun cuando yo os suministrase las respuestas, ¿cómo distinguiríais la verdad de la falsedad? Os he demostrado ya en dos ocasiones previas lo fácil que es engañaros. Sería lo más sencillo del mundo volveros a engañar, particularmente puesto que os sentís inclinados a no fiaros de mí. Todo lo que debería hacer es deciros la verdad y estaría convencido de que no la creeríais.

—Me parece que has dado en el clavo —asintió Dalford.

El rostro del ser extraño adoptó de nuevo una expresión de salvajismo bestial, mientras les miraba fulminante.

—Me seguiréis —dijo sombríamente—, hay ciertas cosas en la jungla que no son buenas. Será útil para mí si sois capaces de defenderos. Podéis llevar con vosotros las armas, pero recordad que mi mente está radiando con la frecuencia de sintonía de esta esfera —extendió la cosa que parecía una pelota de tenis de mesa, el extraño globo atómico en miniatura—. Si yo dejase de transmitir, entonces automáticamente estallaría o, si yo lo prefiero, la puedo hacer estallar en cualquier momento.

—Como dije antes, eres un individuo muy amistoso —exclamó Dalford.

Se adentraron en la fantasmal jungla extraña de Venus, serpenteando, abriéndose paso a través del agua que variaba en profundidad entre un palmo y casi un metro; confusas, enredadas raíces; vegetación lujuriosa saltando por todas partes a través del agua. Plantas muy parecidas a los mangos de los Everglades de Florida crecían apiñadas. El ser extraño parecía estar siguiendo alguna especie de senda.

—No me gusta tener que abandonar el navío —observó MacLane —, cerramos la escotilla a nuestras espaldas y no debería abrirse a nadie excepto a nosotros… pero de todas maneras, ¿cómo sabemos

lo que nos acecha en este pantano? Es casi como los pantanos jurásicos de la Tierra.

—¿Como sabes cómo eran los viejos pantanos jurásicos? —bromeó Ferguson—. ¿Vivías entonces, Mac?

—Sí, mi padre era un pterodáctilo —repuso MacLane. Abrió y cerró la boca ruidosamente, el ser extraño se giró en redondo, con expresión turbada.

—¿Qué fue eso? —preguntó.

—Soy un pterodáctilo —replicó MacLane—, pero tú no lo comprenderías.

Hice rechinar los dientes con cierta genialidad en dirección al ser extraño, que alzó interrogador una ceja.

—Puede que no encuentres que el rechinar de dientes sea tan gracioso después de que hayas viajado unos cuantos kilómetros por este pantano —dijo sombrío.

Siguieron caminando, el follaje que les rodeaba era un torrente de color. Podía haber sido un lugar de fantástica belleza de no pender sobre ellos un terrible sentimiento de temor, una sensación de peligro, y miedo, un presentimiento de horror más abyecto…

La muerte parecía crecer entre las hojas de cada planta. Parecía retorcerse entre sus raíces y gotear desde cada rama.

Muerte. Miedo. Peligro.

El pantano estaba lleno de eso.

La atmósfera de presentimiento terrible, fantasmal, horroroso. La sensación de que el mal acechaba detrás de cada arbusto, cada árbol, cada planta. El ser extraño miró de reojo por encima de sus hombros.

—¿De modo que también lo notáis? —preguntó simplemente.

—¿Te refieres a esta atmósfera? —volvió a preguntar a su vez Ferguson.

—Me refiero a la atmósfera… a la mismísima muerte en el aire.

—Hay muerte en el aire —dijo MacLane—, está por todas partes. Todo el planeta está «vivo» con muerte. ¡Se arrastra por los alrededores como una cosa viva!

—Estáis más cerca de la verdad de lo que os figuráis —repuso el ser extraño—, pero que vuestras palabras no os desvíen del sendero. Hay muerte con dientes, muerte aquí con zarpas y puede saltar desde detrás de cada arbusto. Puede surgir desde vuestros pies o

bajaros por la cabeza y lateralmente a vuestra garganta y cuerpo. Cuidado de los dientes y de los colmillos y de las zarpas, porque se encuentran por todas las partes de esta jungla. Si algo se mueve no dudéis en utilizar vuestras armas. Por muy primitivas que sean, os proporcionarán alguna protección.

—Gracias por esas amables palabras —dijo Ferguson sombrío.

Continuaron chapoteando a través de las charcas y cruzando plantas multicolores, aquella flora fantasmal y aquella fauna mortífera. Cosas escurridizas y malignas con dientes agudos pasaban retorciendo y salpicando a través del agua, pero no les hicieron daño. Cosas mayores se estrellaron y retumbaron entre las charcas cubiertas de plantas como mangos, más hacia el suelo, pero sin que se pudiera ver nada.

Por todas partes se palpaba el peligro. El sonido, el olor y el tener la sensación de carnívoros horrorosos y gigantes esperando irrumpir en el pantano y apoderarse de ellos. Siguieron salpicando a la estela del ser extraño.

De no haber sido por el conocimiento del pequeño globo mortífero que él portaba, aquella terrible y reluciente pelota de tenis de mesa que podía producir la muerte a todos, hubiesen echado a correr mucho tiempo antes, regresando a toda prisa al navío y volviendo a la Tierra. Aquella era la sensación que dominaba sus mentes, pero gradualmente iba siendo dominada por una inmensa curiosidad y luego… hubieron murmullos en los arbustos delante de ellos y el ser extraño se detuvo bruscamente.

De detrás del arbusto salió algo tan grande como un hombre, algo que caminaba casi erguido, pero no del todo. Algo que tenía el aspecto del homo pithecanthropus. Algo que tenía el aspecto del neanderthalensis. Algo que parecía un cruce entre el hombre de Pekín y un gorila…

Sin embargo, algo que era del todo definidamente femenino. No era un hombre de las cavernas lo que se enfrentaba a ellos, ni un hombre mono venusiano, sino una mujer mono venusiana. Parecía más como el mítico eslabón perdido que cualquier representación que hubieran visto en los libros de antropología.

MacLane medio alzó su revólver, pero el ser extraño le hizo un gesto de que no disparase.

Todos se quedaron mirando a la criatura y ella permaneció

devolviéndoles la mirada. En aquel momento Ferguson notó que tenía la prueba definitiva de que el ser extraño mentía al pretender ser un venusiano, pero Ferguson sintió de manera instintiva que estaba ahora mirando a una genuina nativa de Venus. Cualquier cosa y de donde viniese el ser extraño, no era de la misma raza como aquella gran salvaje bárbara.

Era con toda claridad una nativa del planeta y si esto era natural del planeta, entonces, el ser extraño no lo era. Igualmente, si el ser extraño no era nativo de la Tierra, ¿de dónde diablos había venido? Ningún otro planeta del sistema solar, excepto la Tierra y Venus, eran capaces de mantener una vida humanoide naturalmente.

Marte podía, después de mucho luchar, haber sido capaz de sostener a una pequeña colonia humanoide en cúpulas, pero Marte jamás habría producido una raza de humanoides con su fina atmósfera y su falta de oxígeno. Pero que podía haber vida interestelar en Marte eso era la cosa para que Ferguson estaba preparado para admitir, pero no dudaba que no podía ser una vida humanoide. Quizá fuese alguna especie de insectos inteligentes… pero no serían humanoides. Con la máxima sencillez, no podrían haberse desarrollado en tal medio ambiente.

¿Entonces de qué raza había venido el ser extraño?

Un pensamiento al nadador dio a Ferguson como el estallido de una bomba. Si no era de la Tierra, ni de Venus… ¡entonces debía ser de fuera de nuestro sistema solar!

Pero la estrella más cercana era Proximus Centauri, ¡y se encontraba a cuatro años luz de distancia! ¿Qué clase de tecnología podría cruzar aquellos vastos confines del espacio interestelar? Si la luz, viajando a trescientos mil kilómetros por segundo, tardaba cuatro años en cubrir la terrible brecha, ¿cuánto tiempo utilizaría un hombre? ¿La mitad de una vida? Quizás más que una vida misma… ¿cuánto duraba la vida de esos seres extraños humanoides en comparación con los hombres terrestres? ¿Podían esperar vivir setenta años, cien años? ¿Trescientos años? ¿O sólo cuarenta o cincuenta? Resultaba imposible predecir la edad del ser extraño Parecía toscamente equivalente a la de los hombres de la Tierra, pero podía haber sido puramente accidental, en la psicología de ellos y en la suya. Podía ser un jovenzuelo que pareciera cincuentón, podía ser un viejo con aspecto juvenil, de unos treinta

años. Parecía algo entre tres décadas y medio siglo, según la noción del tiempo de los terrestres, pero sus límites de edad podían estar a mucha distancia en ambos sentidos.

Mientras pensaba en la pregunta, Ferguson se dio cuenta de pronto de que las imágenes, bastante toscas, bastante crudas, se veían forzadas en su mente con tal violencia que podían haber martilleado aquí y allá como el escultor con la maza y el cincel. Cuando el ser extraño se puso en comunicación telepática con él antes, no había nada tan tosco y violento como esto acerca de sus medios de establecer contacto. Se encontraba en contacto con otro cerebro, pero era una mente cruda, violenta, una mente primitiva, una mente salvaje y subhumana, y sin embargo, dentro de todo su salvajismo y su infrahumanidad, una mente que trataba de establecer contacto con él y se dio cuenta de que sólo podía venir de una fuente única posible. Era la mujer de las cavernas, la hembra del Cro Magnon que trataba de dar hasta él con un mensaje.

Ciertamente, pensó, esto parecía un planeta muy telepático. Primero el ser extraño y ahora esta mujer de las cavernas.

Dejó su mente en blanco y las imágenes comenzaron a formarse. Imágenes que contaban una historia y resultaba evidente que aunque sus propios pensamientos quedaban muy por encima del nivel delante la ciencia de la mujer de las cavernas, ella había comprendido bastante de ellos para tratar de responder a las preguntas que él se estaba formulando en su propio cerebro.

Aquí pues había una genuina telepatía, una telepatía más potente que cualquier cosa de las que el ser extraño fue capaz de arrojar sobre ellos.

Si esta mujer salvaje, de aspecto bárbaro era nativa de Venus entonces, cualquier cosa de que pudieran carecer en el camino del despertar mental, no había escasez de poderes o de percepción extrasensorial.

Ella era una buena telépata y una excepcionalmente buena telépata, era violentamente buena telépata. Una telépata poderosa y decidida y él se encontraba recibiendo el extremo de su poder golpeador. Vio todo un panorama caleidoscópico de imágenes, que la mujer mono le arrojaba en su mente. Vio imágenes que hicieron que todo encajaba y tomaba una especie de sentido salvaje y cruel. Supo entonces que sus sospechas acerca del origen del ser extraño

eran correctas. ¡No era un venusiano! ¡Y había venido de más allá del sistema solar!

Ferguson se tambaleó hacia atrás ante el impacto de las visiones telepáticas que estaba recibiendo. ¡Dolían! Le dolían en el cerebro casi como un golpe físico. No era un dolor nervioso, era la aguda intensidad con la que estaban relacionadas. Había una vitalidad tremenda en ellas, una dirección, una decisión primitiva, que casi resultaban excesivo para su mente civilizada y cultivada, la mente que está civilizada se ha hecho blanda y refinada. La mente que está sobre la civilización ha crecido demasiado delicada para enfrentarse con los hechos realmente básicos de la vida y del vivir.

Cuando la mente refinada del hombre civilizado entra en contacto con el cerebro antisocial y completamente desorganizado de salvaje, nada como un subhumano se pone en contacto con una esencia primitiva mental, que se tambalea por su mismísima intensidad. Sin embargo, no es que hubiera allí conflicto entre Ferguson y la mujer de las cavernas, la chica de la jungla venusiana, quien proyectaba en él estas imágenes… porque estaba del todo seguro de que sólo podían haber venido de la submujer… ya que eran demasiado primitivas para proceder del ser extra humano.

Vio una proyección mental de la mujer de las cavernas. La vio, la notó y la experimentó, precisamente dentro de su propia mente. Vio muchas otras como ella, todo un panorama de primitivas viviendo sus existencias simples y salvajes, entre la abigarrada y húmeda jungla venusiana. Luego, proviniendo del firmamento, vio grandes navíos de plata. Discos, cilindros, dando vueltas, describiendo espirales, para luego irse otra vez.

Otra imagen… una nave, aterrizando. Un navío solo. Captó el mensaje que la primitiva venusiana trataba de comunicarle.

El tiempo, en apariencia, significaba poquísimo para esas gentes. La submujer trataba de decirle que habían visto más de un navío, pero que sólo uno aterrizó. Sus sentidos numéricos estaban apagados y eran vagos. Los estados numerales y los hechos del número eran tan oscuros para ella como la teoría de Einstein fue para el hombre de la calle, el hombre vulgar, en el siglo XX inglés. Conocía que los números eran algo que tenía relación con el contar, y las cantidades y los grupos, al igual que el hombre medio sabía que la teoría de Einstein se relacionaba con la relatividad, y la

cuarta dimensión, y el continuo espacio-tiempo… pero algo más que su facultad de tener conciencia del número y su capacidad de reconocer los factores numéricos quedaba prácticamente sin evolucionar, si tenía alguna conciencia numérica era preciso perfeccionarla.

Pero había logrado hacerse entender, había apretado sobre Ferguson, sobre la mente de Ferguson, la noticia de que sólo había una nave extrahumana y que el «hombre» que ahora les conducía a través de la jungla era uno de esos que vinieron con aquel navío.

Ferguson también obtuvo una imagen de aquello. Un ser extraño, de un navío extraño, conduciéndoles a través de una jungla extraña… pero una jungla que era igualmente tan extraña para ser como lo resultaba para ellos…

De alguna manera, Ferguson experimentó la sensación de que la mujer de las cavernas suplicaba ayuda. Ayuda contra el ser extraño en su grupo. Durante un fugaz instante vio imágenes de atrocidades, vio a los hombres de las cavernas siendo hechos trizas e insensatamente asesinados por seres raros vestidos con trajes espaciales. Se dio cuenta de que los verdaderos venusianos odiaban a aquellos humanoides extraños. ¿Pero de dónde habían venido los humanoides? Ningún otro planeta en el sistema solar podría contener vida humanoide, así que, evidentemente, de fuera del sistema, pensó Ferguson… ¿Pero de dónde fuera del sistema? Próxima Centauri probablemente sería el lugar… pero aún así, Próxima Centauri estaba a muchísima distancia y dejaba muchas cosas sin explicar. ¿Cómo pudo venir un ser extraño de Próxima Centauri? ¡Exactamente no era distancia para venir caminando! Ferguson comenzaba a captar por completo la imagen, evidentemente Venus era todavía un planeta primitivo, sus habitantes subdesarrollados, aproximadamente de la época neanderthalensis de la Tierra… pero había cierta diferencia. Pese a todo su brutal primitivismo, poseían la telepatía. ¿Pero estaba allí la diferencia? ¿Era la telepatía lo que resultaba ocasionalmente discernible en el hombre moderno, por los brillantes experimentos llevados a cabo por el doctor Rhine en la Duke University, en donde aquellos factores telepáticos simplemente resultaban vestigios remanentes de un instinto y de una capacidad que alguna vez fue mucho más fuerte, o eran el alborear de una nueva habilidad?

Rastros de poder que habíamos perdido, o los primeros balbuceos de una potencia que estaba naciendo. Resultaba casi imposible precisarlo.

Así que aquí, pensó Ferguson, estaban los primitivos venusianos y aquí también se encontraban los seres extraños, no humanos capaces de cruzar el vacío interestelar —quizás incluso el vacío intergaláctico— lo que resultaba un pensamiento terrible. Estos seres extraños habían aterrizado, y aterrorizado a los venusianos nativos y en cierto modo interceptado el navío espacial original ruso. Siendo así, les quedaba poquísimas esperanzas, según las barbáricas imágenes que la chica de las cavernas mostró a Ferguson, quedaron en hecho y no fruto de imaginación, de que la expedición terrestre no podría sobrevivir en absoluto aquí, en este planeta crudo, tosco, primitivo, rodeado por una cruda, tosca, primitiva cultura… si es que puede llamarse «cultura» a aquello. Los nativos venusianos, los subhumanos, podía decirse que estaban en un estado que quizás se le pudiera llamar meramente prehistórico, o precultural. Si vivían perfectamente bien a nivel animal y teniendo que contender con seres extraños interestelares o intergalácticos, el hecho de que el cohete ruso hubiera desaparecido por completo —evidentemente debido a las maniobras de estos antedichos seres extraños—, Ferguson sumó dos y dos y obtuvo un resultado verdaderamente descorazonador.

Su curso melancólico de pensamientos se vio de pronto interrumpido. La jungla en su torno se avivó con salvajes gritos, donde todo había estado silenciosos, aritméticamente misterioso, ahora reinaba el ruido más violento.

El ser extraño parecía asustado y al mirar hacia la maleza Dalford advirtió qué es lo que le asustaba. La mujer troglodita no había venido sola. Trajo consigo su tribu, o por lo menos, el grupo a que pertenecía. Estaban rodeados por subhombres venusianos y mujeres.

El ser extraño dudó entre sacar un arma y huir. Finalmente se decidió por la huida.

Con un rápido movimiento de tirón el ser extrahumano echó a correr, uno de los subhombres se lanzó a por él, pero el ser no humano le derribó con un arma pequeña peculiar de mano que escupía una llama púrpura.

—Evidentemente, su amenaza de hacer estallar la bomba atómica no parece impresionar a estos venusianos —comentó Dalford.

—Me parece que una amenaza le serviría para bien poco ante un hombre de las cavernas —asintió MacLane.

—Con certeza es una oportuna interrupción —dijo Dalford—, pero si es para bien o para mal, eso sólo lo podrá decir el tiempo… —sus palabras tenían cierto tono siniestro, porque caminando hacia ellos como el gigante Áster en la obra de MacAuley, donde Horacio defendía el puente, era un coloso subhumano.

—Si éstos tienen jefe, apuesto diez contra uno que se trata de este tipo —dijo MacLane—. ¡Y no parece de verdad nada amistoso!

X – PRUEBA POR COMBATE

Para decir que el jefe de los subhumanos no parecía amistoso, no se necesitaba haber estudiado en ninguna universidad. Era, sin lugar a dudas, la afirmación categórica del día, de la semana, del mes, del año.

Igualmente podría haber sido la afirmación de cualquier año de cualquier siglo. No sólo el jefe de los subhumanos parecía antisocial, sino también asesino.

Había una expresión salvaje en sus ojos que parecía decir: «el último hombre que luchó conmigo se ha convertido ahora en propietario de un terreno… de tres palmos por dos metros».

Era una bestia magníficamente construida, sus hombros debían tener por lo menos un metro de amplitud. Esta base de su superestructura aparecía aumentada por un pecho de tonel que hubiera acabado con la fuerza del policía más experto con un sólo movimiento al azar.

Los músculos se hinchaban y destacaban de su fantástico torso como enormes barras de hierro. Sus ojos, hundidos y cerdunos miraban con ferocidad de animal salvaje. La frente estaba muy arrugada y cubierta de surcos, como si todo el rostro hubiera sido toscamente reunido por la mano de un creador apresurado que no podía esperar a que su arcilla se secara. Llevaba el pelo largo, lacio y sucio. Pendía como una docena de colas de rata en torno a la basta cabezota de la criatura. Los brazos con unos bíceps fenomenales, disminuían hasta llegar a las muñecas, que eran tan gruesas como el antebrazo de un hombre vulgar. La estructura ósea parecía dura y masiva, casi aterrorizante en su fortaleza. Los grandes puños se crisparon hasta convertirse en mazas de carpintero. Evidentemente, algo de boxeo se conocía entre aquel

pueblo, y no atacaban simplemente con zarpazos animales. Eso de nuevo parecería indicar que no eran tan primitivos como antes. Ferguson pensaba en aquel problema mientras estaba plantado mirando a la criatura.

Su intención resultaba muy clara, porque apartó condescendientemente a MacLane de un sólo empujón y, mientras la misma mano volvía a su posición, Ferguson cayó de rodillas bajo el impacto del movimiento de la criatura.

La cosa hizo una mueca, no era desdén, puesto que aquel rostro no era todo lo suficientemente humano para registrar esa expresión, pero fue una mueca de superioridad. No cabía otra descripción posible. La mentalidad altamente receptiva de Ferguson empezó a captar de nuevo el mensaje. Y esta vez sin duda pertenecía al gigantesco jefe de la tribu… si es que formaban una tribu, aunque indudablemente formaban una estrecha comunidad inferior en relación numérica a la que se designa con la palabra tribu. El gigantesco hombre mono estaba proyectando una imagen de toda la tribu, de todo el grupo, haciendo alguna especie de gesto de obediencia, porque todos se postraban mientras él se plantaba erguido golpeándose el pecho, al igual que los grandes monos hacían en las selvas de la Tierra. Luego dio a Ferguson una imagen muy definida de los tres terrestres haciendo lo mismo. Ferguson personalmente no se opuso. «Donde fueres, haz lo que vieres», pensó. Y en Venus habría que obedecer al jefe local aunque su aspecto pareciera el de un gorila en vez del de un ser humano. Estaba a punto de trasladar el mensaje a sus compañeros por si no habían recibido copias idénticas, aunque se imaginaba que la emisión telepática poseía una especie de longitud de onda universal y que cada cual captaba la imagen, sin tener en cuenta de cuantos estuviesen recibiéndola, cuando.

El número de estaciones receptoras no debilitaba la señal original, al igual que la televisión del señor Jones no se debilitaba porque su vecino, el señor Brown, tuviera su aparato conectado. El poder de recibir dependía del receptor, no de la fuerza de la transmisión original… siempre y cuando que aquellos que estuvieran escuchando o intentando escuchar tuviesen una razonada capacidad telepática, en cuyo caso captarían el mensaje.

No había tiempo, decidió Ferguson, para entrar en detalles del

asunto, así que apartó el pensamiento de su cabeza tan rápidamente como lo hubo concebido. Algo tenía que hacerse sobre aquel King Kong desmesurado. Tenía que hacerse algo y rápidamente. O pudiendo hacer lo que mandaba y obedecer… o… otra imagen de pronto surgió, una imagen de dos hombres monos, el transmisor de la imagen y otro, entrelazados en mortal combate.

Luego la imagen de uno de ellos comenzó a romperse despacio, pero implacablemente hasta convertirse en pedazos. Parecía haber un sádico disfrute detrás de la transmisión de la imagen y los tres terrestres recibieron la impresión de que el salvaje jefe de los subhombres venusianos disfrutaba bastante desafiando a sus rivales a un combate mano a mano y luego desgarrándolos mortalmente en pedazos para su diversión y edificación.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Ferguson rápidamente.

—Sugiero que le hagamos una reverencia —contestó MacLane.

—Yo tengo una idea mejor —fue Dalford quien habló—. Tengo una idea mucho mejor. Hay una sola oportunidad de salir de este estúpido atolladero.

—¿De qué diablos estás hablando? —exclamó MacLane—. ¡No podemos luchar contra eso!

—David pudo pelear contra Goliath —contestó Dalford—. ¡No es sólo pelear con él, sino derrotarle!

—Esta es una situación enormemente distinta. No tenemos armas… sólo llevamos útiles prácticamente inofensivos, incapaces de matarle. Aunque un balazo…

—¿Si es tan fácil matarle, por qué el humanoide no lo hizo? — no obstante alzó su arma.

Uno de los otros subhombres le cogió de pronto del brazo.

—En apariencia comprenden el significado de las armas pequeñas. Han visto aquella pistola del humanoide funcionar —dijo Ferguson—. ¡Cuidado, se lo ha tomado como un desafío!

Las imágenes mentales volvían de nuevo, Dalford obtuvo una clara impresión de sí mismo quitándose el cinturón y mezclándose con el hombre-mono en combate singular. No era un plan que le agradase por si mismo. Entonces se acordó de algo más. ¡Judo! Se le consideraba como un experto en judo. Lo era, en verdad, poseyendo el grado de cinturón negro. Supuso que no debía decepcionar las afirmaciones de los demás y que aquella criatura tendría huesos,

músculos y centros nerviosos aproximadamente en el mismo lugar que un terrestre. No era, bajo ningún concepto, humano, pero sí lo suficiente para ser razonablemente similar, era lo bastante humano para tener zonas de ataque propias para la ofensiva del judoca experto y no era descabellado pensar que estuviesen en los mismos lugares donde podrían encontrarse en un ser humano terrestre.

Hubo un largo y tenso silencio, duró varios minutos, y durante el silencio las estrellas parecieron detenerse en su rumbo, los océanos dejaron de lamer las playas pantanosas, los murmullos de la jungla se apagaron hasta convertirse en un susurro inaudible… las hojas de los árboles dejaron de rumorear y los dos hombres se enfrentaron uno a otro. Un hombre, un subhombre, un humano, un subhumano; un gigante, otro del tamaño medio; uno feroz y salvaje y primitivo, el otro culto, refinado y civilizado; uno tan crudo y siniestro como la jungla, otro tan suave y sutil como un agente de espionaje.

Mientras se enfrentaba a su gigantesco rival, Dalford se acordaba vagamente del poema de Kipling, que comenzaba: «Oriente es Oriente y Occidente es Occidente, y nunca los dos puntos se encontrarán», algo sobre dos hombres fuertes enfrentados desde los extremos del mundo. «Ahora —pensó—, Venus es Venus y la Tierra es la Tierra y nunca los dos puntos extremos se encontrarán». Dos hombres enfrentados, y no le gustaba decir dos hombres fuertes… porque era un hombre corriente contra un gigante. Se sintió terriblemente contento de haberse tomado las molestias de aprender judo y aprenderlo bien. Le había servido para mucho antes. Por ejemplo, le sirvió la noche en que robó a Ferguson. Pero había una gran diferencia entre atacar a otro hombre y hacerlo contra esta cosa, aquel subhumano anormal, horrible, de más de dos metros de altura, aunque el propio Dalford no trató de exagerar la talla de su oponente.

La respiración de la bestia, la amplitud de aquellos hombros, como enormes planchas de roble y aquel ingente pecho de tonel… ¿cómo podía uno dañar una criatura como aquella? Debía tener costillas como… trató desesperadamente de encontrar un símil para las costillas de la criatura. Habían de ser tan gruesas como los ganchos de acero en la base de una grúa. Se imaginó toda una carga de ganchos de grúa unidos, lado a lado. Eso casi daría el tamaño de

las costillas de la bestia. ¿Y romperle una costilla? ¡Sería igual como tratar de perforar de un puñetazo el blindaje de un tanque Sherman! Pero también recordó que los tanques no eran impenetrables y que el hombre adecuado en el lugar justo con la clase precisa de arma podría hacer un trabajo muy efectivo. Recordó el sitio de Leningrado, el sitio de Stalingrado, y el modo en que los defensores rusos contuvieron a los tanques alemanes, no con armas soberbias, sino con bidones de petróleo y gasolina en llamas… cockteles Molotov… y cualquier otra arma que les vino a mano. Compensaron con ferocidad y atrevimiento lo que les faltaba en equipo.

A él le faltaba mucho de equipo en lo concerniente a los músculos y en el tamaño y en los huesos y en la fortaleza, de eso poseía poco. ¿Podría compensar con ferocidad y atrevimiento y con pericia y velocidad y destreza la ventaja que daba en peso a su adversario? Había aún allí, decidió, mientras daba vueltas a su gigantesco oponente toda clase de peleas. Esto no era una lucha, esto era una fantasía. Esto era una situación profundamente increíble, en la que un ser humano racional de vez en cuando se encuentra a sí mismo; trata de convencerse de que está soñando; falla y quiere que sigan adelante y hacer lo imposible. En este caso lo imposible era necesario que fuera realizado. Lo imposible… más de dos metros de altura, la amplitud de un portal de iglesia, el pecho de un barril, las piernas como troncos de árbol.

¡Cielo santo, pensó Roger Dalford, yo no he sido un santo bajo ningún concepto, pero con toda seguridad no me merezco esto!

La bestia feroz, agazadapa, rugiente, se lanzó de pronto contra él.

Le pilló por la muñeca y por el codo, dobló su pecho y hombros cargando contra el plexo solar del contrario, se retorció y tiró. Vio cómo aquel gran corpachón perdía el aliento en un «uffff» aniquilador. El peso de la mole de su adversario le hizo tambalearse mientras lo cargaba en sus hombros y utilizando su propio ímpetu, lo balanceó para proyectarlo. El gigante de las selvas cayó de espaldas a pocos metros de distancia. Cierto número de hombres de las cavernas se quedaron estupefactos, jamás habían visto nunca algo por el estilo. Sabían que aquel insignificante pequeño humanoide iba desarmado, no llevaba armas de mano, ni pistola, ni

cuchillo, nada, únicamente utilizaba sus manos desnudas. Sin utilizar nada excepto sus manos desnudas había hecho volar al gigante en apariencia invencible campeón, logrando tirarle de espaldas.

El gigantón permaneció inmóvil… durante un segundo. Durante aquel odioso segundo, Roger Dalford se preguntó si era o no noble y respondía a las normas de combate, permitirle levantarse o avanzar y darle un par de golpes de conejo en la garganta mientras la criatura estaba medio atontada.

Pero mientras se preguntaba si era conveniente hacerlo o no, si valía la pena contravenir a su ética o no respetarla y golpear a su oponente mientras yacía postrado, cosa que quizás habría hecho que el resto de la tribu se lanzase sobre él furiosa, después de estar pensando todo aquel segundo, se dio cuenta de que ya era demasiado tarde para la acción, porque el gigantesco hombre-mono se había levantado. Apenas podía creer que le habían despedido por los aires. Jamás había sido tratado así antes. La ferocidad salvaje y bestial de su rostro se dobló, se triplicó. Destellaba y gruñía por sus ojos, gemía por la comisura de sus labios, desnudaba sus grandes dientes amarillentos y los exhibía a la luz del sol. Se reflejaba en sus aletas de la nariz dilatadas y en el sudor que corría a raudales por su frente.

Murmurando un rugido salvaje saltó hacia el claro, cruzándolo y tratando de posar sus manazas en Roger Dalford para obligarle a aceptar un mortífero abrazo de oso. Dalford imaginó lo que aquel apretón significaría en el repertorio primitivo de su antagonista, si es que tenía algún repertorio, y pronto comprendió que su deducción no era equívoca. Sabía también que uno de aquellos grandes brazos era capaz de ponerle en un grave apuro si le atrapaba. Logró esquivar lateralmente, tropezó con una raíz de árbol, o en la raíz de una de aquellas extrañas plantas venusianas parecidas a árboles que crecían por doquier a la jungla, y se tambaleó.

No cayó inmediatamente, o todo habría terminado para él, sino que se tambaleó, y mientras esto ocurría, la criatura le pilló en su abrazo de oso. Aquellos bíceps ingentes se cerraron en su torno como si el pobre terrestre se viera aplastado entre los topes de dos vagones de ferrocarril, y esta vez fue Dalford quien se quedó sin

aliento… miedoso, notó cómo vacilaban sus sentidos, como le abandonaba la conciencia, vio un enorme conglomerado de puntos luminosos dentro de sus ojos, la oscuridad parecía cernirse a su alrededor. «Tengo que hacer algo», pensó Roger, «¡Y de prisa! Piensa, cinturón negro, piensa».

Tenía los brazos libres y los utilizó. Golpeó dos veces con rápida sucesión a los centros nerviosos de los lados del cuello de la criatura. Al principio no halló respuesta en absoluto, sabía que si su próximo golpe no obligaba a soltar la presa al hombre-mono, entonces, en cuanto respectaba a Dalford, la tarea habría terminado, y todas las peleas de su vida también. Aquella presión fantástica haría que cediesen sus costillas. Golpeó una vez más en busca del centro nervioso, golpeó con toda la pericia y precisión del experto, golpeó con toda la energía que pudo reunir. El gigante emitió un gemido estrangulado y abrió sus grandes brazos. Dalford se libertó cayendo al suelo y retrocediendo. No quería particularmente verse envuelto otra vez en aquel abrazo de oso… pero ahora la ventaja parecía decantarse un poquito hacia su bando. Había puesto a su monstruoso oponente a la defensiva. Los subhombres venusianos contenían el aliento, incapaces de darse cuenta que esto era realmente cierto. Alguien o algo más pequeño y sin necesitar arma alguna estaba abatiendo a su gigantesco jefe.

Cuando el hombre volvió a atacar, Dalford le golpeó furioso a los ojos, no era la clase de truco que hubiese utilizado con otro ser humano, pero era una lucha mortal y el acuciante impacto de su mano temporalmente cegó al jefe rival, cuya rugiente rabia era casi insostenible. Bailoteó y atacó y golpeó y gritó y se apretó sus grandes miembros con furia. Pero no podía hacer nada definido, porque era incapaz de ver a Dalford y éste sabía que permanecería ciego durante dos o tres minutos. Ahora, decidió Dalford, había llegado su oportunidad. Con un rápido paso lateral, evitando las raíces de árboles como si fuesen una plaga, Roger rodeó hasta colocarse detrás de su gigantesco adversario y saltó al aire para dar a sus puños todo el ímpetu que pudo lograr, descargando un golpe salvaje en la nuca del venusiano. El gran hombre-mono acusó el golpe, pero eso no lo detuvo. Dalford se apoderó de la muñeca izquierda de la criatura en la presa conocida por los luchadores como el látigo irlandés y con un poderoso tirón de hombros, una

precisión cronométrica, Dalford envió a su adversario por los aires haciéndole aterrizar sobre sus espaldas una vez más.

Ahora no perdía tiempo; una vez la criatura estuvo en el suelo siguió adelante. Su mano voló hacia la superficie de Venus mientras golpeaba y entró en contacto directo con la garganta de la criatura. Aquel ser giró rodando, huyendo y gimiendo. Volvió a golpear y luego una vez más. Siempre pegando en los puntos precisos y a los centros nerviosos. Descargó un verdadero diluvio de golpes sobre su nativo oponente. Se sintió como un leñador inexperto dando hachazos con un hacha ligera sobre el caído tronco de un árbol con la vana esperanza de arrancar por casualidad todas las ramas de un solo golpe. La furia de sus impactos continuó hasta que el gran jefe de los subhombres venusianos yacía retorciéndose débilmente en el suelo de la jungla.

Roger Dalford se apoyó contra los húmedos troncos de uno de los extraños árboles venusianos, jadeando. Una multitud de subhombres se reunió en su torno con impresión admirada y comenzó a inclinarse reverente ante su persona y ante sus dos compañeros.

—Bueno, después de todo, el judo debe tener algo bueno —dijo —. Esa cosa no era un hombre. Preferiría luchar con un oso gris antes de volver a pelear con él.

MacLane asentía.

—¡La fuerza del bruto! ¡Cuando me apartó del paso me pareció como si me hubiera atropellado un tren!

—Lo mismo a mí —asintió Ferguson—, es preferible que te atropelle un camión antes de que ese bicho te dé un puñetazo. No sé cómo lo venciste, pero le derrotaste y eso es lo importante y en apariencia, gracias a las películas de televisión, empieza a captar la idea general. «El rey a muerto, viva el rey». Tú has vencido a ese campeón y quieren nombrarte su jefe.

—Bueno, eso, en cierto modo, tiene sentido —dijo Dalford—, pero si es el precio de la coronación preferiría haber sido un cortesano. Sin embargo, después de ganarme pagando un alto precio, este trono, procuraremos ver en qué nos podemos aprovechar. Ya no estamos solos en este planeta salvaje y primitivo, cuya gente parece nos respalda.

—Sí, y tenemos que luchar contra los humanoides quienes

quiera que sean —dijo MacLane dudoso—. Creo que vamos a necesitar algo más que el judo y el apoyo de nuestros partidarios primitivos para desembarazarnos de ellos.

XI – LOS CENTAURIANOS

Dalford, MacLane y Ferguson, como asaltados simultáneamente por el mismo pensamiento, miraron rápidamente en redondo en busca del ser extrahumano que poseía la esfera explosiva.

—Esto es condenadamente raro —dijo de pronto Ferguson—. ¡Ese tipo se marchó!

—¿Se ha ido? —repitió MacLane.

—Definitivamente —afirmó Dalford—. ¡No se ve ni rastro suyo!

—Recapacitando —dijo Ferguson—, me parece no haberlo visto mientras tú te peleabas con aquel hermanito de King Kong.

Dalford le obsequió con una lacónica sonrisa.

—En esos momentos tenía demasiado trabajo para fijarme —repuso.

MacLane sonrió.

—Bueno, ¿dónde crees que se fue?

Dalford miró brevemente a sus nuevos súbditos.

—¡Yo diría que se marchó por miedo a estos tipos!

—Tenía ese explosivo… ¿por qué no lo utilizó?

—Quizás sólo estaba fanfarroneando —repuso Dalford—. No se puede saber. No creo que ninguno de nosotros llegue a conocer jamás la razón exacta.

—¿Cómo podemos traducir nuestros pensamientos al medio ambiente del ser extraño?

—No podemos.

—Es posible extraer un par de hipótesis y tratar de elaborar una conclusión racional. Yo diría, en una suposición, que se llevó la impresión de que se veía superado por el número y que su amenaza explosiva no iba a dar resultado con los hombres-mono… no porque no tuviesen miedo, sin porque no la comprendían. No hay imagen

mental, quizás, que sea capaz de transmitir ese pensamiento a un cerebro primitivo.

—Sí… comprendo lo que quieres decir —asintió Dalford—, es un enigma, viejo amigo, un completo enigma. Sin embargo, nuestra posición no empeoró, ahora nos encontramos al mando de una pequeña y primitiva y mal organizada fuerza de choque. Eso resulta mejor que estar enteramente sin ayuda. Por lo menos éstos comprenden el concepto básico de que el poder es la ley.

—¡Mientras podamos conservar el poder en nuestro bando!

—¿Por qué no tenían miedo a las armas de mano?

—Eso es otra cosa que tampoco sé —respondió MacLane.

—Hay algo raro en estos subhombres —dijo Ferguson—, no encajan adecuadamente en los planes o sistemas que hemos encontrado en la Tierra. Hemos visto, sí, hombres primitivos: hemos visto el desarrollo de razas primitivas en nuestro estudio de la paleontología pero nunca nos hemos tropezado con un grupo como éste. Como masa étnica ciertamente parecerían, por lo menos superficialmente, tener el aspecto de ser del todo únicos. Esta extraña falta de cualquier temor a la muerte en ellos, sin embargo, al mismo tiempo, unida a su respeto de la fuerza física. Ahora si… —Ferguson frunció el ceño pensativo—… si estos dos rasgos observables son debidos enteramente a infusiones subconscientes raciales, entonces quizás tengamos una pista extraña y terrible de su origen. Este planeta parece ser joven, bárbaro e indominado. Eso en lo que respecta a la flora y a la fauna, pero seguramente nuestra propia Tierra adoptaría un aspecto muy similar si se arrancase de ella a la humanidad. Si el hombre se destruyera a sí mismo con sus propias armas atómicas sería cuestión de muy pocos años el que la Tierra regresase al barbarismo. Resumamos que grupitos pequeños de hombres sobrevivieran y que experimentaran una mutación. Ellos, a su vez, volverían a una especie de barbarismo, pero no un barbarismo puramente primitivo. Serían muy parecidos a lo que hemos visto, en estos subhombres venusianos. ¿Estáis de acuerdo?

—Sí, me parece que sí —dijo Dalford. Miró a sus arrodillados súbditos, que de vez en cuando alzaban una ceja hacia él y luego se apresuraban a esconder sus rostros cuando les parecía que el nuevo jefe miraba en su dirección.

—Fijaos, el principio subconsciente evolucionaría —insistió

Ferguson—, en el sentido de que la fuerza física, muscular y constitucional, era la clave de la supervivencia. De hecho, en cuanto comenzase a funcionar una selección natural en los mutantes supervivientes, ésa sería la única clave de la supervivencia. El hombre que constitucionalmente fuese lo bastante fuerte para resistir la radiactividad, el hombre que fuera lo bastante musculoso para arrancar su medio de vida de la escoria de su civilización, ese hombre sobreviviría en el proceso de la selección natural. Ese hombre y esa mujer tendrían progenie, darían origen a una casta, mientras que los demás simplemente morirían.

—Con certeza que estoy de acuerdo —replicó Dalford—. Tiene mucho sentido.

—Pero claro —intervino MacLane, de pronto mezclándose en la discusión—, la civilización que fue destruida habría dejado algunas señales, habría dejado algunos restos. No ha podido desvanecerse por completo, no es posible que se haya disuelto como un retazo de niebla en el pantano o una sombra nubosa en la cumbre de la montaña.

—De nuevo estoy de acuerdo —dijo Dalford.

—Lo que explicaría —intervino triunfante Ferguson—, el hecho de que muchos de estos subhombres parezcan demostrar no un puro primitivismo, sino mejor un atavismo. Son muestras de una civilización recedida, más que el forcejeante nacimiento de una civilización nueva.

Dalford volvió a mirar a sus arrodillados súbditos.

—Este asunto del respeto a la fuerza física ha sobrevivido junto con un desdén por las armas artificiales que podía ser un miedo profundo de lo que sería capaz de hacer una última arma. Quizás sean contrarios al desarrollo de las armas. Tenemos muy pocas pruebas de nada en ese sentido. Uno o dos llevan mazas, pero eso es todo. No se ven ni arcos ni flechas, ni cerbatanas, ni lanzas, aunque supongo que aquellas cosas más largas y puntiagudas podrían ser mazas, venablos o mazas lanza, o algo por el estilo, como encontramos en pueblos primitivos de nuestro planeta. Pero no los llevan con el mismo sentido de armas, no son armas tal y como el arco y la flecha. Esos garrotes puntiagudos no constituyen un arma evolucionada, no —Ferguson volvía a mirar otra vez a los primitivos.

—Hay diversos rasgos físicos aquí que hablarían de una directa y rápida mutación más que de otra lenta y gradual —dijo—, si originalmente eran humanoides en el contorno craneal se pueden observar varios factores que no serían necesariamente producto de una línea evolucionarla a través de millares de años.

—¿Entonces tú crees que esta retrogresión mutante es comparativamente reciente? —preguntó MacLane.

—Yo diría que sí —asintió Ferguson.

—Cuando digo «comparativamente reciente», estoy hablando, claro, en la escala del tiempo que es comparable con las épocas geológicas. Hablo de eras y eones. Yo no digo que nuestros amigos primitivos hayan estado aquí durante más de unos simples siglos, probablemente lo están desde dos o tres mil años. Por otra parte, su presencia puede ascender a medio milenio.

—Pero si hubieran estado aquí tan breve espacio de tiempo yo creo que habríamos observado algún rastro de la civilización que fue su padre original.

—Sí, los ladrillos y el cemento no se desmoronan tan rápidamente, ¿verdad?

—En la Tierra no —dijo Dalford—, pero esta atmósfera es salvaje. Es acre, huele a infiernos. Es enervante. Quizás sea tan corrosiva como el ácido puro, según mi opinión. Ya sabéis lo que pasó a la Aguja de Cleopatra que se trajo y se erigió en el Enbankment. Todos esos millones de años que estuvo en Egipto conservó sus inscripciones y grabados esculpidos, pero sesenta años recibiendo el salvajismo del aire de Londres fue demasiado para el monumento. Ahora se la ve completamente ennegrecida y las inscripciones por lo que sé, han sido completamente comidas por los elementos. Si eso le puede suceder a una piedra que originalmente soportó millares de años de un clima cálido y seco, ¿qué sucedería a los ladrillos y al cemento en Inglaterra si fuesen expuestos a la destrucción de la selva amazónica? Se desmoronarían y se convertirían en polvo de inmediato. Particularmente si pensamos no en la jungla amazónica, sino en otra jungla salvaje y extrahumana como ésta. ¿Sinceramente cuánto tiempo pensáis que un edificio sobreviviría sin reparaciones a cualquier muestra de esta fétida atmósfera selvática? ¿Se derrumbaría en menos de dos siglos? ¿Y qué pasaría si tenía que luchar también contra la vida animal?

¿Hostil vida animal, peligrosa, vida animal que asolaría el lugar, con reptiles que por lo que sabemos son capaces de abrirse paso a través de las dificultades de la jungla?

Dalford miró el revólver en su mano.

—No creo que sirva mucho contra los brontosaurios, o los dinosaurios o un pterodáctilo —dijo con aspereza—. Y mucho menos contra las bestias acorazadas, como los triceratops… a menos que se pudiese acertar un órgano vital, como el ojo, y llegar así a la cavidad cerebral, no hay esperanza en absoluto de detener a un animal de cualquier tamaño con una pequeña arma de mano, aún cuando sea un arma de grueso calibre.

Miraron a la jungla desviando la vista del grupo de primitivos adoradores.

—Creo que debiéramos continuar —dijo MacLane—; no podemos quedarnos aquí con estos tipos por siempre jamás. No me parece que seamos capaces de educarlos sacándoles del salvajismo… por lo menos no con el tiempo para que nos sean de alguna utilidad, o que les sirva a ellos mismos. Sería un trabajo que ocuparía diversas generaciones.

—Bueno, viendo como nuestro amigo el centuariano nos abandonó —dijo Ferguson—, en lugar de seguir adelante me parece que sería muy buena idea volver al navío. Vayamos hacia él mientras eso sea posible.

—¿Pero qué hay de toda exploración e investigaciones que venimos a efectuar aquí?

—Seremos más útiles para la Tierra si volvemos vivos, o al menos les enviamos un mensaje por radio, que si nos quedamos aquí y morimos. Con toda seguridad esos centaurianos no nos desean nada bueno. El mismísimo hecho de que el cohete ruso no llegó hasta aquí nos da alguna indicación de la clase de gente que son.

—Sí, todo señala el hecho de que lo destruyeron y colocaron a ese «superviviente» allí con el propósito expreso de capturarnos —dijo Dalford—. Si destruyeron un cohete nada más con el gesto de matar una mosca, probablemente son capaces de destruirnos de la misma manera.

MacLane miró de hito en hito a Dalford y Ferguson.

—No discutamos esto —dijo—, pensemos rápido y claramente.

¿Volvemos al cohete e intentamos el despegue? ¿O seguimos adelante con el programa original de exploración?

—Yo creo que deberíamos efectuar unas cuantas pruebas esenciales y llevarnos muestras para análisis, luego salir de aquí tan rápidamente como sea posible —contestó Ferguson—, ése es mi voto, pero insisto en que hagamos únicamente las tomas de muestras que consideramos vitales. ¿A ti qué te parece, Dalford?

—No creo que debamos irnos absolutamente con las manos vacías, pero me parece debemos marcharnos ahora, mientras tenemos ocasión. ¿Por qué ha causado extraño correr así? Tiene que haber algo en estos primitivos.

—Creo que deberíamos enviar por telepatía alguna especie de mensaje a tus nuevos súbditos indicándoles lo que pensamos hacer —dijo Ferguson con una sonrisa—. Me parece que deberíamos darles una imagen de nosotros alzando el vuelo entre nubes, como dioses… esto les dará algo que explicar en su mitología cuando llegue el momento. Dentro de unos cuantos miles de años, cuando estén civilizados, discutirán como locos acerca del principio de las viejas leyendas —sonrió—. A veces me pregunto si los individuos a que nos referimos como dioses de la antigua Grecia o de la vieja Noruega, fueron en realidad hombres espaciales, que prefirieron enmascarar su identidad con los tejidos de la decepción mitológica.

Transmitieron los necesarios mensajes telepáticos a los primitivos subhombres venusianos y luego, con sus seguidores a respetuosa distancia, los tres terrestres partieron de regreso en dirección al navío.

La jungla era húmeda y peligrosa. La jungla respiraba podredumbre. La jungla era fétida. La jungla era un enemigo vivo. Era como si caminasen a través de las entrañas de alguna bestia poderosa y vil. Una bestia de tamaño planetario.

Pero fue sólo una ilusión, engendrada por la continuidad de la jungla, una continuidad terrible, una continuidad peligrosa. Era una jungla hedionda, una jungla fantasmal. Enervante, rancia y peligrosa jungla.

Cuando llegaron al claro donde el navío estaba posado se volvieron y agitaron la mano en un gesto imperioso de despedida hacia los subhombres venusianos, encaminándose después a la escotilla. Dalford subió primero por la escalera y mientras marcaba

el número de la combinación del sistema de apertura se rascó la cabeza… algo no le parecía del todo bien. Le era imposible precisarlo. Quizás fueran imaginaciones suyas. Había una atmósfera, un aura de peligro. Se encogió de hombros y reprimió la sensación introduciéndola en la profundidad de su subconsciente. Allí no podía haber nada malo. La escotilla seguía perfectamente cerrada.

Marcó la combinación, empujó la portezuela y entró. Seguido de cerca por Ferguson y MacLane.

Apenas estuvieron dentro cuando la portezuela se cerró con estrépito a sus espaldas, con un golpe seco y violento.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Ferguson.

—Hemos encontrado necesario efectuar unos cuantos ajustes secundarios —fue el mensaje que llegó a su mente, y plantados ante ellos, portando mortíferas armas destellantes preparadas para ser utilizadas, se veían seis centaurianos. Entre ellos estaba el hombre que desapareció en la jungla.

—Pensamos que volveríais a vuestro navío —dijo éste.

—Tenía razón, ¿verdad? —respondió Ferguson.

—Naturalmente que sois prisioneros —respondió el ser extrahumano.

Dalford se preguntó por qué de pronto pensó en aquellas gentes como procedentes del centauro. Hasta ahora había sido una mera suposición, pero estaban proporcionando en realidad a los terrestres un mensaje. Sistemas estelares en forma de diagrama destellaron en las mentes de Dalford, Ferguson y MacLane.

Supieron sin ninguna sombra de duda de que procedían de uno de los planetas que giraban en torno a Próxima Centauri.

—Ahora quizás seáis lo bastante amables para abandonar este navío primitivo vuestro y acompañarnos de regreso a zonas más civilizadas.

—No podemos elegir, ¿verdad? —murmuró Dalford mientras miraba hacia el cañón de la siniestra arma brillante.

Una sonrisa enigmática asomó al rostro contraído del centauriano.

Se dirigieron escalera abajo.

—Diréis a vuestros primitivos que no se acerquen —señaló el centauriano—, en caso contrario me veré obligado a disparar contra

tus compañeros y no lo haría en la forma que muriesen muy rápidamente de efectos de mis disparos.

Dalford intercambió rápidas miradas con Ferguson y MacLane.

—Será mejor que obedezcas, Roger —respondió MacLane—. Lo dice de verdad. De nada nos serviría dejar que nuestros hombres les destrozasen si antes éramos nosotros los destrozados.

—Eso es mostrarse sensatos —dijo el centauriano, y con su arma amenazó a Dalford—. Vaya que es mostrarse sensato. Aprendéis muy de prisa.

—Quizás tengamos más inteligencia de la que vosotros nos concedéis —murmuró Dalford.

—No a juzgar por vuestro navío, afirmaría yo —replicó el centauriano con una risotada de superioridad—. Es en verdad un cacharro singularmente ineficaz.

—Dime —preguntó Dalford—, por simple curiosidad, ¿cómo lograsteis entrar?

—¿Qué cómo logramos entrar? —repitió el centauriano—. Por la puerta… ¿por dónde si no?

—Pero la cerradura estaba echada y debía haber sido inexprimable a nadie que no fuésemos nosotros —dijo Dalford.

Una nueva carcajada del centauriano.

—¿Es que acaso era alguna especie de mecanismo de seguridad?

Los demás se reían de la misma manera.

—Fue sencillo para nosotros abrir, tan sencillo como girar el pomo de una puerta. Diagnosticamos la combinación inmediatamente. Hubiera impedido la entrada a los venusianos pero es del todo inútil contra un intruso inteligente.

—Oh, gracias —dijo Dalford—. Me siento mucho mejor al saberlo.

Pero su sarcasmo se perdió para los centaurianos.

Los tres se encontraron siendo conducidos por la selva, por desconocidos senderos, mientras que sus extraños y primitivos partidarios se fundían entre los árboles de la ignota flora venusiana.

No obstante, Dalford tuvo la impresión de que aquellos subhombres admiradores suyos no quedaron muy lejos y que le seguían por otros senderos secretos, por caminos sin marca y a través del follaje de encima de las cabezas de los altivos centaurianos.

XII – EL ÚLTIMO REDUCTO

Caminaron kilómetro tras kilómetro cruzando la maloliente y fétida jungla… aquel lugar fantasmal y odioso… bajo la amenaza de las armas centaurianas. Eso no hizo que reinase entre los terrestres la alegre atmósfera de una excursión. No se oía más sonido excepto el salpicar de sus botas y sin embargo, cuando se detenían para escuchar atentamente, si percibían gemidos y rumores de retaguardia. Hojas que goteaban, ramas que goteaban, barro burbujeante bajo sus pies. Allí estaba los ruidos de diminutos animales de la jungla deslizándose y escurriéndose a su paso mientras avanzaban hacia adelante a través de aquel fangoso subsuelo.

Sin saber la razón Dalford se encontró pensando en la obra «Pilgrim's Progress», de Bunyan, y en la terrible situación desesperada en la que el infortunado Pilgrim se encontró atrapado. Las facultades creadoras y alegóricas de Bunyan, reconoció, eran grandes, pero dudaba que el desgraciado viajero de Bunyan se hubiese sentido más triste o en una condición más desesperada que la que ellos experimentaban ahora.

Y no había nadie para ayudarles.

¿O sí?

¿Qué había de los primitivos? ¿Continuaban siguiéndoles? ¿Acechaban detrás de los árboles y de los arbustos? ¿Podían conservar el paso con los terrestres y sus captores a través de la maleza casi sin senderos?

Los colores eran estupendos, cada tono de verdes y púrpuras, rojos y violetas, rosas y magentas. Amarillos, tintes de color naranja brillante, verdes de todas las tonalidades. Un tumulto de color. Un abrumador tumulto de color. ¡Y un tumulto abrumador de olores

que acompañaban al color!

Los centaurianos en apariencia apenas mostraban signos de cansancio, aunque su invulnerabilidad ya quedó demostrada por el colapso del que estuvo a bordo de su navío… Sin embargo, aparentemente una vez los centaurianos habían superado su anatema inicial a la atmósfera venusiana, no tenían dificultad en moverse y trabajar en ella.

Ciertamente no parecía afectar la eficacia de sus músculos o sus facultades de resistencia. Pero Dalford comenzaba a cansarse. Aún no estaba del todo recuperado de su lucha a muerte con el gigantesco subhombre y cada paso le recordaba sus heridas y lesiones…

Habría dado cualquier cosa del mundo por detenerse para descansar, pero los centaurianos no mostraban signos de agotamiento. Mientras lamentaba su propio cansancio se dio cuenta que si tenían que tratar de huir debería ser ahora, antes de que el cansancio les abrumara. Una vez los centaurianos estuvieran en su cuartel general, donde quiera que se hallase, apenas tendrían posibilidad de intentar la fuga en serio. Y recordando el destino de los astronautas rusos a Dalford no le agradó pensar en lo que quizás los centaurianos planeaban para ellos.

Mirando aquellas duras caras, crueles, extrahumanas, pensó que se requeriría efectuar algún experimento anatómico con ellos, con los terrestres. No deseaba en absoluto sufrir vivisección a manos de un cirujano centauriano para descubrir la diferencia entre la humanidad centauriana y la terrestre.

Una fuga, decidió, era lo más inteligente que podía hacerse.

¿Cómo? Esa era la cuestión.

Seguían teniendo revólveres, los seres extraños no se molestaron en desarmarles porque confiaban, sin duda, en la eficiencia exclusiva de sus propias pistolas destellaban. Quizás se encontraban rodeados por alguna clase de campo de fuerza que desviaría cualquier proyectil sólido y que sólo podría ser perforado por la pura energía, energía como la que emitirían sus armas.

Sin embargo, por otra parte, los terrestres se habían mostrado tan callados y sumisos que quizás habían inducido sus captores a experimentar un falso estado de seguridad. Era muy probable que los centaurianos pensasen que los terrestres habían perdido todas

las posibles ganas de luchar.

Mientras pensaba, Dalford tenía el máximo cuidado en encadenar sus ideas con un nivel muy profundo de su mente.

El exterior de su cerebro estaba atareado contemplando la jungla, recitando antiguos poemas infantiles y las tablas de multiplicar, pensando en caminar, pensando en cualquier cosa, para proporcionarse un disfraz de modo que los seres extraños no captaran sus verdaderos pensamientos.

Algo definido tenía que hacerse. La cuestión era… ¿qué?

Se detuvo y se ajustó una de sus botas y al hacerlo arrojó una rápida e intencionada mirada hacia Ferguson y MacLane.

Eran seis centaurianos contra ellos tres terrestres. Si algo tenía que hacerse era preciso que se realizara con rapidez. La sorpresa era su única esperanza. Los centaurianos ni siquiera se detuvieron cuando él se paró, lo que le dio por lo menos la respuesta a una de las cuestiones. Se encontraron ahora bajo la impresión de que los prisioneros terrestres no tenían ganas de luchar. Pensaban que tenían como cautivos a sus perros sumisos. No tardarían en aprender que los perros seguían poseyendo colmillos.

Dalford, todavía agachado, en posición natural, mientras fingía arreglarse la bota, se lanzó contra el más próximo de los centaurianos. Su dura cabeza dio al enemigo en la cintura y vio cómo se quedaba sin respiración emitiendo un largo silbido. Trató de arrebatar la pistola destellante del centauriano y oprimió lo que pensó que era el gatillo. Alcanzó al otro centauriano en el pecho. Se disolvió en un manojo de gritona angustia.

Siguiendo la iniciativa de Dalford, Ferguson había lanzado un gancho salvaje de derecha a la mandíbula de su más próximo captor… más por suerte que por precisión alcanzó su blanco.

Eso significaba que había causado tres bajas a sus adversarios pero les quedaban otros tres. Las tuerzas estaban equilibradas.

MacLane tenía en la mano su revólver y trataba de buscar cobijo entre los arbustos. Mientras llegaba a ellos su disparo hizo efecto a otro de los centaurianos que cayó.

Con una eficiencia fría y calculadora Dalford disparó contra los dos centaurianos inconscientes, el que atacó y al que derribó Ferguson de un puñetazo. Ahora el número contaba en favor de los terrestres.

La situación de tablas había dado la vuelta rápida y completamente. Los centaurianos restantes, viendo la situación echaron a correr por la jungla como si les persiguieran todos los diablos del infierno.

—No son enemigos muy heroicos, ¿verdad? —dijo Dalford con una sonrisa—. ¿Qué hacemos ahora? ¿Volvemos al navío?

—Probablemente regresarán antes que nosotros y esta vez habrá una docena. Parecen muy decididos a capturarnos. Creo que sería buena idea abandonar la nave durante algún tiempo y seguir viaje de descubrimiento a través de esta jungla. Tenemos la ventaja de saber que los nativos están a nuestro favor, si es que logramos ponernos en contacto otra vez con ellos.

—Sí, es verdad —dijo Dalford—, eso es algo que sabemos. Cojamos todas las armas de mano que podamos de los cadáveres.

Se armaron con pistolas destellantes y Dalford se guardó en el cinturón la que había de sobra. Luego, concentrando toda su energía mental, convocó a los subhombres. Había estado acertado al suponer que estaban cerca y desde detrás de cada árbol, cada rama, apareció un rostro y todas las caras registraban el equivalente de la felicidad en los subhombres. Su gran jefe había vuelto a triunfar y había subido mucho más alto en la opinión pública venusiana.

—Lo que necesitamos —dijo Dalford, con súbita inspiración, volviéndose a MacLane y Ferguson—, es alguna especie de escondite, una cueva, un cobijo de cualquier clase de la jungla, en donde podamos escondernos hasta que los seres extraños nos hayan olvidado prácticamente y podamos volver al navío.

—¿Tenemos tanto tiempo disponible? —preguntó Ferguson—. Quiero decir, ¿cómo sabes que las cosas extrahumanas de esta atmósfera no nos irán envenenando lentamente?

Emitió destellando la imagen a los subhombres, y los tres terrestres concentrados en una cueva, un escondite, en un simple idioma telepático y pictorial que lograba explicar a sus primitivos seguidores las necesidades que les acuciaban.

De pronto uno de los hombres se adelantó, emitiendo ruidos guturales y haciendo gestos. Al mismo tiempo recibieron una violenta imagen mental de sí mismos siguiendo al que gruñía y hacía gestos y marchando a través de la jungla sin senderos en persecución de su guía.

Habían viajado cosa de dos kilómetros y medio… según lo que era posible considerar en aquel fantástico terreno… cuando su guía se detuvo y recibieron la imagen violenta y mental del miedo.

Era miedo a seguir más adelante. Había algo allí diabólico, algo sagrado, pero al mismo tiempo su mentalidad primitiva había conjurado el hecho de que también sería un buen lugar para esconderse, porque nadie penetraba jamás en aquel lugar.

Y ahora señalaba inconfundiblemente a lo que parecía ser los restos de una amplísima carretera.

Los terrestres se miraron uno a otro. ¿Qué significaba aquella extraña carretera en el corazón de la terrible jungla venusiana?

Caminaron por la calzada y de pronto Ferguson se inclinó para examinarla con más cuidado.

—Si esto fuese la Tierra y no Venus —dijo a MacLane y Ferguson—, diría que caminamos por alguna especie de alquitrán. Alguna clase de macadam artificial extendido en la superficie.

—¿Quieres decir que éstos son los restos de una carretera… de una autopista? —preguntó MacLane.

—Afirmaría que es lo más probable —dijo Ferguson—. ¿A ti qué te parece, Dalford?

—Creo que son los restos de una carretera.

Pero si esperaban que les condujese a algún lugar de mayor interés que la simple jungla, iban a llevarse un desencanto. Pareció perderse de nuevo en la espesa vegetación.

—¡Mirad allá! —exclamó MacLane—. Es una especie de cueva, ¿verdad?

Había un montículo, un montículo de jungla, al que uno considera altura, cubierto de follaje, pero bajo las frondas de una gran planta de arbórea pudieron ver una oscura abertura que conducía al interior del montículo cubierto de extraña vegetación.

—Es una abertura, es una cueva —exclamó Dalford—. ¡Entremos!

—Entremos de prisa —dijo Ferguson—, quizás sea la clave de escondite que andamos buscando.

—Está bien —Dalford se adelantó. No había luces y el interior de la caverna estaba tan negro como la boca de un lobo. Apenas había andado cincuenta pasos en la oscuridad cuando vio el movimiento en la entrada por la que penetraron.

—¡Son los centaurianos que vuelven! Parecen tener un ansia extraña de seguirnos. Probablemente quizás posean algún mecanismo localizador —dijo Dalford—, parece como si estuviésemos acorralados contra la pared, o en una cueva sin salida.

—Soy partidario de resistir hasta el último instante —dijo Ferguson con una triste sonrisa—, siempre y cuando podamos convencer al enemigo de que somos irresistibles.

El ruido en la entrada de la cueva se hizo mayor, sacaron sus armas y esperaron, todos los músculos tensos, todos los nervios tirantes como cuerdas de arco de flechas.

XIII – LA CAÍDA

Los tres terrestres corrieron por el túnel tan de prisa como sus piernas se lo permitieron, sin saber ni importarles qué obstáculo podría interponerse en su camino. Su única mira era colocar la mayor distancia posible entre ellos y las pisadas, pisadas que podían significar sólo la proximidad de los centaurianos. Centaurianos armados con aquellas mortíferas pistolas destellantes de energía.

El túnel era su salvación y su peligro, advirtió Dalford. En primer lugar, les ponía a salvo de verse rodeados y atacados por retarguardia, en segundo lugar resultaba muy difícil para los centaurianos el fallar en sus disparos, porque los terrestres presentarían lindos blancos concentrados para ellos en tan estrechos confines.

Hubo un sonido en forma de chasquido o restallar y una emisión de energía desde el extremo lejano. Ferguson, que estaba más cerca del enemigo, emitió un súbito gemido de dolor y se desplomó.

—¡Le dieron! —exclamó Dalford—. ¡Alto!

MacLane se detuvo.

Volvieron hasta Ferguson.

—¿Es muy grave? ¿Puedes levantarte? Te ayudaremos…

Durante un segundo no hubo respuesta y luego, con una voz extrañamente fantasmal que apenas reconocieron como perteneciente a Ferguson, le oyeron susurrar.

—Seguid sin mí. Seguid. Yo los mantendré a raya.

—No digas tonterías —contestó Dalford—, todavía te queda mucha vida. Vamos. Volverás a ver la Tierra.

—Yo no —dijo Ferguson—. No parece que quiera ir en este estado.

—¿Qué significa eso? —La voz de Dalford era un extraño y

áspero susurro—. ¿Qué quiere decir, Fergy?

—Mis piernas. Creo que me las han volado. No noto ningún dolor. No noto nada, pero parecí caer después de que alguien me arrebatase las piernas.

¿Era esta alguna extraña y nueva arma desintegradora que utilizaban los enemigos?

Ferguson extendió las manos en la oscuridad.

—No noto nada de la parte inferior de mis piernas. Nada en absoluto —dijo—. Hubo sólo un dolor agonizante y luego este sopor terrible.

MacLane luchaba con ahínco por reprimir las náuseas. Dalford apartó el rostro.

—Preferiría que me dejaseis —dijo Ferguson—. Sería mucho mejor. Estoy seguro de que no tengo posibilidad de recuperarme. Me agradaría más sentir que los últimos momentos de mi vida los paso haciendo algo útil, más que siendo una carga para los compañeros. Por favor. Abandonemos todo falso sentimentalismo, heroísmo inútil y melodrama. Dejad que haga las cosas a mi manera, ¿queréis? Me parece que puedo resistirles aquí durante algún tiempo. ¿Me prestarás el arma que tienes de recambio?

—Claro. La mejor de las suertes —Dalford no pudo pensar en decir alguna otra cosa mejor. Le entregó la pistola de recambio.

Él y MacLane siguieron corriendo en la oscuridad.

—¿Qué clase de arma fue eso? —jadeó MacLane—. Pareció desintegrarle. Allí quedaba sólo la mitad de él. Creo que habría sido mucho mejor que le hubiera matado inmediatamente.

—Me repugna dejarlo a merced de esos seres extraños —dijo Dalford—. Nos equivocamos, debimos haberle traído con nosotros.

—Quizás hubiera sido más piadoso pegarle un tiro —apuntó MacLane.

—Puede que debiéramos haberlo hecho —asintió Dalford.

—No sé, quizás Fergy tiene razón —dijo MacLane—, mirándolo de esta manera, al menos puede hacer algo para ayudarnos. El hombre necesita algo por qué vivir. Aun cuando le queden muy pocos minutos de vida. Eso le distraerá de lo que está ocurriendo, es decir, si tiene una pelea ante sí, se olvidará de su próxima muerte.

—Sí, supongo que tienes razón —contestó Dalford. Hablaban en susurros. La enormidad de la tragedia de pronto se cernió sobre

ellos. Hasta ahora había sido una aventura loca, casi infantil, pero en estos momentos… uno de los mosqueteros ya no volvería. Lance Ferguson había llegado al final del camino. Jamás vería de nuevo su planeta natal. Ni siquiera su cuerpo sería enterrado en la Tierra. Se quedaría aquí, en un mundo extraño, inhumano. Dentro de un oscuro pasadizo que perforaba una colina extraterrestre.

—Vaya sitio para morir un hombre —dijo Dalford de pronto. MacLane debió haber estado pensando lo mismo, porque asintió despacio, con amargura. Dalford no pudo ver el movimiento en la oscuridad, pero notó la afirmación.

—Pobre Fergy —dijo MacLane. Repitió—. Pobre Fergy.

Detrás, en el pasadizo, se produjeron otros fogonazos luminosos.

—Aún tiene bastante fuerza como para disparar —dijo MacLane —, quizá nos dé posibilidad de éxito si sigue manteniéndolos a raya. Puede que salgamos por el otro extremo de este maldito pasadizo…

—Para ser un túnel natural este lugar está demasiado liso — continuaban avanzando por la oscuridad.

—Es que, con toda evidencia, no es una gruta natural —dijo Gordon—. Más parece el túnel del metro, aunque mayor. Es una galería recta, hecha por el hombre. ¿Pero para qué la construyeron? ¿Cuál es su significado?

—Posiblemente lo que dijiste, alguna especie de ferrocarril metropolitano —sugirió Roger.

MacLane se encogió de hombros.

—Un medio de comunicación de alguna especie, sin duda —dijo —, ¿pero qué hay a su otro extremo? Antes creímos haber descubierto un camino en la jungla, pero no era un camino. Por lo menos no era un camino en el sentido de que conduce algún lugar. Claro, si la explosión perjudicó más a un sitio que a otro, si las ondas de fuerza actuaron en zonas bastante localizadas, una extensión del camino habría sido destruida por completo mientras que otra quizás pudiera haber quedado intacta.

—Comprendo lo que quieres decir —asintió Gordon.

—Presumamos que dos grandes ciudades han sido destrozadas por un holocausto atómico, que entre ellas había una sección de carretera que no servía a ningún propósito en absoluto… excepto ahora, para comunicar una cicatriz ennegrecida con otra ennegrecida cicatriz radiactiva, en la superficie del planeta, y que

cuando esas dos cicatrices radiactivas se cerraron dando paso al crecimiento de una jungla y un pantano, sólo quedó la carretera. Una carretera que no conduce a ningún sitio. Una carretera que va del Ayer al Mañana. Una carretera que enlaza el Pasado con el Futuro. Una carretera que va desde el Siempre a la Eternidad y por la que no pasan pies de ninguna clase, excepto las patas de las luces de la jungla; las patas de los reptiles.

—Y si después de su construcción otra vez pies humanos la pasaron, los pies de los fugitivos. Los pies de los refugiados… los pies de los terrestres en huida. El pasadizo parece terminar. Mira, mira delante. Hay un retazo pequeño de luz. ¿Piensas que veremos de nuevo la jungla?

—Podría ser —asintió Dalford—. Por otra parte, podría significar que estamos saliendo a algo mayor. Es como si siguiésemos un túnel del metro y nos encontráramos emergiendo al gran vestíbulo de una de las principales estaciones… Parecida a la gran sala de espera de Houston.

—Sí, entiendo tu punto de vista —dijo MacLane.

Tras ellos podían oír todavía los chasquidos y débiles fogonazos que les indicaban la magnífica pelea que estaba realizando Lance Ferguson en su favor. Seguía manteniendo a raya a los centaurianos.

Cada segundo le daba una mayor posibilidad de supervivencia.

La abertura luminosa se hacía más y más grande. Dalford jadeaba falto de respiración porque sus costillas le dolían.

—La luz… su color, su claridad, no es igual que la luz exterior. Me parece que es luz artificial.

—¿Luz artificial? —jadeó MacLane, mientras los dos hombres continuaban corriendo a lo largo del pasillo—. No puede ser. Claro que no.

—Pues lo es. Sí. Definitivamente, alguna especie de luz artificial —exclamó Dalford.

Ahora habían llegado a la abertura y de pronto ante ellos se abrió una vasta caverna subterránea. Una caverna que con toda evidencia se formó por escombros caídos. Era como un enorme nido de pájaros, puesto boca abajo.

—Qué loca formación —dijo Dalford—. La ciudad debe haber estado así durante siglos.

Era en realidad una ciudad. Todo alrededor, ramas, tierra y barro, habían caído sobre los niveles superiores de los árboles, como si éstos hubieran sido de pronto arrojados allí por un cataclismo.

—Ya veo cómo sucedió —dijo MacLane—. Una gran explosión lanzó masas de vegetación al aire y éstas cayeron después como las hojas que cubren el suelo en los bosques. Cayeron y se depositaron sobre las terrazas y puntos altos hasta formar una especie de enorme cúpula de vegetación sobre la que se ha apilado más vegetación creciendo, y todas las raíces se han entrelazado formando una especie de marco, así que por debajo de esta montaña enorme y vegetal la ciudad ha continuado su vida.

—¿Y qué mató a los ciudadanos? —preguntó Dalford.

—Con toda evidencia, la radiación. Ha debido ser la radiación. Les mató sin perjudicar particularmente su ciudad, y tan estupenda era su tecnología y sus funciones cívicas automáticas que la luz ha seguido iluminando desde entonces. Con toda evidencia no es ninguna luz eléctrica. Es alguna especie de luz fría. Incluso podría ser alguna clase de fosforescencia colocada en lugares estratégicos que sigue emitiendo su resplandor indefinidamente. Una técnica completamente desconocida en la Tierra. Pero ahora no podemos detenernos y discutir sólo de las virtudes de los venusianos como ingenieros luminotécnicos. Hay mucho más que hacer que eso. ¡Mira el lugar! Ha sido conservado casi perfectamente. No obstante, por todo reina un aura de extrañeza y de muerte.

Desde el túnel podían oír todavía los chasquidos y el relampagueo.

—Al pobre Ferguson le hubiera gustado ver esto.

—Bueno, no lo habríamos visto nosotros de no tener alguien que nos cubriera la retirada —dijo Dalford, y su voz contenía una mezcla de tristeza y ferocidad.

—Mira hacia aquí. Esto evidentemente es más nuevo que el resto de la ciudad. Parece ser lo último que alguien hiciera. Hay una serie de imágenes labradas en una de las aceras —dijo MacLane—. Son, además, bastante sencillas como para seguirlas.

—¿Y por qué utilizar figuras? ¿Por qué no escribir? ¿Por qué emplear algo tan primitivo como esto?

—Evidentemente lo hicieron para alguien como nosotros, que no

podríamos leer su idioma. Debieron figurarse que algún día alguien más vendría. Otros hombres civilizados encontrarían esa ciudad. Mira, imagínate que nosotros viviésemos en esta urbe. Quizás que formásemos un grupo muriendo despacio pero irremisiblemente a causa de la enfermedad radiactiva. Sabemos que nuestra ciudad está cerrada por lo alto por esa enorme cúpula vegetativa y que así debería quedar durante muchos, muchísimos años. Durante tanto tiempo, de hecho, que hay muchas esperanzas de que alguien venga. De que alguien venga y nos encuentre. Hallé los restos de nuestra civilización. Un moribundo de ordinario sólo tiene una idea en su mente… quiere dejar una historia. Eso resultaría cierto para los venusianos civilizados como para nuestros terrestres civilizados. Quiere dejar una historia. Quiere que los demás sepan qué le ha pasado. Y así, deja un relato en la cosa más duradera que conoce. En la piedra.

—¡Pues claro! —asintió su compañero. Ambos miraron en silencio las figuras grabadas en piedra.

—Son como hombres redactando sus epitafios —dijo Dalford en voz baja.

—Claro que sí —asintió MacLane.

—Uno se los puede imaginar, aquí —dijo Roger—, con la radiactividad anulando lentamente su vida, matándoles centímetro a centímetro y sin embargo, pacientemente, con valor, redactando su historia de la caída de su civilización. Mira esta primera imagen. Evidentemente representa una cultura de alto nivel. Aquí hay ciudades, naves, aviones, navíos espaciales. Y aquí en la segunda figura un diagrama planetario.

—¡Ciertamente que sí… y aquí está precisamente la Tierra! —exclamó MacLane.

—Tomemos la tercera imagen, naves alejándose de la Tierra, y volviendo de la Tierra a Venus.

—¿Cuánto tiempo hará que se trazaron estas imágenes? ¿Dos mil años? ¿Tres mil? ¿Cómo podríamos averiguarlo? ¡Y aquí, y aquí, mira! Las imágenes cuatro, cinco y seis —exclamó Dalford.

—Una imagen de dos ciudades cada cual con emblema distinto. Yo diría que eso son escudos de armas, o alguna especie de regalías o insignias de combate. Evidentemente se encuentran en conflicto y aquí, mira, una imagen singular y terrible. Una nueva atómica.

¡Nadie que sepa lo que es una explosión atómica dejaría de reconocerla! ¡La ultraarma, la nube en forma de seta, la bomba de muchos megatones!

Permanecieron plantados mirando en silencio los grabados en la piedra que indicaban lo que destruyó la civilización de Venus.

—Todo ahora queda muy claro —dijo MacLane—, la Tierra primitiva en los días de nuestros remotos antepasados, los hombres de las cavernas, era una de sus colonias. He aquí el origen de estas leyendas acerca de carros de fuego, de las que discutíamos no hace mucho, pertenecientes a los dioses griegos. ¡Eran venusianos! Y fueron llamados a su país del mismo modo en que las regiones romanas fueron retiradas de Inglaterra. Había guerra en la patria. Había en la patria una guerra atómica, por eso retiraron las legiones. Los dos grandes partidos de Venus se dividieron. Imagínate simplemente la posición inversa. Imagínate que los rusos y los americanos han establecido colonias en un planeta más primitivo y que entonces se produce una última conflagración entre Oriente y Occidente, en el planeta patrio. Ambos bandos volverían a llamar a sus fuerzas para que regresasen a la patria y tomasen parte en la guerra civil. De esa manera los venusianos fueron retirados de nuestra tierra primitiva para volver a su propio planeta, el planeta de la destrucción. El planeta de la muerte. Y aquí, en esta ciudad, los últimos supervivientes escribieron el sobrecogedor relato.

Permanecieron maravillados, llenos de pensamientos tan profundos que llegaban hasta el mismísimo interior de sus almas.

—Ya no he oído más chasquidos en el corredor.

—Yo tampoco —corroboró MacLane.

—Eso sólo puede significar que el último defensor ha caído —continuó Roger.

MacLane asintió.

Oyeron pisadas. Muchas pisadas. Gordon miró las armas de mano con tristeza.

—Parece ser que seguiremos la misma suerte —observó—. Han encontrado el modo de entrar.

Los ojos de Dalford volvieron a la serie extraña de imágenes.

—Es una gran ciudad. Mira la armonía que los venusianos lograron con ese friso pétreo. Los que dejaron la Tierra en tiempo de los anglosajones, quizá antes, debieron hacer tenido armas casi

tan buenas como las que poseen los centaurianos. Si pudiéramos encontrar alguna de esas…

—Es un disparo torpe y a ciegas —dijo Dalford—, pero resulta mejor que no tener ninguna esperanza. Vamos, echemos un vistazo. Mantengamos la delantera delante de esos seres inhumanos mientras podamos. Primero, ¿cómo podríamos bloquear la boca del túnel?

—¡Con pistolas de energía! ¡Probablemente podríamos derribar parte del tejado del túnel! —dijo MacLane.

Concentraron el fuego de las pistolas destellantes en el techo del túnel y con bastante seguridad las explosiones de energía derribaron tierra, vegetación y ladrillos…

—Eso les retrasará una hora o dos —dijo MacLane—. Creo que debemos seguir adelante para ver lo que podemos encontrar.

Los dos hombres partieron en un viaje de descubrimiento hacia el corazón de la antigua ciudad venusiana, muerta desde tanto tiempo atrás.

XIV – EL TESORO DEL PASADO

Era fantástico el modo en que la vieja ciudad se había conservado. Absolutamente sin paralelo en la historia de la arqueología.

El sueño de la vegetación y la tierra había formado una especie de caparazón hermético en su torno y acoplado con el hecho de que la radiación probablemente tuvo un efecto esterilizador en el interior, había dejado rastros de toda clase de civilización terrestre. Era como caminar por el interior de una de las tumbas de los faraones y encontrar no sólo huesos, polvo, cenizas y cosas momificadas, sino reyes y esclavos vivos. Era como pasear por el pasado, y sin embargo, por todo pendía un aire de melancolía y muerte, como si la ciudad supiera que era el guardián medio muerto de una civilización largo tiempo fenecida. Era como si supiese que la vida dentro era sólo un rastro… un diminuto vestigio… de la existencia que una vez apuñaló y forcejeó y se multiplicó sobre la superficie multicolor de Venus.

Era en verdad una ciudad fantástica; aquí estaban los restos de las calles por los que los pies de los antiguos venusianos pasaron. Aquí estaban los restos de los edificios, que la antigua civilización venusiana utilizó. Lugares de esparcimiento, construcciones públicas, bibliotecas y museos. Institutos educativos, colegios, escuelas, jardines de infancia. Lugares de entretenimiento. Toda una civilización entera se encontraba aquí, sus restos débilmente pataleantes moviéndose con escasas señales de vida. Plantas ornamentales crecían aún en los parques y en los jardines. Era imposible decir dónde estaban sus originales, o si ellas eran las propias originales, o si se trataba de semillas de jungla extrañamente infiltradas que encontraron suelo conveniente para crecer. Pero había plantas por todas partes, por todas partes

destinadas al crecimiento de los vegetales.

Y a ojos de los terrestres las plantas podían haber sido plantadas allí con el propósito ornamental. Una fuente seguía manando, pero en lugar de una columna de agua pura y cristalina se veían regueros de solución salina, gris oscuro, saturada de jungla… pero seguía siendo una fuente y el antiguo mecanismo que originalmente le proporcionaba presión seguía en funcionamiento. Trabajaba del mismo modo que las obras centenarias funcionan cuando se comparan con un joven y poderoso atleta en la plenitud de sus veinte años. Trabajaban con dificultad, pero trabajaban. Eso era lo más grande.

Los antiguos venusianos vivían de sus trabajos, en sus trabajos, que habían durado más que ellos.

El hecho de que podían construir una fuente que siguiera funcionando durante siglos después de que sus constructores hubiesen descendido al pozo de la muerte, para quedar allí para siempre, era un tributo a su pericia y a la perdurabilidad del trabajo de sus artesanos y más que eso… vivían de nuevo en sus casas, en sus calles, en sus medios de transporte, aquí en la plaza pública. MacLane y Dalford de pronto contuvieron la respiración asombrados… eso era increíble, sin embargo, no cabía la menor duda de que todo era real, de que era cierto.

Dalford y MacLane miraron todo con incrédula sorpresa… había una flota de navíos preparados como para el despegue. Una flota de poderosos navíos, y aun enturbiados por una capa de polvo y de sedimento dejado por el gotear del agua, no estaban corroídos. Fueron construidos con algún producto anticorrosión. MacLane tocó a Dalford en el hombro.

—Parece como si estuvieran a punto de despegar si uno se lo propusiera.

—Creo que pueden despegar —contestó Dalford—, parecen muy reales.

—Lo son —contestó MacLane—. El estado de conservación es fantástico. Debe haber en su aleación una calidad que es capaz de resistir hasta la corrosividad del aire de la jungla.

—Es que han sido preservados del aire de la jungla —intervino rápidamente Dalford.

—Sí… estoy de acuerdo —concedió MacLane—, pero incluso

entonces, quiero decir, esta ciudad debe haber estado tapada durante siglos. No quedan rastros humanos. ¡Ni siquiera un cuerpo podrido! Admitiendo el hecho de que todo lo demás ha estado milagrosamente preservado, indica una marcha de corrupción más lenta que de ordinario. En una esfera semihermética como ésta uno habría esperado que los cuerpos y cadáveres durasen inciertamente, que los huesos permaneciesen intactos por lo menos quinientos o mil años. Pero no hay ni rastro. Ni siquiera un esqueleto cubierto de polvo. A menos que salieran todos a morir o a menos que los últimos supervivientes enterraran a sus muertos uno a uno.

—Es una posibilidad, y también lo es el que hayan podido incinerarlos.

—Sí, cierto. No había pensado en eso. Pero aún así, está el último superviviente, sin nadie que lo enterrara.

—Eso no es del todo imposible. Han podido incluso tener una especie de robot mecánico que hiciese el trabajo. En una tecnología como ésta cualquier cosa sería posible, opino —dijo MacLane.

—Supongo que sí —asintió Dalford—. No había considerado ese aspecto. El superviviente pudo haber preparado los hornos crematorios, colocado asimismo en un raíl que condujese a su interior, tomado un narcótico y para cuando el mecanismo le metiera en las llamas… quizá también poseyera algún sistema de control que permitiera realizar todas esas operaciones sin que él tuviera que influenciar con sus sentidos.

—Eso es reducir el problema a sus términos más sencillos —dijo MacLane—. No es motivo para que apareciesen cadáveres de ninguna clase.

—Ahora lo comprendo —asintió Dalford—. Pero lo que yo iba a destacar era la ausencia de cuerpo alguno corrupto, de restos humanos, que mostrasen cuanto tiempo hace que ocurrió todo esto.

Dalford de pronto chasqueó los dedos.

—Somos muy olvidadizos —dijo—. Si pudiéramos comprender, comprenderíamos también otras cosas. Los subhumanos tenían miedo del lugar, pero los animales no tienen capacidad para tenerlo…

—Oh, no es eso, hay animales que a veces se mantienen alejados de lugares sagrados en las junglas allá en la Tierra. El cielo sabe el porqué… pero lo hacen. Es como si la superstición humana y el

temor afectase también a los animales. A menos que haya alguna razón psicológica profundamente grabada que explicara el miedo humano y lo relacionase con el instinto animal obligando a estos a evitar un peligro a una razón que los humanos no pueden comprender.

—Todo parece terriblemente complicado —dijo Dalford—. Pero no olvides que hemos de encontrar armas.

—Iremos hacia el gran edificio de allá —dijo MacLane—. Esa construcción enorme, la más alta, con grandes puertas metálicas. ¿Ves la insignia grabada y tallada en la piedra de lo alto? ¿Qué es lo que te recuerda?

—Me recuerda el escudo de armas sobre los cuarteles allá en la Tierra… ¡Y los cuarteles han de tener arsenal! ¡Vamos, pues!

Las puertas metálicas estaban barradas, pero no cerradas de otro modo. Apartaron las barras y empujaron. Aunque habían estado cerradas durante tanto tiempo al parecer, los paneles si bien al principio parecieron negarse a abrir, la fuerza de los hombres terrestres les hizo ceder con un extraño crujido… Dentro la misma especie de luz lo alumbraba todo; entraron rápidamente en el fresco y marcial interior del lugar.

Apiladas en torno a las paredes habían armas que evidentemente resultaban una especie de rifle, pero electrónico. Algo que no arrojaba proyectil, sino una carga eléctrica. Se parecían más a las pistolas destellantes de los centaurianos que cualquier otra arma que hubieron visto los terrestres.

—Probaré una —dijo Dalford y apuntó por las puertas abiertas al edificio opuesto. Un trozo enorme de ladrillos desapareció con un rugido desintegrante.

—Bueno, aún funcionan —dijo alegre—. Si pudiéramos cerrar y barrar estas puertas desde el interior. Esta casa posee troneras para disparar. Oh, es más que un arsenal, fue utilizada como una especie de fortaleza. Al igual que los viejos castillos de la Tierra utilizados hoy como cuarteles. Es un lugar ideal para resistir a los centaurianos.

—Sí… y estos disparadores de energía, o rifles, o lo que sean, no son sólo armas… —dijo MacLane—. Mira aquí…

Habían también granadas… o cosa por el estilo.

—Supongo que al arrojarlas uno a de retirar esta piececita.

—¿Vas a probar alguna?

—Si son atómicas nos expondremos a un grave peligro —dijo Roger—. ¡Vamos a verlo! —quitó la piececita de metal y lanzó la granada lo más lejos posible hacia la ciudad. Ambos hombres se tiraron al suelo tras la puerta metálica poco antes de que la pequeña bomba de mano cayera a tierra.

Se produjo un rugido devastador y todo un edificio se desplomó en un montón de escombros humeantes.

—Truenos, tenemos un arma aquí contra los centurianos. Creo que estos chismes son atómicos —dijo MacLane—. Deben ser explosivos «limpios» para ser utilizados a corta distancia. «Limpios» en el sentido de no tener descarga radioactiva. Bueno, con esto y una colección de rifles… ¡hola!, ¿qué diablos es este chisme?

Era un arma larga, pesada, con cierto número de botones y palancas en la parte posterior. Parecía un cruce entre un obús y un cañón de campaña.

—¡Sólo hay una cosa que hacer… probarla!

—¡Pero mira su tamaño! ¿Cómo sabemos que ha sido diseñada para funcionar a escasa distancia?

—No lo sabemos —respondió Dalford—, por eso tenemos que probarla. Soy partidario de la experiencia empírica. Experimentar, experimentar y experimentar. Hasta que uno consiga el resultado que quiere.

—Está bien —dijo Gordon—, acepto tu proposición. Y como dijiste la última vez, tenemos muy poco que perder y mucho que ganar. Si esto es tan poderoso en proporción a su tamaño como los rifles, haremos huir a los centaurianos.

Probaron la fantástica arma en un alto edificio a quinientos metros calle abajo. Un rayo de deslumbrante luz blanca salió del arma y pareció reunirse en el lugar del impacto. Dio en la base del edificio… se despertaron nubes de humo, chispas, una lluvia de polvo y escombros y la casa se desintegró literalmente.

—Esto parece una versión mayor y más potente del chisme con el que alcanzaron al pobre Ferguson —dijo Dalford.

—Sí… y me alegro condenadamente de poseerlo —resumió MacLane. Pensar en Ferguson le puso furioso y malévolo. Se encontró odiando y detestando a los centaurianos como nunca les había odiado y detestado antes. Se sintió colérico consigo mismo

por haber consentido que le hicieran todo aquello a Ferguson. Y por ahora el poder de devolver los golpes estaba en sus manos y MacLane y Dalford tenían intención de utilizarlo.

De pronto, procedente de la boca del túnel, se oyó un rugido súbito y reverberarte.

—Vaya, están destruyendo nuestra barricada —comentó Dalford ceñudo—, vamos a ver qué podemos hacer para dificultarles la labor.

Los dos terrestres se esforzaron y tiraron hasta que su arma tipo cañón de campaña estuvo en posición. Un grupo de centaurianos apareció en la recién formada abertura. Eran cosa de una docena. Llevaban las armas preparadas. Las partículas de la explosión todavía no se habían posado cuando Dalford disparó el cañón de campaña, ese era el sobrenombre que le habían puesto. El rayo de blanca y pura energía dio a las fuerzas extra humanas mientras salían del túnel.

Simplemente las disolvió y las fundió allá donde estaban. De trecho en trecho una rara y agitada parte de despojos humanos cayó rebotando en el suelo.

Un pedazo pequeño de cuerpo que parecía una imagen rota de cera arrojada al crisol de fundición de un gran museo de figuras, una mano, parte de una cabeza, un pie. Sólo retazos de centaurianos desintegrados…

Tres segundos más tarde Dalford levantó el dedo del botón de disparo. Allí no había nada. Nada excepto la vacía boca del túnel.

—Me parece que no volverán a venir aquí a toda prisa —dijo MacLane salvajemente.

—¡Al ataque! —exclamó Dalford—. ¡El ataque es la mejor forma de defensa, ataquemos pues!

Pudieron oír pies corriendo rumorosos por aquel túnel. ¡Los centaurianos se retiraban huyendo por salvar la vida!

Pero era un túnel muy largo y los dos terrestres conocían su longitud desde antes de que sus enemigos llegaran a explorarlo. Se veía muy bien que colocando su mortífera arma en posición, a la boca del túnel, nada podrían hacer por escapar a su mortal destino.

—Vayamos —dijo MacLane y oprimió el botón de disparo. Un rayo de luz calcinadora marchó por el pasadizo rebotando en los salientes y despertando mil ecos.

Los dos terrestres volvieron apuntar el cañón para que los costados del túnel no proporcionasen protección alguna a los centaurianos en fuga.

Se oyeron gritos, gemidos de agonía y centauriano tras centauriano fueron cayendo.

—Han debido traer un gran destacamento esta vez. Me imagino que no hay décimas partes de su propio campamento —dijo Dalford —. Tenían mucho interés en capturarnos, ¿no?

—Claro que sí —asintió Gordon—, de no haber sido por el milagro de esta ciudad tan bien conservada nos habrían matado, sin que tuviéramos la menor oportunidad de resistir. Pero ahora dimos vuelta a la tortilla. Acaba con esos diablos. ¡Y pronto!

Una y otra vez una carga de luz blanca y destructora, luz desintegrante, luz mortal, recorrió el túnel.

Centauriano tras centauriano gritó y cayó. El túnel en sí comenzó a desplomarse en torno a ellos mientras la energía del rayo se abría paso a través de la ladera de la colina, abriendo nuevas galerías mientras las perforaba de la tierra pura.

—Será mejor que parásemos ahora, no sabemos cuánta munición tiene este chisme y quizá la necesitemos de nuevo si vienen con nuevos refuerzos.

—Humm, es verdad —asintió MacLane—, pero no creo que lo hagan. Me parece que se dan a la fuga. No saben cuántos de nosotros estamos aquí ahora. Resulta evidente que no han descubierto antes este lugar puesto que se hubieran cuidado mucho de que no llegásemos aquí. Si hubiesen venido primero se habrían apoderado de las armas. Esto todo vuelve, claro, a tu dicho con el jefe primitivo. Si no te hubieses ganado la confianza y la alianza de los subhombres nunca nos hubieran guiado hasta este lugar. Evidentemente, no lo hicieron con los centaurianos.

—Me parece que en eso tienes razón… pero si el pobre Fergy no lo hubiera contenido en el túnel, tampoco nosotros hubiéramos podido conseguir esta arma.

—Cierto… pero creo que los centaurianos han pagado por la vida de Fergy y han pagado bien.

—Nunca cancelarán la deuda —dijo Dalford—. Pero al menos nos han dado un pago a cuenta. ¿Cuál será el próximo movimiento?

—¿Nuestro o de ellos? —preguntó MacLane.

—Yo jamás pensé en que nosotros llevásemos la iniciativa.

—Bueno, pues yo sí, vamos, te lo mostraré —dijo a su compañero.

XV – CAZA ESPACIAL

Dispararon el cañón hasta que no se encontraron muy lejos del lugar abierto señalado, o quizá ante un espacioso puerto, o lo que hubiera sido.

Y luego, calibrando el alza con mucho cuidado para no dañar los navíos que allí estaban, Dalford apuntó hasta el techo de la cúpula. Perforó la espesa vegetación, cortó las raíces, se abrió breve paso cada disparo por la húmeda arcilla del suelo. Parecía como cercenar a través de los siglos hasta que un enorme pedazo cayó al suelo de la antigua ciudad venusiana.

Utilizando la blanca luz de energía desintegradora como si fuese un enorme cuchillo curvo, Dalford y MacLane arrancaron enormes pedazos del tejado hasta que hubo una abertura lo bastante grande para que los navíos salieran volando.

—Ahora veo lo que te propones —dijo MacLane—. ¿Intentas poner en funcionamiento alguno de esos viejos navíos espaciales?

—Bueno, si las armas funcionan, no hay motivo de que no lo hagan también los navíos, ¿verdad? —contestó con lógica Roger.

—Será un gran riesgo —repuso MacLane.

—Hemos corrido un riesgo infernal viniendo a Venus en primer lugar y lo sabes. Ferguson también conocía los riesgos. Pagó el precio. Por lo que a mí respecta —dijo Dalford—, sé que hay una especie de fatalismo que acompaña a la vida. Creo que el número que yo poseo está incluido en el sorteo. Si mi nombre está escrito en la bala, ésta alcanzará mi cuerpo y si mi nombre no está escrito, nunca lo logrará. ¡Y bien puedo acercarme a cualquier bala sin temor a que me suceda lo que no está escrito!

—No estoy de acuerdo contigo —contestó MacLane—. No estoy de acuerdo en absoluto. El fatalismo es muy atractivo, pero va

contra la doctrina del libre albedrío y yo prefiero creer en esto último. Bajo ningún concepto soy un buen hombre, estoy lejos de ser un santo. Pero creo en algo. Creo que detrás de este universo loco y caótico, a pesar de todas las guerras y sufrimientos, y la muerte, y la miseria, hay un poder divino. Llámale Dios, llámalo Fuerza Vital, llámalo lo que quieras, pero ahí está. Creo que está ahí, aún más extraño, creo que se interesa en mí… y en ti… y en todos nosotros. Pero creo —porque creo en el libre albedrío— que ese mismo poder no se interfiere. No creo que lleve mi nombre grabado. Creo que si rompo las leyes naturales de la causa y el efecto e interpongo mi cabeza en el camino de un proyectil que venga hacia a mí, me alcanzará. No creo que todo esté planeado desde hace siglos y que se sepa que he de morir cierto día porque coloqué la cabeza en el sendero de cierta bala disparada.

—No tengo tiempo para una gran discusión filosófica o teológica —dijo Roger Dalford—. Quizá hay algo de razón en lo que dices… quizá hay algo en lo que digo yo. Uno tiene valor a causa de sus creencias. Tú lo tienes por las tuyas, yo por las mías. Creo que a menos que el Destino quiera, no puedo morir. Si no está escrito que muera aquí, en ciertas circunstancias, entonces no podré morir en este lugar no importa lo que haga. Tú crees de modo distinto, pero porque crees en un principio estás preparado para correr riesgos. Bueno, eso está bastante bien, es lo que importa. Ahora… ¡vamos a correr algún riesgo! Lo remontaremos con esos navíos, haremos un rápido viaje de inspección y si es posible localizar los cuarteles generales centaurianos. Si alguno de los centaurianos ha sobrevivido se encaminará derechito a su base tan deprisa como sus piernas le puedan llevar.

—Y en cuanto hayan vuelto a su campamento base… aún presumiendo que hayamos derribado a dos tercios o tres cuartas partes de sus fuerzas, sólo pueden hacer una cosa… tendrán que volver a Centauri. Si atraviesan el espacio hiperbólico del que hablan nuestros escritores de ciencia ficción, tendrán que partir del planeta mediante primitivos cohetes, o por algún motor que no entrañe la hiperimpulsión por el hiperespacio, hasta que estén lo bastante lejos del campo gravitacional de Venus y quizá hasta que hayan salido del campo gravitacional del propio sistema solar. Puede que tengan de cruzar la órbita del planeta más alejado antes

de poder adoptar su hiperimpulsión, o como se llame. En ese caso, podemos detenerles antes de que se encuentren en el rango del hiperespacio. Porque tengo idea de que al igual que las viejas armas venusianas eran superiores a las suyas, lo mismo ocurre con los navíos antiguos venusianos, que también serán prácticamente superiores.

Efectuaron una inspección atenta de los navíos…

XVI – BATALLA EN EL FIRMAMENTO

Estaban en el aire. De algún modo, al igual que las extrañas y viejas armas venusianas habían sido conservadas, los fantásticos y antiguos vehículos espaciales de Venus mantenían su capacidad de volar.

No estaban familiarizados con los mandos y practicaron maniobras por encima del agujero hecho en la cúpula de la ciudad. No encontraron muchas dificultades. Esas naves en particular parecían una especie de cruce entre avión y espacionave. Combinaban la maniobrabilidad de los aparatos aeronáuticos corrientes con la potencia y el techo infinito de una nave espacial.

Parecían funcionar bajo un número de principios combinados. A veces casi parecían desafiar la gravedad. En otras ocasiones parecía que funcionaba sobre el principio de la impulsión cohete.

—Creo —dijo Dalford, hablando por el intercomunicador, que fue una de las primeras cosas que habían descubierto, una especie de radio de onda corta que relacionaba y comunicaba los dos aviones—, que uno puede adaptar diferentes juegos de controles en ocasiones y condiciones distintas.

Examinó la vasta disposición de manómetros, palancas y paneles y conmutadores que tenía delante. Estaban puestos en un orden sencillo y sistemático y los botones poseían diversos colores y estaban marcados con extraños símbolos en apariencia sin significado.

¿En apariencia? Roger Dalford había estudiado con atención la semántica etimóloga durante sus días universitarios. Su conocimiento de los ideogramas y de los jeroglíficos era bastante extraordinario. Ahora aplicó aquel conocimiento a los extraños símbolos venusianos que tenía delante. No, no carecían de

significado. Estaban muy lejos de ser símbolos arbitrarios. Había un tremendo parecido entre estos símbolos extraños de Venus y ciertos caracteres terrestres antiguos. La K invertida de las antiguas letras Brahmi de la India le llamó de pronto la atención. Advirtió la cruz, el áncora sin flechas y el círculo subrayado por una barra estrecha. Todo eso sabía bien que eran caracteres que también pertenecían a la antigua escritura Brahmi. Vio también otros rasgos amigos. Aquí se veían caracteres del antiquísimo alfabeto etíope junto con letras del Nashki árabe, del Sindjirli del año ochocientos antes de Cristo y del Glaolítico. Aquí también habían caracteres que estaban íntimamente emparentados con los jeroglíficos egipcios, los Sabianos, el Thamudénico y el Safahítico. Letras Kharosthi y Palmirianos aparecían también, lo mismo que caracteres Rúnicos, Cirílicos y Arameos.

Una verdad increíble amaneció en su alma. Acababa de efectuar el mayor descubrimiento filológico de todas las épocas. Estos símbolos escogidos representaban un idioma común, del cual habían derivado todas las lenguas terrestres.

Roger Dalford estaba tan impresionado por la inmensidad de este nuevo conocimiento que casi perdió el control del antiguo vehículo espacial venusiano. En un frenético paroxismo de agudo fervor vio como el suelo subía veloz a su encuentro, hablando figurativamente. En realidad era el suelo de Venus lo que parecía venirle al encuentro. Por una fuerza suprema y casi instantánea de voluntad, dominó sus destrozados nervios y corrigió la terrible caída mortal de la antigua máquina voladora.

—¡Por Dios, creí que estabas perdido! —era la voz de Gordon sonando por la radio—. ¿Qué pasó en tu concentración? —había una genuina ansiedad en el tono de MacLane.

—Acabo de descubrir algo tremendo —murmuró la voz de Dalford con excitación al responder.

—Bueno, comunícamelo.

—Los símbolos en las teclas de los controles —explicó Roger—. Son muy semejantes a los alfabetos prehistóricos terrestres. Es evidente que antaño eran familiares en nuestro propio mundo.

—¡Vaya descubrimiento! —admitió MacLane—. Pero eso nos propone una verdadera pregunta.

—¿Cuál? —era Dalford quien parecía turbado.

—La vieja controversia del huevo y la gallina o la gallina y el huevo —explicó MacLane.

—No te entiendo —dijo Roger.

Se oyó una serie de ruidos estáticos que interrumpieron momentáneamente el contacto por radio.

—Pongámonos de esta manera —explicó Gordon—. Los antiguos venusianos que construyeron estas naves hablaban y escribían un idioma que era también conocido por nuestros remotos antecesores. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asintió Dalford.

—Ahora —prosiguió MacLane—, ¿trajeron los venusianos su idioma a la tierra y los enseñaron a nuestros primitivos antecesores; o nuestros antecesores fueron los que enseñaron a los visitantes su propio idioma terrestre, o se presentó una tercera y menos probable posibilidad?

—¿Cómo cuál? —preguntó Roger.

—Quizá fueron nuestros antecesores los que hicieron el viaje y llevaron a Venus el idioma terrestre.

—¿Sugieres que hay una seria probabilidad de eso o es un punto para discutir? —preguntó Roger confuso.

—Te lo digo muy en serio —respondió MacLane.

—Entonces deben haber puntos en su favor que no se me han ocurrido —Dalford hablaba con llaneza.

—Bueno, ya sabes que hay más cosas en los cielos y en la Tierra que las soñadas por nuestras filosofías —dijo Gordon y prosiguió—. Pienso de esta manera. Había una antigua plataforma de piedra en al ancestral Babilonia que pudo haber sido simplemente una rampa artificial, una rampa destinada al lanzamiento de cohetes. Los chinos poseían una forma primitiva de radio tres mil años antes de Cristo. Algunos cirujanos griegos del siglo v antes de Cristo eran capaces de realizar lobotomías. ¿Por qué no también el viaje espacial?

El silencio fue largo y tenso.

—Comienza a tener una extraña clase de sensatez —dijo Dalford.

—Como las legiones romanas en Bretaña en los primeros cuatro siglos de la era cristiana —exclamó MacLane, Su voz sonaba excitada a pesar de los chasquidos de la radio que se enlazaban con

el crepitar de los navíos cohete venusianos.

—De acuerdo —contestó Dalford. Había comprendido la similitud. Tenía sentido. Explicaba muchas cosas. Los venusianos habían llegado a un alto nivel tecnológico hacía muchos milenios. Habían visitado la Tierra en donde dejaron leyendas de sí mismos como dioses o demonios, seres sobrenaturales de alguna especie. También dejaron su idioma. Recuerdos de una antigua leyenda bíblica asomaron a la mente de Dalford. La torre de Babel. Un lenguaje común antaño hablado y luego perdido. ¿Por qué perdido? Porque sus creadores habían vuelto a su mundo nativo. Los hechos encajaban rápidamente en el cerebro de Roger. El rompecabezas estaba cerca de su terminación. Los colonos venusianos fueron llamados porque su propio mundo estaba muriendo en los azotes de una guerra atómica. Un equivalente venusiano de la pugna Oriente contra Occidente, Este contra Oeste en la Tierra, que hizo retirar a los colonos. Los grandes inventos que se quedaron en nuestro planeta fueron considerados como pura magia.

El navío aéreo se había convertido en la fiera carroza o en la alfombra mágica. Sus medios de comunicación sobre enormes distancias llegaron a ser «el Ojo de Alá», o el «Oráculo». Así muchos hechos inexplicables en apariencia tanto en la Tierra como en Venus podían explicarse por aquella teoría. Era demasiado buena para ser cierta. Era demasiado buena también para no ser cierta.

Los pensamientos de Dalford se vieron brutalmente interrumpidos por un dardo plateado. La plata salió de la superficie del planeta y corrió locamente hacia el firmamento, como una aguja hipodérmica destinada a pinchar y narcotizar al halcón. Tras el dardo de plata seguía una cola de fuego rojo y naranja. Inconfundiblemente era una nave centauriana. Dalford decidió que se encaminaba hacia la zona clara de Venus en donde sería posible aumentar la potencia y desaparecer en dirección a Próxima. Una vez entrara en la superimpulsión, a él le sería imposible hacer nada. Una vez volviese a Centauri con información, habrían refuerzos centaurianos encaminándose a los sistemas solares en cantidades irresistibles. Dalford sabía que aquella nave debía ser detenida. Entonces vio otra, y otra. Un escuadrón de siete navíos voladores formados como gansos salvajes, alejándose del planeta como coches de carreras en dirección a la meta de llegada.

—Bandidos, a las tres en punto de altitud —su voz empleó el antiguo colt nuevo de guerra para comunicarse con Gordon MacLane.

—Roger —la respuesta de MacLane era algo más que el nombre de pila de Dalford. Representaba la señal de aprobación.

Los antiguos navíos espaciales venusianos estaban provistos de potentes desintegradores del tipo que los terrestres ya habían empleado contra los centaurianos y con ellos demolido la sección de suelo de vegetación que formaba la cúpula, para permitir la salida de las naves.

Con los motores a plena impulsión, los antiguos navíos chirriaron cruzando el firmamento prestos a interceptar a los centaurianos.

Dalford y MacLane se agazaparon tras sus controles como tigres. La gran batalla del firmamento estaba a punto de comenzar. Los navíos venusianos cerraban la brecha cuando los centaurianos les divisaron y supieron que los perseguían. Los siete giraron en redondo formando un arco reluciente de muerte para circundar y destruir a las dos naves solitarias.

XVII – LA COSA DE DEBAJO DE LOS PANTANOS

La primera de las naves centaurianas se separó del borde de su escuadrón como un billete de banco nuevo se sale del rollo. Roger giró para enfrentarse con sus desintegradores de ala vomitando fuego locamente. Olas de vívida luminiscencia blanca cortaron el aire venusiano como relámpagos estirados, prolongados. El centauriano se apartó de los rayos mortíferos y contestó con una mortal emisión de energía que falló en alcanzar al viejo navío venusiano por escasos centímetros. Dalford giró hasta que sus aletas apuntaron una vez más al centauriano. Los desintegradores volvieron a escupir. Su mensaje fantasmal de muerte sibilante se extendió como un pájaro nebuloso de presa a punto de capturar a su víctima. Los espolones de potencia descendieron sobre la cabina centauriana y de pronto el centro del navío extrahumano desapareció por entero.

—Buen trabajo —la voz de MacLane cruzó el éter.

—Uno más por cuenta de Ferguson —la áspera respuesta de Dalford era muy explicativa.

Gordon pilló al segundo navío centauriano sin protección por debajo y lo lanzó hacia la superficie de Venus como un árbol talado por un golpe de hacha.

—Perfecto —le felicitó Roger.

Dalford abarcó el tercero con una cicatriz mortal en el costado y MacLane derribó el cuarto y al quinto juntos en una salvaje y demoníaca irrupción de disparos agresivos. Estaban igualados. De hecho más que igualados. No era sólo una cuestión de igualdad de números. Los terrestres estaban decididos desesperadamente a

impedir la escapada de los centaurianos. Las naves venusianas tenían superior poder artillero y mayor movilidad.

El sexto centauriano de pronto dio un resquicio. Su nave describió un arco reluciente de muerte y Mac fue pillado desprevenido. En angustiado aviso de Dalford llegó sólo una fracción de milisegundo demasiado tarde. Mac comenzó a alejarse del peligro pero demasiado despacio. Los cañones centaurianos recorrieron su aparato de proa a popa y los restos maltrechos de la orgullosa y antigua nave cayeron hacia la superficie del planeta a miles de metros de distancia.

Roger se lanzó al ataque como un águila que desciende sobre un gordo pichón. El sexto centauriano jamás supo exactamente de dónde le vino el golpe. En alguna parte dentro de un jergón de humo muy abajo de su cuerpo se unió con MacLane en el gran Más Allá.

Dalford descendió en espiral rápidamente y volvió su atención hacia el centauriano restante. El centauriano captó la situación de una sola mirada. La destrucción de siete navíos espaciales. El mortal propósito en el ataque de la antigua nave venusiana. Dalford describió espirales por debajo suyo y ahora corría hacia arriba como una abeja furiosa. El centauriano cometió un error fatal. Volvió la cola y trató de escapar a toda marcha.

Con áspera satisfacción Dalford manejó los controles venusianos y oprimió los disparadores. Los cañones vomitaron andanadas atronadoras, una tras otra. El último centauriano se desintegró en fragmentos microscópicos. Roger era dueño del cielo. Los restos de ocho naves cubrían el suelo debajo suyo. Siete enemigos salvajes. Un amigo irreemplazable. Lamentaba lo de Mac. Lamentaba lo de Ferguson. No era muy divertido ser el único terrestre en un mundo extraño. No habría sido mal si los nativos poseyeran más inteligencia, ¿pero qué hombre civilizado quiere pasar su vida con seres primitivos, aun cuando le reconozcan como su jefe?

Descendió al chamuscado campo de batalla en una larga y suave pirueta.

Una figura salió corriendo por la superficie a su encuentro, una figura fea y desaliñada, corriendo con torpeza. Era la submujer a quien encontró primero. Era extraña la prisa que tenía, pensó. Mientras descendía del aparato se vio golpeado por la fuerza de su

transmisión mental, antes había sido poderosa pero ahora resultaba abrumadora. Ella irradiaba miedo mental en un centenar de maneras diferentes y fantasmales. Algo amenazaba a los hombres monos. Él era su Dios. Tenía que salvarlos. El algo era tan grande como una montaña. El algo caminaba sobre patas como las columnas de un gran templo. El algo tenía zarpas que podían desgajar un bosque. El algo tenía dientes que destrozaban los árboles, las bestias y los hombres. El algo había salido del fondo del pantano. Todo esto captó Dalford de la mujer simiesca por sus frenéticas y aterrorizadas imágenes telepáticas. Entonces lo vio.

Era todo lo que ella había dicho y más. Enorme, horrible, indescriptible, marchaba hacia ellos como una pesadilla hecha realidad. Mientras le miraba Dalford se dio cuenta que aquí también estaba un subproducto de una guerra atómica universal. Esto era el precio mutante que tenían que pagar por el privilegio de la radiación atómica sin control. Alfa, Beta y Gama se habían combinado para predecir X, lo desconocido.

Cogió a la mujer salvaje y la metió de pronto en el navío. La montaña caminante quedaba a menos de cien metros cuando despegaron. Una zarpa enorme y escamosa les pasó rozando. El navío vibró oscilando con el viento producido por el zarpazo. Un frío sudor asomó a la frente de Dalford mientras miraba con fijeza a la monstruosidad allá bajo, volcando su increíble apetito sobre la jungla… y a todos los seres vivos que contenía, incluyendo los hombres mono.

XVIII – EL ÚLTIMO ADIÓS

La mente de Roger Dalford estaba escogiendo una masa de pensamientos confusos mientras aumentaba la distancia entre el aparato y el horrible monstruo imitante.

Sería preciso descender a la chica en algún lugar sano y salvo, decidió. Encontró un claro muy lejos del camino de la bestia salvaje y descendió con la nave. Advirtió mientras ella bajaba que habían zonas húmedas debajo de sus ojos. La submujer lloraba. Abrió la mente para captar los pensamientos de ella. La chica lloraba por él. Después de todo aquella gente tenía emociones. Eso hablaba en su favor. Lo conseguirían. Algún día las generaciones del futuro darían una raza culta que haría que los venusianos ascendieran de nuevo. Tendrían mas suerte que la raza anterior porque muy profundo en su subconsciente racial estaban los recuerdos de lo que el poder atómico había hecho una vez destruyendo el noventa y nueve por ciento de toda vida. Tendrían una versión instintiva que probablemente sería su salvación.

Vio cómo la llorosa mujer mono se alejaba tristemente en la jungla. Era una de las de su raza. Le consideraba como un Dios. Un Dios, decidió, tenía ciertas responsabilidades. Un Dios necesitaba hacer sacrificios si era preciso en bien de sus adoradores. Un buen Dios así lo haría. Si pudiera moldear su mitología con un ejemplo de desinterés divino ese obraría milagros para su desenvolvimiento moral. Un Dios cobardemente egoísta no esperaría nada excepto avaricia y codicia y cobardía de sus adoradores. Una débil sonrisa asomó a los labios de Dalford. No era fácil ser un Dios, comprendió.

Aún sonreía cuando tornó a despegar y se encaminó hacia la antigua ciudad venusiana en donde encontró primero la nave. Habían allí otras armas. Armas poderosas. Armas que podían

destruir incluso a la montaña ambulante que se comía la jungla y a hombres mientras recorría el planeta.

Aterrizó sin novedad y cargó el navío hasta su plena capacidad con los antiguos altos explosivos venusianos. Suficientes para volar una montaña.

Suficientes para detener a la montaña ambulante.

Una vez cargados los explosivos notó una extraña sensación de paz y de profunda satisfacción. Por primera vez en muchos años consideró que hacía algo decente. Había pasado mucho tiempo desde que fuera capaz de vivir consigo mismo. Uno puede despreciar al resto del mundo, pero no se puede huir del criterio propio acerca de los valores morales.

—A mis propios ojos he sido una despreciable ruina. Temeroso de todo. Sumiso a un poder que detesto a causa de los rehenes que ellos poseen.

Roger Dalford se revolvía frío contra su propia cobardía y su anterior fracaso. Estaba implacablemente decidido a corregir sus errores.

En su mente todo se había aclarado. Sabía lo que era honrado. Era necesario dar oportunidad a los primitivos venusianos de desarrollarse sin interferencias. Los centaurianos y los terrestres tenían que ser mantenidos a raya durante unas cuantas generaciones. De todas maneras podía intentarlo.

Se encaminó en dirección a su propio navío, despegó y aterrizó en un claro próximo. Durante un segundo sintió añoranza y luego su nuevo sentido del deber volvió a dominarle. Subió a la cabina y por la radio comenzó a transmitir.

—Roger Dalford llamando a la Tierra. Soy el último superviviente del «Aventura de Venus» llamando a la Tierra. La atmósfera venusiana es ponzoñosa. Los nativos están muy desarrollados tecnológicamente y son hostiles. Tienen incontadas variedades de venenosos y mortíferos insectos y reptiles, una repugnante bacteria contra la que no poseemos antídotos. Las drogas sulfamidas y los antibióticos no les causan efecto. No regresaré a la Tierra, aún cuando tuviera fuerzas para volar en el navío a solas y además está la dificultad de que se ha corroído tanto que temo que se desintegraría si despegara.

Dalford dejó que su voz se alejase lentamente y conectó la radio.

Espero no haber sobrecargado los tonos de la comedia, pensó. Se había metido en un callejón sin salida, pero era preciso mostrarse desanimador para impedir que se sucediesen otras expediciones.

Subió de nuevo a la cabina de control del navío venusiano y se alejó en dirección al campamento centauriano.

Aterrizó y encontró el lugar por entero desierto. En apariencia todos los supervivientes centaurianos viajaban a bordo de aquellos siete navíos. Entró en su sala de comunicaciones. Un enorme cuadrilátero con un ave de cristal que ocupaba la posición central. Evidentemente resultaba un transmisor de imágenes tridimensionales. A pesar de la distancia de cuatro años luz los centaurianos poseían alguna especie de comunicación con su mundo natal. Se preguntó por qué habían elegido volar en busca de refuerzos en vez de pedir que se los mandasen. Luego se dio cuenta de que entre Mac y él habían acabado con las nueve décimas partes de su fuerza dentro del túnel. Los otros evidentemente se mostraron partidarios de la antigua máxima que dice: «Quien pelea y escapa… vive para volver a luchar otro día».

Mientras miraba con fijeza el rectángulo de vidrio de pronto pareció cobrar vida. Una imagen claramente definida surgió en él. Debía ser un transmisor instantáneo, pensó Dalford. Espero que funcione bajo el principio de radiación infinito Melber, descubierto por Hertzog. La imagen del rectángulo habló.

—¿Quién es usted? ¿Dónde está el capitán Smodfer?

Un albiomisizono, independiente del espacio-tiempo. ¡Sorprendente! Pero Dalford respondió fríamente a la imagen imperativa, cuyo idioma comprendía telepáticamente, al igual que comprendió a los otros centaurianos.

—Smodfer y el resto de su expedición están todos muertos —la voz de Roger era tan desdeñosa como un latigazo—. Soy del venerado planeta Tierra, el tercero a contar desde este astro. Vine aquí en un vuelo de reconocimiento rutinario y encontré a su expedición interfiriéndose con los nativos. Esto contraviene un artículo importante en el código del Imperio Galáctico que gobierna nuestro pueblo. Si hay otra infracción más el sistema planetario será anexionado. Cualquier expedición posterior que ustedes puedan enviar se enfrentará con la misma suerte que la primera. Nuestra tecnología está tan adelante de la suya que sus mejores armas son

como juguetes infantiles en comparación con nuestras máquinas de destrucción.

Dalford hizo una mueca desdeñosa a la imagen lívida del rectángulo y luego rompió los cristales de un taconazo. La imagen desapareció en un diluvio de chispas. El comunicador quedaba irrevocablemente destruido.

Llegó el momento del último adiós, pensó Roger. Palmoteó a la antigua espacio nave con afecto.

—Vamos, Boadicea —sonrió—. Recojamos algunas cabelleras romanas.

Arriba, arriba, arriba voló la diminuta nave con su carga de tristeza, calor y altos explosivos. Muy por debajo de él Roger Dalford vio una forma enorme, algo como una montaña escamosa sobre patas. Subió a unos siete mil metros y lanzó a la nave en una zambullida vibrante. Salió del firmamento como un meteorito. Cayó como el trueno y cuando entró en contacto con la gran cabeza del monstruo Roger salió de la existencia llevándose consigo a la montaña ambulante en medio de un mar de flamígeras explosiones.

La Aventura de Venus había concluido.

Hay una interesante leyenda entre los venusianos de cómo un flamante Dios del cielo murió para salvar a su gente destruyendo un monstruo.

Cada mañana al salir el sol dicen que el Dios del fuego ha vuelto a nacer y eso le recuerda que es bueno ser valiente y ayudar a los demás al igual que les ayudó el fuego divino. Extraño, ¿verdad?

FIN